

**Gisela: Goethe Institut: Radolfzell (Alemania), noviembre–  
diciembre 1971. Granada, 1986.**

Mis deseos de aprender algo de alemán venían de muy atrás, quiero decir, prácticamente desde mis años de estudiante en la Universidad Central de Madrid. El inglés no era problema, claro; ni hasta si se me apura tampoco el francés, lengua en la que, a pesar de todas las imaginables deficiencias, uno se consigue expresar... Y no digamos el italiano, o el portugués... Lo mismo. No se siente la necesidad seria de estudiar algo en cuyos entresijos y secretos uno logra defenderse y entenderse. ¡Pero el alemán!... El alemán se me aparecía siempre distinto, algo a lo que uno había de enfrentarse con disposición y método monográficamente serios, si de verdad se pretendía penetrar siquiera en las más inmediatas estribaciones de su particularidad. Me llegué a comprar el libro y los discos Assimil, un poco así como para sostener el compromiso conmigo mismo de no descartar el tema. ¡Qué demonios pensaría yo del asunto como para instrumentar tan pueriles al par que inútiles acciones! Recuerdo que en East Lansing, durante mi segundo año en MSU, 1962-1963, y sobre todo aprovechando mi compra de aquel tocadiscos Magnavox [todavía ‘in full standing’ al cabo de 36 años]... recuerdo que ponía las lecciones mientras que hacía por leer el texto escrito correspondiente. Y las más de las veces sin leerlo..., bien porque estuviera tumbado en la cama, o bien porque no quisiera desvirtuar lo que estoy seguro que yo entonces debía de considerar como inmersión directa en la lengua, la monserga recitada de los diálogos con el fin de que crearan en mi conciencia un caldo de cultivo, “a breeding ground”, una plataforma propicia de sonidos y de estructuras que, aun desprovistas entonces de significación, condicionaran positivamente mis siempre posteriores proyectos, mis siempre postergados proyectos de aplicarme con método organizado al estudio del alemán. Cuanto más inaccesible se me presentaba la cuestión, más categoría de capricho, de consentido deporte, le prestaba mi voluntad. Por supuesto que aquella paliza de los discos no me sirvió de nada, y dejé la materia aparcada *sine die*.

Seis o siete años más tarde, ya en Queen's University, y por mi amistad con una lectora de alemán, Ulrike Paul, volví a marear a la perdiz, pero todavía con menos convicción que la que había aportado a mis pasados intentos. Lo único que saqué en limpio fue una magnífica gramática de alemán, de regalo, que por aquel entonces el correspondiente Departamento de nuestra Universidad mantenía como libro de texto. Hice un gesto último, a través de la Fundación Humboldt, el curso antes de marcharme definitivamente de Queen's y de Canadá, y lo hice... precisamente por eso, porque quería rellenar el tramo de tiempo con el que, al menos en teoría, hubiera justificado mi solicitud de sabático o algo parecido. Fueren cuales fueren mis motivaciones y mis planteamientos, el caso es que enhebré mi "application" creo que a su debido tiempo y con empaque formal. Fue ésta:

Alexander Von Humboldt Foundation  
Description of Research Project

TOMÁS RAMOS OREA

The purpose of my project is to investigate the interrelation among German, English and Spanish Romanticism, both in a general way and a more particular study of the works of Espronceda and Bécquer.

The connection between Byron and Espronceda, the so-called "Spanish Byron" has already been established (Vid. Esteban Pujals "Paralelismo e independencia de Espronceda y Lord Byron" in *Arbor*, Madrid 1948). Some other points which link the German and Spanish literary currents, with the specific reference to Bécquer, are of a major importance to my aim. Dámaso Alonso in *Poetas españoles contemporáneos*, (Madrid, 1958) "Originalidad de Bécquer" illuminates the matter somewhat, although he unfortunately declares not to have been able to consult some of the bibliography mentioned. First, Dámaso Alonso points out the mutual influence of Heine's and Byron's works on each other (Vid. F. Melchior, *Heines Verhältnis zu*

*Lord Byron*, 1903; and W. Ochsenbein, *Die Aufnahme Lord Byrons in Deutschland und sein Einfluss auf den jungen Heine*, 1905), then he goes on to ascertain the influence of German poetry exerted on Bécquer.

In 1857 E.F. Sanz translated into Spanish verse fifteen “Canciones de Enrique Heine” in *El Museo Universal* (Vid. F. Schneider, *Gustavo Adolfo Bécquer. Leben und Schaffen*, Leipzig 1914; Enrique Díez Canedo, *Páginas escogidas de Heine*, Madrid 1918). It is believed that the poems of Anastasius Grün, Count of Auersperg (1806-1876) were known to Bécquer (Vid. F.A. Icaza, in *El Sol*, 6-IX-1922; Nicolás Heredia, *La sensibilidad en la Poesía castellana*, Madrid, (no date given) pp. 292-293; Enrique Díez Canedo in *La Ilustración Española y Americana* (8-V-1914); José María de Cossío “Bécquer y Grün”, in *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXVI, 1950, pp. 362-366). Furthermore, the translation into Spanish by M.C. Sanz of Heine’s *Intermezzo* in 1867 confirms Bécquer’s awareness of German poetry.

By collating the sources mentioned above, I hope to reach conclusions of interest.

TOMÁS RAMOS

Hasta mi jefe administrativo, Mr. Fox, se refirió al tema en carta del 3 de julio de 1970, que conservo:

“I note that Herr Papenfuss reports that the Humboldt fellowship will be awarded some time this month. I am sure you will let me know as soon as you hear the result, whatever it may be, so that we can make plans accordingly for next year”...

Pues bien, no sé si a través del propio profesor Fox, o por mi cuenta, me enteré de que lo mío no había prosperado. Así que regresé a Kingston, consumí mi sexto y último y definitivo año en Queen’s y me devolví a Europa, no sin haber tenido tiempo de poner mis ideas en claro. Y ello no consistió sino en mandar a la mierda toda suerte de

cauces petitorios oficiales para los que siempre, subrayo, *siempre* habría gentes de toda clase y condición más avezados y más hábiles en dotar a su solicitud de algo que moviera las voluntades de quienes fuere para su concesión. Me llamé imbécil por haber perdido el tiempo, y sobre todo por haber actuado tan poco operativamente en una cosa así.

Cortado el cordón umbilical que me unía a Norteamérica y ya en Europa, me apresté a hacer las cosas que quería hacer... en Europa y desde Europa. Decidí preparar por mi propia iniciativa mi estancia con el Goethe en el régimen que fuere. Pedí información. Todo como la seda. Me percaté de que, con excepción de Berlín, las sedes del Goethe Institut se habían establecido estratégicamente en puntos de la entonces República Federal correspondientes a centros urbanos más bien pequeños. Aprobé dicha logística en todo caso porque el régimen de estudio intensivo de una lengua se visualiza mejor en un sitio donde el tráfico ambiental no constituyera un posible factor señalado de disipación y desarraigo. Tanteé en la parte sur de Alemania, entre Staufen por lo de su enclave en la Selva Negra y el escenario ecológico que ello significara; y el también meridional enclave de Radolfzell, justo un poco a la derecha, al este, quiero decir, junto al lago de Constanza o Bodensee. Me informaron que Staufen estaba ya sin plaza para el curso de ocho semanas del 27 de octubre al 22 de diciembre de 1971, así que... ya habían decidido por mí. Radolfzell era mi destino. Indagué a través de los canales al uso sólo para enterarme de que se trataba de una ciudad pequeña de menos de 10.000 habitantes y “am Bodensee”; o sea, junto al lago Constanza...

Me puse en camino en mi coche Mercedes 200-D entonces con tan sólo cuatro años y medio de edad y uso. Me dirigí a La Junquera para hacer noche en Perpignan. No me queda ni rastro del nombre del hotel. Recuerdo que disponía de un... como patio interior cuadrangular al que se asomaban las galerías en sus distintos niveles, y a éstas, a su vez, las correspondientes habitaciones. No me fue posible reprimir un puntazo de penitencial melancolía, de dulcedumbre mortificante al

contemplar a través del sistema somero de visillos de una ventana a una pareja abrazándose, desnudos, prestos para celebrar los ritos aquiescentes del mutuo afecto. Había coincidido con ellos fugazmente en la Recepción y según pude comprobar nos habían dado habitaciones de la misma planta. Ellos, embarcados en su compartida singladura de amantes jóvenes y entusiastas, encarnaron por un momento para mi alma un horizonte de émulas carencias. Sentí, y nunca mejor dicho, nostalgia de lo no vivido; me percibí viejo, entonces tan joven, por dejar que me inundaran recuerdos injustificados; por dejar que las esperanzas se me instalaran en el pasado, y las rememoraciones en el futuro. Fue una instantánea inevitable y aun más decididamente fugaz por mi parte, la de percatarme de la apostura concorde, enaltecida de la dicha pareja; su expresión, siquiera tan subitánea en la percepción mía, de complacido consentimiento. Recuerdo que me retiré a la soledad no compartida de mi habitación, dispuesto a dar a mi cuerpo, ya que no a mi alma, la recuperación y el repuesto necesario para permitirme continuar mi viaje al día siguiente. Pero nunca se me diluiría la visión de aquellas dos estatuas vivas, desnudas, abrazadas, oficiantes..., ni el poso denso de encontradas sensaciones con el que sobresaltaron a mi espíritu.

Continué, como digo, al día siguiente a lo largo de la carretera Languedociana, hasta Lyon, para desde allí entrar en Suiza por Ginebra. En aquella frontera o, mejor dicho, en uno de sus pasos con nombre de santo, un aduanerito mequetrefe [que a buen seguro desearía ganar mérito ante y entre sus superiores] me tomó por sospechoso de lo que fuera... y me registró el coche minuciosamente, hasta trasteando el muelle que sujeta la estrella de encima de la coraza del radiador, como si en su agujero estuviera escondido el tesoro objeto de la rebusca. Llevaba yo a la familia de mi queridísima amiga Teresa Geissman una caja entera de filminas que ésta me había entregado en Madrid..., y el payaso del gendarme..., buscando lo inencontrable, va... y me las tira sin querer al suelo. Rugí de mala leche. Cuál no sería mi cara y mis ademanes de disgusto que otro aduanero de mayor rango se vino a nosotros, le dijo no sé qué al

celoso de su compañero, me pidieron disculpas y me dejaron marchar. Por lo que pude colegir más tarde, parece que habían recibido un soplo sobre contrabando de algún tipo de droga... ¡Pues mire Vd. qué bien! A algunos nos tendría que tocar.

Llegué ya sin más incidencias a casa de Teresa donde hice entrega de las filminas a su padre y a su hermano, los cuales, amabilísimos y con gran naturalidad, me propusieron quedarme. No recuerdo la localidad..., es curioso, sólo que se trataba de un punto pasado Berna, ligeramente al sur de Basel, acaso Kriegstetten, o tal vez Derendingen, muy cerca de Solothurn y siempre en mi ruta hacia el lago Constanza. No de otra manera puedo justificar la señal, de los citados lugares en un mapa de Suiza que conservo de aquella época, y que muy probablemente utilizara para la orientación pertinente. Sí recuerdo la afabilidad y la hombría de bien del padre y del hermano de Teresa. Además de insistirme en comer algo, y a quedarme si así lo hubiera yo necesitado o simplemente deseado, cosas todas fuera de lugar por lo apretado ya de mi horario, lo que sí que acepté fue su regalo de un utilísimo trozo de tubo o manguera acoplado a una boca de hierro para casos de transvase de gas-oil desde un contenedor al depósito de cualquier coche. Me despedí de ellos con agradecimiento hondo y proseguí sin más dilaciones, deseoso como estaba de llegar esa misma noche a Radolfzell..., cosa que conseguí. El único detalle que creo digno de reseña es que por esa vía hay que penetrar momentáneamente en Alemania por Koblenz/Waldshut, volver a entrar en territorio suizo por Erzingen y hasta Schaffausen, para seguir ya recto hasta Singen y Radolfzell, ya que Suiza confecciona esa parte de su frontera mediante un perfil de sinuoso recorte, a modo de cabeza de hongo. El automovilista, así, en poco más de cincuenta kilómetros entra y sale de Suiza y de Alemania por partida doble.

El caso es que he alcanzado mi destino. La noche de llegada hay que buscarse cada cual la vida. El Goethe sólo garantiza el patrocinio a partir del día... *después*, por la mañana, en que se hacen las oportunas presentaciones y se le asigna a cada cual su alojamiento.

Lo que más abunda, ya de entrada, son turcos. Andando el tiempo tendría yo tiempo de comprender y comprobar la singularidad que constituían los más de dos millones de turcos en la Alemania Federal, sólo en Berlín cerca de trescientos mil. Ahora se trataba de la generación nacida de los primeros contingentes llamados y empleados en la reconstrucción del país a partir de 1945. No hablamos de los reclamados, o simplemente llegados y... permanecidos. En cualquier caso, montones de ellos por todas partes. El primer jovencuelo con quien me encuentro es... un turco que no sabía palabra de nada. Lo peor del Instituto es la realidad de tener que habérselas uno con mozalbetes (la mayoría) de 20-25 años: niños de papá, becados o enchufados del gobierno que sea. La política humana que muy acertadamente siguen los del Goethe es la de carencia de distingos en cuanto a nacionalidades, y un reparto de estima por igual respecto de todos los individuos. No sería viable atender a la especialidad que acarrearían veintitantos, treinta y tantos países a un tiempo. Sí, por lo que a mí respecta, tal vez lo más difícil de compatibilizar sería la inevitable elementalidad humanística de los compañeros de clase. Los más cultos, filosóficamente hablando, representaban algún nivel inferior de la ingeniería o de cualquiera de las especialidades técnicas. Cuando cierto punto gramatical sale a comentario en una de estas clases, sin duda que al captarlo..., la mayoría lo captan por primera vez en sus vidas. Y de ahí que se comporten como párvulos satisfechos cuando el profesor mediante la eficacia de sus propias enseñanzas, y con pregunta inocente, comprueba los grados de progreso de los mozancos estos que se atropellan por demostrar su aplicación fusilando impecablemente el concepto lingüístico/gramatical que sea. Por ello, las explicaciones marginales sobre materia no exclusivamente gramatical que da el profesor son de una natural y obligada simplicidad que aterra. En su funcionamiento el Goethe está concebido para adolescentes. La posible relación entre el estudiante y la familia en cuya casa éste se hospede era una relación basada en supuestos de digestión difícil para mi temperamento y rodaje. La situación de orfandad espiritual en que parecen hallarse tantos

elementos raros como vienen al Goethe [digamos sólo como ejemplo los asiáticos: nepalíes, birmanos, vietnamitas, hindúes, etc.] y la actitud patrocinadora, siempre a lo barato, por parte de la señora o señores de la casa es algo que a mí se me hace cuesta arriba.

Por el lado técnico, profesional, pasa lo mismo. Los profesores esgrimen una actitud de... proteccionismo y comprensión hacia tanto tipo extraño. Y es más que normal imaginarse que a mí todo eso me sobra desde el mismo principio. El Goethe, sí, predominantemente está montado para adolescentes cuya formación, del tipo que sea, se encuentra a un nivel objetivo inferior al ostentado por los que imparten los cursos. Estos profesores son en su mayoría simples licenciados en Humanidades [he visto que alguno se firma como doctor] que, supongo que por conveniencia, trabajan para el Goethe enseñando los palotes de su lengua a gente foránea. Ése es un menester, sin embargo, enormemente meritorio, puesto que el material ideológico por el que discurre el proceso técnico del aprendizaje y enseñanza del alemán a nosotros, los extranjeros, es elemental y casi infantil, pero que tiene que efectuarse con el rigor y la precisión de un artilugio computerizado. Las preguntas, los comentarios, las consideraciones tienen el alcance de una pedagogía parecida a la que esgrimiera un especialista ante un párvulo principiante. Desde preguntarle a uno que... qué estudia, o que... qué es, o que... qué quiere hacer con el alemán, etc., hasta explicaciones en clase sobre cultura general de una elementalidad exasperante, y al paso del material de las lecciones..., todo o prácticamente todo se empapa de la misma limitación: que los veinte años de estos mozalbetes son más bien incompatibles con los treinta y cinco míos, con diez de docencia e investigación universitarias.

Con todo, me hice a la idea de que yo era el que me tenía que integrar en los demás, y no al revés, y me apliqué al esquema de trabajo y, de convivencia. Pasados un par de días con una familia, un matrimonio amable y culto, pero en lugar algo retirado de nuestra sede [y no se olvide que estamos en pleno otoño, con el invierno ya al



caer], el Goethe me instaló definitivamente en la casa de “una vieja” que vivía sola y a unos seis o siete minutos andando desde y hacia el Instituto. Con esta señora es de reseñar la guerra sorda que me traje en el uso de la calefacción. Sabido es que la idea que la mayoría de los españoles tenemos de este tipo de países pudientes, sólidos, emprendedores, etc., Alemania entre ellos, es más bien equivocadamente sesgada. Muy al contrario de lo que podemos pensar respecto de que los bienes, y los recursos, y las prestaciones se den, se encuentren ahí sin más, como regalo gracioso de la Naturaleza, la verdad es muy otra. Esta gente, la alemana, cuenta... los garbanzos y economiza sus recursos con una envidiable escrupulosidad. Por lo que aquí nos atañe, los cursos del Goethe Institut, como casi todo lo que se vende, tienen algo de truco. Este consiste en que, primero, cuestan bastante más de lo que dicen y anuncian: No se proporcionan los libros ni el material de estudio de ninguna clase: Hay que comprarlo. Los vales de comida, por crédito correspondiente a lo que convendría a una persona joven muy desganada, sólo cubren los días de clase: Los demás corren por cuenta del estudiante. Las familias o casas donde nos alojan, aunque no todas sean así, suelen tener bastante de cuchitril, con poca o ninguna comodidad. Me parece bien que se prohíba prepararse uno comidas o brebajes, calditos o chucherías, y no lo digo por mí que bajo ningún concepto me entretendría en tales menesteres. El gasto de agua se regula. Por supuesto que no hay servicios domésticos de ningún tipo: Lavar y planchar la ropa cuesta un huevo. Y salir uno a la calle, para tomar algo, por ejemplo, cuando se está en casa y se aprovecha el tiempo de estudio, es impensable...

Recalco estos aspectos aunque mi situación económica personal me permitiera incurrir en esos y en otros muchos gastos, sobre todo en comparación con la generalidad de mis compañeritos adolescentes. Algunas casas no disponían de baño, todo lo más ducha, y el agua caliente se contabiliza y se economiza cuando no se cobra aparte. Los alemanes son muy suyos, muy cerrados en lo suyo. Las recomendaciones de usos y política doméstica determinadas por “las viejas” de las casas son por demás restrictivas: Cerrar ventanas, grifos,

etc. Dejar las cortinillas de la ducha –cuando la hubiere– extendidas; dar dos vueltas a la llave de la casa al salir... Este tipo de realidades daban rienda suelta a un tropel de elucubraciones por mi conciencia. Pensaba yo que cuando un país o una raza, pierde su capacidad de indignación... ¡malo! Es señal de que la savia más medular e íntima de su virtud ha periclitado. El caso de España me parece significativo. Es verdad que hemos pasado una guerra, pero ya hace tiempo, larguísimo tiempo. Cuando países como Alemania han sido destrozados dos veces en un tercio de siglo, y ahí están... ¡y cómo!, hablar de que la guerra civil de España sigue pesando en lo que respecta a la recuperación técnico-económica e industrial del país, suena a cachondeo; *es* cachondeo. De acuerdo que hemos pasado una guerra, y que hemos (¿hemos?) pasado hambre y otras cosas. Pero eso no justifica ni con mucho el grado de servilismo mental con que los españoles nos degradamos a la hora de esgrimir criterios. Nos falta capacidad de indignación para decir *no*; para rechazar tanta basura a precio de monopolio como se nos impone. Es reventante comprobar la envilecedora resignación con que el español compra, digamos, un automóvil a un precio absoluto superior al internacional, y que bajo el lavado de cerebro a que el régimen le ha sometido durante toda su vida, nos diga el muy filisteo y el muy cretino que ha comprado una cosa *buena*. Lo cual, reflejado en el nivel del país, en lo que a valor intrínseco del dinero se refiere, resulta en un precio escandalosamente superior a todos los demás del mundo de nuestro entorno civilizado. La propaganda puede mucho, puede casi todo. Puede no hacernos cambiar de criterio íntimo; pero puede empujarnos a que mecánicamente obremos con torpeza; o a que mecánicamente recitemos una letanía de despropósitos que colaboren a acrecentar la inflación de ese mismo criterio. Por esa pirueta estético-dialéctica que encierra toda esencia, toda cosa, la propaganda machacona ha conseguido en algunos casos que nos creamos que de verdad hemos sido un tanto derrotistas con nuestras realidades, y que hora es ya de triunfalizar las cosas de casa. Hemos estado muchos muy cerca de comulgar con tal memez; de llegarnos a dar casi golpes de pecho y de

contricionarnos por lo errados que hemos ido en la senda de nuestra opinión. Y los gobiernos, y los caciques, y los monopolistas, y los arribistas, y los mandamases de turno bien que se habrán congratulado por el efecto de sus martillazos de repetición...

Y no, ni mucho menos. Los productos españoles -centrémonos en los automóviles y siempre bajo baremos contrastivos- ofrecen una calidad de puta pena. Los coches españoles han sido el robo oficializado y admitido más flagrante de nuestra sociedad de consumo. Y así con todo. Hora, hora es ya de estallar indignados y decir que no a tanto fraude, a tanta estafa amañada. Por mucho derrotismo supuesto que exterioricemos no alcanzaremos ni de lejos la lamentable actitud, la pobrísima competencia de nuestra producción. En España me parece que llevamos muchos años demasiado conformes con lo que se produce. Y lo que se produce, siempre en comparación concreta con el referente que aquí nos incumbe –digamos, un automóvil alemán– es una chapuza, una verdadera mierda. Transoceánicamente, el producto norteamericano/canadiense es mejor. Transpireneicamente, las cosas europeas... alemanas, lo mismo. Se nos han dicho en España muchas tonterías sobre el Mercado Común y sobre la Unión Europea. Antes distábamos de él en productividad; ahora distamos en competitividad y en capacidad adquisitiva de nuestra moneda. La Alemania de principios de los sesenta cambiaba su *marco* a veinte pesetas; ¡ahora nos cuesta más del cuádruple! Todo lo que se fabrica en España se vende sin la menor protesta, pues contando con que nadie ha tenido ni bicicleta hasta pasados algunos años después de la guerra, hay que estimar que son muchos miles, varios millones de consumidores los que como borregos se ponen a la cola para que les despachen la porquería. Lo único heroico que cabría hacer es no comprar; privarse de productos superfluos; esgrimir la resistencia pasiva. Sería maravilloso si por un concierto repentino y mirífico entre todos los españoles *paganos* nos abstuviéramos solamente durante un año, un solo año, ¡fijaos bien!, nada más que un año, un año, de comprar coches españoles, por ejemplo. Si tan buenos dicen que son... ¡o que los exportaran o que se los comieran con arroz!

Bueno, y ahora que caigo en la cuenta, este disparate de digresión, esta cuña que me he sacado viene a cuento de que era casi invierno en Radolfzell, y de que la vieja de mi casa, alemana de esas que hacen país, empezó a fiscalizarme el uso de la calefacción y del agua caliente. Me percaté de que el control de ambas cosas radicaba en un mando que se gobernaba mediante rosca y que la vieja dejaba apretado fuera de las horas, acaso convenidas con el Goethe Institut, en que los estudiantes inquilinos pudieran disfrutar de mejor temperatura y de agua caliente. La vieja, pongamos por caso, cerraba el suministro por la noche y lo volvía a poner en funcionamiento por la mañana, prácticamente después de que yo me hubiera marchado al Instituto y en todo caso y para resumir, durante menos tiempo del que mis necesidades requerían. Descubrí la llave reguladora de todo el tinglado en cuestión y sin decir nada a la vieja, aprovechando una primera levantada por la noche, abría el operativo y así disponía tanto de mejor temperatura durante la noche, como de más abundancia de agua caliente por la mañana. Como yo dejaba cerrado de nuevo todo el dispositivo antes de irme al instituto, la vieja no pudo por menos de advertir que alguien... —¿y quién sino yo?— manipulaba los mandos. La vieja no sospechaba que yo disponía de un utensilio tan versátil como el llavero-necessaire que me regalara Mr. Blasko, el gerente del Hotel Shamrock, de Kingston, Ontario, en el que junto con otros adminículos de maquillaje y aseo personal, había una palanca-destornillador capaz de mandar la suficiente fuerza como para apretar y aflojar una rosca de moderada fijación... Estuvimos la vieja y yo una semana escrutándonos: Ella, a ver si adivinaba los manejos por los que yo conseguía burlar las restricciones de consumo de energía; yo, refocilándome en hacerle ver a la vieja que, independientemente de la supuesta asignación que le otorgase el Goethe por su servicio de arriendo de vivienda..., yo no estaba dispuesto a pasar frío... No se me olvidará nunca. Una noche, pasadas ya dos semanas desde el inicio de las escaramuzas, y de regreso yo del Instituto, la buena mujer se me encaró sonriente y, en alemán, claro, condujimos la pequeña parlamentación. Nos dimos por enterados. Hicimos las paces.

Pactamos una utilización del calor y del agua que coincidiera también prácticamente con todo el tiempo que yo estuviera en casa... y de esa forma, tan contentos. Esos son los detalles que permanecen respecto de un país. Así pude yo captar visualmente, palmariamente, el método por el que los alemanes hacían fuerte y respetada a su patria: Contando y economizando; organizando y calculando. Y frente a ellos, nosotros los españoles, que hace unos cuantos años teníamos apenas donde caernos muertos..., rumbosos y despilfarradores hasta límites de astronomía. Lo de siempre: La consigna de sacrificarse cada uno para hacer a su país fuerte, frente a la de glorificarse cada cual para hacer de su país un cortijo canijo y descuidado.

Aproveché el hecho de que en Singen, ciudad por la que ya había pasado al venir de España, y a tan sólo once kilómetros al oeste de Radolfzell, se encontrase un servicio técnico y representación oficial Mercedes para hacer la revisión general de mi coche, cosa que tiene poco de reseñable, a no ser por un detalle de los que también hacen historia. Me había comunicado directamente con uno de los ingenieros, el cual asimismo se encargó de retirarme el coche del taller propiamente dicho y ponérmelo a mi disposición, no sin antes haberse dado un paseo, conmigo dentro, para probar el efecto de la puesta a punto global del vehículo. En el momento de ir a hacerme la entrega de mi coche reparamos en algunos tiznajos de polvo y suciedad que se habían quedado adheridos, aquí y allá, por la superficie de la chapa. Recuerdo que hizo una llamada a no sé quién, obviamente para que lavara el coche. Quien fuese, no estaba disponible entonces. Recuerdo que se ausentó dos o tres minutos, que regresó y que usó de nuevo un teléfono interior. Como al parecer no era viable que en ese momento nadie se encargara de lavar mi coche, cogió de inmediato una manguera, produjo un cubo de espuma con el correspondiente detergente y se puso a lavar mi coche con desinhibida y diligente naturalidad, lo mismo que si se hubiera tratado del operario limpia-coches. Y todo ello sin decir una sola palabra, ni hacer gestos de frustración, ni de recriminante malestar. Sería imposible –pensaba yo– que un pueblo que así actúa no progresara y no nos tomase la

delantera. Aquel detalle, ya digo, del ingeniero que, para no hacerme esperar ni quebrar la hora acordada de entrega de mi vehículo, se puso a lavarlo, es de los que perduran.

Por el lado hispánico mis amiguetes más asiduos eran un uruguayo..., José Luis, y de apellido algo parecido a Schonberg, y un mejicano del que no recuerdo el nombre; ninguno de ellos llegaba a los 25 años: José Luis estaba en la segunda mitad del Grado Elemental, y por lo tanto al final del curso debía hacer los consiguientes exámenes de suficiencia. Había también un matrimonio chileno, junto con el hermano de la chica: Vivían en Kreuzlingen (Suiza), justo cruzando el Boden See y enfrente de Konstanz (Alemania). Venían a clase a diario y eran por sus signos externos más que acomodados..., pudientes. Habían huido de la quema, de la presidencia de su país de Salvador Allende, y era lógico que echaran pestes del sistema socializante marxistóide que se estaba intentando implantar en Chile. Disponían de un coche VW con el que se movían a todas partes. Había una pareja de peruanos, cultos los dos, guapa especialmente y refinada ella. Había una americana, ni fea ni guapa, agradable, aun con el típico gesto raído, como de estreñimiento perpetuo; y su marido, hombretón alto y rubio, que era ‘ministro’, o sea, sacerdote de un culto cristiano protestante: Se manejaban, por supuesto “de paisano”, en un auto deportivo grande de color rojo que era la sana envidia del mejicano del que, por cierto, escuchaba yo esas expresiones tan idiolécticamente especiosas de “a toda madre” por magnificencia de procedimiento y/o de resultado; y lo de llamar “patín” a una chavala, en el sentido de ligar con ella en el plano afectivo: “A ver si cuando regrese a Méjico cojo un patín”, decía, cosas todas ellas que alimentaban tan normalmente mi complacencia. Estaba la americana Nancy, asimismo otro producto típico, ni fea ni guapa, resabiada aunque jovencita. Era de Atlanta (Georgia) y se sorprendió de que alguien (yo, en el caso que nos ocupa) supiera donde se encontraba dicha ciudad, y sobre todo que allí radicara la Emory University y cosas así. Había varios polacos, siempre con aspecto... como de víctimas, como reflejando en su expresión la parte

alícuota que les tocara el turno... de pueblo avasallado, comprimido a derecha e izquierda, y por si fuera poco como teniéndose que hacer cargo de un catolicismo que no les viene ni ancho ni estrecho; simplemente que no les viene: Además de un chico rubiales, de mirada azulada, con un poso como de recelo condescendiente, recuerdo a otras dos chicas, también de tez clarita, ambas en mi clase. Con una de ellas me gustaba bromear y decirle alguna de las fruslerías que mis amigos de Market Harborough, durante el curso 1959-1960 de estancia en Inglaterra, me habían enseñado. Me iba yo a su lado sin que ella se diera cuenta y empezaba a imitar el arrullo de las palomas... ggrhh... y la llamaba “pichón” que en polaco viene a ser “gouomp”, palabra que a partir de entonces me gustaba repetirle. Un día el rubiales de marras nos vio pasear a esta chica y a mí fuera del Instituto y creí observar un gesto en su cara como de ligera alarma o desaprobación, por lo que colegí que tenía interés por su prójima y correigionaria; así que dejé de dedicar mis bromas a la polaca que ya de por sí me las recibía con una carga de pudor, medio ruborizada, no exenta de curiosidad y halago, pero que en todo caso hubieran constituido un motivo de padecimiento para mi presunto “competidor”. Había otra polaca, igual de bonita o más que la anterior, pero más abierta; más dada a alternar con el grupo más asiduo de mis compañeros. De ninguna de las dos recuerdo el nombre, pero de esta última conservo nada menos que seis fotografías tomadas bien sólo conmigo o con otros chavales, en una excursión que hicimos a alguna parte, en autobús, cuando ya la campiña estaba totalmente nevada. Esta chica tenía el cabello largo y rubio, como lacio pero atractivo, a ambos lados de la cara, dándole una fisonomía de ese tipo de vírgenes navideñas que el dibujante Ferrándiz popularizara en sus tarjetas a partir de los años cincuenta. Me hacía gracia, me exacerbaba mi natural curiosidad este segmento de humanidad que las chicas polacas encarnaban. Cualquiera que fuese el caso, en todas aquellas individualidades había existido un cierto argumento de drama: Familias desplazadas por la guerra; residencias truncadas; vínculos afectivos seriamente afectados por tanto avatar como había

testimoniado Polonia. En comparación yo me maravillaba de que la vida y la historia de los españoles no había sufrido más invasiones ni más encontronazos que los provenientes de los pueblos africanos, para consolidar nuestra etnia celtíbera... y alguna cosilla más con nuestros co-inquilinos de Europa. Pero nada parecido a servir de paso a todos los apetitos expansivos de las potencias también europeas... bien se tratara de Alemania por el oeste, o bien del pisotón proboscídico que la bota soviética impondría después de la segunda gran guerra... Detrás de cada polaco que he encontrado en mi vida se ha escondido siempre un argumento dramático, de desgarró de esas coordenadas de arraigo en espacio y en ambiente social y lingüístico que muchos otros países hemos entendido siempre como algo irrenunciable y normal. Había una chica griega, de alrededor de treinta años, con rasgos clásicos de belleza de vestal, como de luminosidad marítima serena y armónica: Era un poco loca; decía estar casada..., divorciada en ese momento, y que tenía las llaves de un piso en Milán, y que podríamos ir allí un fin de semana cualquiera. Me dio cierto reparo seguirle la corriente y no pasé de ahí. Con todo, me gustaba dispararle las cuatro cosillas de griego clásico que recordaba y registrar el efecto.

El tercer amiguete mío hispano-hablante era un muchacho boliviano, espigado, alto, noblote, y en la misma proporción en que concurrían en él todos esos atributos..., desheredado. Su madre se había casado en segundas nupcias con un norteamericano USA y el chico parecía acogerse con entusiasta resignación al sistema de vida que le proporcionaba el calor de su madre, con todo lo que de autóctono hispánico implicaba, y la operatividad práctica de los dólares del padastro sobre los que se montaba, por ejemplo, el hecho de que Pancho [no recuerdo su verdadero nombre, pero así le llamábamos] se encontrase intentando aprender algo de alemán. Todavía distaba yo más de seis años de emprender mi primer viaje a la América hispana o Iberoamérica, y así los testimonios de "hispanidad" de alguien como Pancho, y con los que mi alma pudiera justificar algún grado de familiarización, me eran altamente pintorescos, acuciantemente exóticos. Pancho, como digo, era un buen chaval, una



piedra valiosa sin pulir, que dependía de los cheques en \$ de su padrastro para estar donde estaba y hacer lo que hacía. A veces el humor malintencionado de los demás le recordaba que provenía de uno de los países menos desarrollados y más desconocidos de todo el continente americano. A veces yo, por eso de que en Bolivia habían tenido lugar buena parte de las andanzas del “Ché” Guevara, a Pancho le llamaba simplemente “guerrillero”.

Pero acaso [y descontando los hispánicos de Uruguay, Méjico y Bolivia, respectivamente] con quienes más frecuentaba yo la compañía, el ambiente chancero y los intercambios de curiosidad sociológica, por llamarlo de alguna manera, era con una pareja de suizos, del Ticcino, único cantón, necesariamente del sur del país, que profundiza a modo de cuña o tetón en territorio italiano, flanqueado por el lago Como al este, atravesado además por el de Lugano en su parte central, y también flanqueado y penetrado por el Maggiore al oeste. Los habitantes de dicho cantón, en número aproximado de unos seiscientos mil a comienzo de 1972, hablaban tanto el francés como el italiano, pero solían desconocer lisa y cumplidamente el alemán, como si se tratara de un rechazo que el frente latino/románico oponía a lo germánico. Eros Nonella, espigado y alto, de ojos grandes que en un punto parecían tender a quedarse absortos, contemplativos, en mística ensoñación; melena larga y frondosa, como un peluquín dieciochesco, y supongo que de alrededor de unos 22 años o así, era de Giubiasco, junto a Bellinzona. Su familia era propietaria, o al menos regidora, de un supermercado; y con vistas a una ampliación y competitividad de su negocio, habían enviado a Eros a estudiar alemán. El otro suizo, Dominique Vuigner, algo más bajo que su compatriota Eros, con cara redonda como de diablillo, melena larga asimismo, sonriente y ocurrente hasta límites increíbles, con gafas, amante de llevar botas de taconeado sonoro, y de vestir pantalones sujetos por cinturones y correajes anchos de enormes hebillas..., era de Melide, a unos cuantos kilómetros al sur de la ciudad de Lugano. Sus padres –como en su momento veríamos– disponían de una preciosa mansión en una eminencia desde la que se divisaba allí debajo el lago Lugano, y por

encima y algo más allá de sus aguas, tierra suiza todavía aunque por poco trecho, los pueblitos de Bissone y Maroggia.

Había también una chica islandesa, Helga, por aquel entonces de unos 22 ó 24 años, más que guapa o bonita, que lo era, distinta: Rubia, de buena estatura, pelo largo que casi siempre llevaba recogido en una frondosa trenza, sonrisa nórdica. Solía calzar botas altas color beige, leotardos de lana color marrón oscuro, y algún chal, tipo poncho o manta con abertura para la cabeza por encima de los jerseys de abrigo que se ponía. Ni que decir tiene que de todos los asistentes al Instituto (e incluyendo también a los profesores de nuestros cursos) yo era el único que sabía algo de Islandia. Mi viaje de 1964 me convertía en alguien que, de momento, se distinguía de los demás. Helga quedó sorprendida y encantada de encontrarse con un sujeto que conociera su país, de primera mano. Solía sentarse al lado mío. Pero, por lo que me dejó entrever, era una chica con ciertos problemas de arraigo (que yo tampoco la permití que me contara su vida). Por encima de todo era para mí algo que mi alma valoraba como continuidad de mi aventura poética de 1964. Un país de menos de trescientos mil habitantes nunca podía destacar a parte alguna grandes contingentes de representantes: Con una individualidad válida se cubre el expediente. Y el expediente asignado a Helga era... desde mi atalaya, y en lo tocante a mi personal cosmovisión, el de mantener encendido el fuego romántico y enardeciente de los aconteceres pretéritos. En esas edades de la vida en que diez años pueden significar un considerable escalón en la medida de los valores, supongo que yo, cumplidos los 35 años y entre jovenzuelos inequívocos, tuve que parecerle, para desgracia mía, más un hermano mayor a Helga que otra cosa. Conectó con Eros Nonella, el cual parece –por lo que desenfadada y puntualmente nos contaba él– que se lo quiso tomar en serio, hasta cerciorarse de que lo único que Helga buscaba era establecer una cabeza de playa en el continente, con vistas a quedarse a trabajar con visos de continuidad. El rompimiento con Eros nos lo dijo él, achacando la disolución de... relaciones a las veleidades de criterio de Helga... ¡Vaya Vd. a saber! Eros nos

comentó que hasta se había planteado hablar a su familia de su involucración con Helga, y tal vez influir para que en el negocio de sus padres pudiera obtener ésta un empleo. Bueno, el hecho es que las cosas se quedaron en su justo lugar; o sea, en que cada uno había acudido al Goethe Institut con el propósito de aprender algo de alemán, que no era menguado asunto. Recuerdo que una vez que Helga, que también se había sentado junto a mí en clase, no sé cómo salió o cómo sacó el tema, pero el caso es que me hizo ver que tenía problemas económicos inmediatos, acaso porque no le hubieran llegado los fondos requeridos de su familia, o por cualquier otro accidente técnico. Simplemente yo no permití que franquease la pequeña humillación de pedírmelo; y con la dosis que en aquel momento me pareciera mayor y más oportuna de discreción la regalé 50 marcos alemanes que aceptó con unas lágrimas de sus ojos de aurora boreal, de sol tímidamente apareciendo, al tiempo que me cogía la mano benefactora con las dos suyas, apretándola, estirándola, aplastándola enérgica aunque dulcemente en señal de gratitud. Ya acabado el curso y hallándome yo en España, me escribió una cartita, que no conservo, junto con una foto, que sí que conservo, tomada en su casa de un pueblito costero, al norte de Reykjavik, y con el reverso escrito: “A little memory. It was taken years ago on Christmas Holydays”. Está preciosa, con el pelo suelto a ambos lados, también llevando gafas, algo pensativa, sosteniendo con sus manos y sobre su regazo una labor de punto sobre un paño o tapete encarnado; toda ella vestida de marrón, mirando entre curiosa, expectante e impaciente a la persona que estuviera disparando la ‘polaroid’. En contraste con la otra y única foto que, conmigo, tengo de ella, solos, ante la fachada del Institut, y que debió de tirar, acaso, el propio Eros, lo de “years ago” de esta instantánea hogareña probablemente se refiera a cuatro o cinco años, cantidad sin embargo suficiente de tiempo que permite reparar en el toque exquisito y aniñado de pubertad de estas criaturas antes de los veinte años: Rosado blanquísimo el de su piel, como el color del ámbito donde el sol no puede ponerse nunca en la estación de la claridad... A mí, desde luego que me encantaba conectar con una

generación anterior a la mía; o sea, con gente aproximadamente 15 años más joven que yo; si bien de forma más o menos consciente o inconsciente mi condición de doctor de Universidad y Associate Professor con *full tenure* por una canadiense de prestigio estaba ahí empapando mi singularidad, presidiendo mis actuaciones.

Sobre el Instituto Goethe en sí, sus métodos, su profesorado, su sistema..., sólo puedo predicar excelencias. Para empezar, la única forma de hacer posible la enseñanza de una lengua a una variedad de alumnos provenientes de otras familias lingüísticas tan variadas como la hispánica, la también germánica del inglés, la eslava de los polacos, la turca, la griega, la japonesa, la árabe, etc., etc., es empleando la lengua objeto de enseñanza –alemán en este caso– en todo momento. Así se dispone de un nexo general para todos. Cualquier otro ensayo acarrearía confusión y pérdidas de tiempo. Los libros de texto diseñados y probados *a lo alemán* por el Goethe Institut y supongo que patentados por y para su uso exclusivo, están confeccionados únicamente en alemán, acompañados de un número prudencial de dibujos, fotos y estampas. La receta prescrita para un buen aprovechamiento de los cursos es válida para el aprendizaje de cualquiera otra lengua: Inmersión total en el idioma, a razón de unas cuatro horas diarias de clase (seis periodos de 45 minutos cada uno) y la práctica que se supone que va uno a llevar a cabo en el seno de la familia con quien le haya tocado hospedarse. Ya dije que... nada de lujos ni de comodidades superfluas. Dentro de todos los posibles tipos de alojamiento sólo pueden darse diferencias desestimables en lo que se refiere a la valoración general del sistema. En todo supuesto se trata de que aquello con lo que por vía teórica y libresca se haya puesto uno en contacto en clase, lo ejercite, lo amplíe y lo ponga a prueba con las personas de su alojamiento. No conozco de sistema mejor y tal es el modelo que no he dejado de recomendar a todo aquel que me pide consejo sobre “cómo poder aprender”... tal o cual lengua. Los profesores eran todos buenos, curtidos en la metodología ‘teutónica’; había hombres y mujeres y al fluir de las clases era inevitable establecer cierta complicidad lúdica con aquellos de los instructores

que mejor entraran al trapo. Recuerdo la señora a quien gastábamos bromas en nuestras respuestas. Si nos preguntaba: “Haben Sie Kinder?”, es obvio que la respuesta anticipaba el uso de *keine*; o el uso enfático ratificativo de *doch* ante la modalidad interrogativa-negativa de la pregunta. Pues bien, algunos de nosotros, sobre todo yo, respondíamos: “¡Ich weiss nicht!”, con la consabida carga de picardía por nuestra parte, y las risas de los compañeros; a lo cual la señora, cargada de paciencia ante nuestra actitud incontinente, solía decir: “¡ooooohhhh... cocoloro!”, expresión onomatopéyica de desaprobación comprensiva de nuestras diabluras mentales, acompañándose de gestos bondadosos y ademanes conciliadores. Y lo mismo cuando cometíamos alguna falta garrafal sobre cuestiones suficientemente transitadas. Otra profesora, cuando nos recordaba la inversión del orden sintáctico normal de verbo y sujeto, por comenzar la frase con partícula, etc., nos hacía el sonido de la campanilla con las manos y moviéndolas enfrentadas en sentido contrario. Los instructores e instructoras se turnaban; quiero decir que no había nadie fijo para todo el curso con una sola clase específica, concepto bastante acertado en mi opinión ya que así se evitaba el aflojamiento del interés ante la posible rutina simplemente de ver a la misma persona todos los días. Probablemente quien más nos aguantó y mayor cantidad de bondad y resistencia desplegó fue Herr Bolbach, un hombre de unos 40 años, metódico, templado y con un estupendo equilibrio emocional, al menos en apariencia y siempre en lo relativo a su trabajo. Aprender alemán por parte de un no-nativo es doblemente penitencial, y no precisamente por eso que los listillos que creen estar en el secreto de las cosas denuncian, a saber, las declinaciones como bien es sabido; yo diría que por la falta de declinaciones, más bien. El problema no es que se decline el artículo y los pronombres, etc., sino que las propias desinencias de esos supuestos declinables producen una calamitosa confusión al no disponer más que de unas cuantas para un número tres veces superior de casos. Lo que digo es que, por ejemplo, la desinencia del masculino singular nominativo es igual que la del femenino singular dativo; los neutros singulares nominativos pueden

ser idénticos a los también nominativos masculinos y femeninos..., y a los acusativos también masculinos, femeninos... y neutros. Ahí radica la confusión. Es preferible que existan catorce o quince desinencias distintas, una para cada caso, como en finlandés, a que unos pocos sirvan para muchos. Yo tengo muy claro que mi cerebro rechaza ciertas formas de retentiva y mnemotécnica. Eso que los psicólogos llaman “constelaciones asociativas de engramas”, como unidades o soportes de la memoria, es tanto como no decir nada; o sea, que hay cosas, módulos, secuencias organizativas que se recuerdan; y otras no. Los casos del alemán establecen la peor dificultad de todas aquellas con las que una memoria pueda enfrentarse: La confusión en virtud de la ambigüedad indistinta, sobre todo si hablamos siempre desde la óptica de un no-nativo. A esto es oportuno aducir aquí las razones que explicitaba el recientemente desaparecido y súper octogenario gran maestro de ajedrez Najdorf para poder jugar cuarenta y cinco tableros a la ciega, y que no eran otras sino plantear partidas distintas, porque -decía- lo mismo que un montón de sillas blancas iguales sobre una terraza de verano no son distinguibles las unas de las otras, ni recordables, ni significables, así ocurriría con las partidas de ajedrez. Pocas explicaciones me han parecido nunca tan repletas de lógica y de materia constatable. A lo cual precisaría yo que el ejemplo de las declinaciones alemanas complica todavía más las cosas, pues a la diversidad impuesta por el número de casos en existencia se añade el de la confusión producida por las identificaciones desinenciales compartidas por casos y géneros absolutamente distintos. Lo que sí quedaba claro de todo esto es que el único camino por donde adentrarse con dignidad, al menos con visos de corrección, en la lengua alemana, era el del ejercitarse sin piedad y sin descanso. Cada módulo de lección, o sea, cada cuadro conversacional y gramatical sobre algún aspecto consuetudinario de la vida, venía acompañado de grupos y grupos de ejercicios, bien en el libro básico o bien en otros de prácticas, además de los que se nos entregaban en fotocopia. El secreto estaba siempre en hacer ejercicios, moldear los resortes del cerebro de cada cual a una especial forma de decir las cosas, transitar

cientos y cientos de veces las sendas gramaticales y sintácticas hasta conseguir una unificación entre las propensiones categoriales del discurso y de la cosmovisión de cada uno con las formas alemanas aptas para ser asumidas. ¡Ejercicios y más ejercicios! Demasiado costoso, demasiada alta la factura. No creo que tratándose de adultos, con un discurso establecido y asentado en su respectiva lengua, se dé más de un bajísimo porcentaje de quienes hayan podido aprender, de mayores, la lengua alemana con la corrección gramatical equivalente a la que, por ejemplo, pudiesen lograr en otra cualquier lengua de entorno vivencial y significativo equivalente. En lo que respecta al orden sintáctico, es una verdadera aventura comenzar una frase y en cuestión de menos de una docena de palabras enfrentarse a variantes ajenas a lo que en castellano entenderíamos por secuencia esperable y normal. Eso de mandar el verbo o el participio auxiliar al final de la oración es una gozada prepotente. Y cosas así. Por lo demás, una joya de lengua: Ningún problema con la pronunciación, consonantes rotundas sobre todo para los españoles.

Debió de ser a eso de primeros de diciembre, siempre de 1971. Mi amistad con los suizos del Ticcino, Eros y Dominique, se había consolidado aunque ello fuera en razón de la ininterrumpida sarta de chanzas, bromas y retruécanos lingüísticos que invariablemente nos intercambiábamos cada vez que coincidíamos y dondequiera nos encontrásemos. Así que no me extrañó que Dominique nos propusiera a Eros, a Pancho y a mí pasar un fin de semana en casa de sus padres, haciendo los cuatro el viaje en mi Mercedes 200-D. La excursión comportaba atravesar Suiza de norte a sur, unos 335 kilómetros; es decir, entre ida y vuelta, un total de unos 700 kilómetros, recorrido perfectamente factible en tiempo y forma. Dominique avisó a sus padres de nuestra llegada que necesariamente tendría que ser ya muy tarde, por la noche del viernes en que decidiéramos viajar. Y así fue. Creo que se trató del primer viernes del mes de diciembre cuando nos pusimos en marcha, nada más terminar las clases en el Instituto... Arrancando desde Radolfzell nuestra referencia intermedia de ruta era la localidad de Chur [recuerdo la risotada que tanto Eros como

Dominique soltaron cuando yo pronuncié Chur, así, en su valor facial, a la española, en vez de /K/ur, según ellos, lo correcto] que alcanzamos bordeando el Bodensee, y desde Rorschach la frontera con Austria y toda la fachada occidental de Liechtenstein. Ya a partir de Chur la carretera conducía directamente al mediodía. Dejamos a Eros en su propio pueblito, Giubiasco, tres kilómetros al sur de Bellinzona, también en nuestra ruta, y nosotros tres, Dominique, Pancho, y yo proseguimos, vía Lugano, hasta Melide. Fueron en total unas cinco horas de viaje. Probablemente saliéramos de Radolfzell a eso de las cinco de la tarde, disponiendo así de una hora completa más de luz. El viaje tuvo su dosis de penosidad: Llegada la noche, con las autovías cubiertas de nieve semi licuada, se produjeron algunos despistes y algunos patinazos cuya alarma agudizó mi prudencia. Llegamos bien, a eso de las diez. Los padres de Dominique nos estaban esperando, pero aquella noche, salvadas las frases obligadas de cortesía, nos fuimos a descansar. Todo el día siguiente lo teníamos para nosotros, y en efecto, por mi parte no di abasto a la tan variada cantidad de impresiones y percepciones con las que enriquecí mi experiencia. Los padres de Dominique, en primer e indiscutible lugar, un encanto, un primor de pareja. Un poco mayores que yo tan sólo, me confesaban que Dominique, hijo único, era un niño mimado al que prácticamente consentían todo. El Sr. Vuigner era dueño de un SVISSERAMINIAT, o sea, de una reproducción o maqueta al natural, aunque en miniatura, de Suiza como país, y a tenor de los signos externos el negocio parecía muy rentable, muy clásico, muy como... indiscutible. Allí pasamos un buen rato observando el esmero artesanal con que se habían plasmado todas y cada una de las peculiaridades del país en lo geográfico, en lo artístico, en lo pintoresco. Túneles, puentes, lagos, comunicaciones, praderas, edificios, monumentos, complejos invernales de deporte alpino, viaductos, castillos... lo que se dice, todo, cubriendo una extensión de varias hectáreas. Dominique me presentó a Manolo, un andaluz que trabajaba como capataz en el complejo y que declaraba excelencias del Sr. Vuigner, cosa que no podía extrañar en absoluto. La mamá de Dominique era una mujer francamente atractiva, yo diría



que hasta bella, de mi edad más o menos. Un poco así, en plan madraza, y en vista de mi *status senior* –pues era una generación, más o menos, la que, como dije, mediaba entre mis entonces compañeros y amigos, y yo– entre halagada y pesarosa me hablaba de la terrible responsabilidad de tener hijos, y del nunca resuelto acertijo sobre lo que sea mejor respecto de ciertas cuestiones vitales. Pocas veces con más propiedad, con más legitimidad que entonces, me he sentido en posesión de tan amplio espectro de registros emocionales. Ante la mamá de Dominique mi conciencia desplegaba todos sus resortes y disponibilidades potenciales, como correspondía a una mujer de tan magnífico porte, de tan conciliador y generoso gesto. Y su marido, el Sr. Vuigner, no se quedaba atrás. Tendría unos cuarenta años y era el prototipo del hombre con los pies en la tierra. Recuerdo que la noche anterior no pude echar más que un vistazo, muy de urgencia, a algunos de los muebles de los pasillos a través de los cuales me dirigí al dormitorio que me habían destinado, y percatarme de que estaban llenos de magníficos tomos, de lujosas encuadernaciones que mostraban su opulenta y protegida curvatura detrás de las vidrieras impecables de los anaqueles de los dichos armarios. El historiador francés Michelet aparecía allí, supongo que entero, junto con otros libros, en cuidadosa formación, con un gusto decorativo exquisito...

Tengo una foto de la Sra. Vuigner, sola, en la cocina, sonriente, sosteniendo un vaso de algo en la mano izquierda, como terminando de girar levemente su cuerpo en busca de una pose fotogénica, tocada de delantal, en zapatillas abiertas de medio tacón, con ancho y frondoso ribete blanco por los empeines, absolutamente hogareña, suelta, conciliadora, dueña de la situación, dueña de saberse protegida, y querida, y respetada y todo ello ahora, por si fuera poco, por mí, su novísimo admirador. En otra foto, también tomada en una especie como de estancia o comedor, aledaño de la cocina [donde según todos los indicios, al menos cuando no estuviera Dominique, el matrimonio debía de hacer todas las comidas], estoy disfrutando con ellos dos, en una sesión de charla de desayuno. Los Sres. Vuigner sólo hablaban francés y algo de italiano [la frase que con más comedia

severidad paternalista solía decirle a Dominique su padre era... “Tu, ¡prende le tedesco!” (“Tú, aprende el alemán”) graciosa mezcolanza en que cada palabra se acomoda en una lengua distinta], así que yo me encontré en una de las raras, escasas y recordables ocasiones en que haya tenido que apurar al máximo mis habilidades en “gabacho”. Al comentarle yo el impacto que me hablan causado los metros de hileras de libros en lujosísimas encuadernaciones y conteniendo la obra, de reconocidos autores..., recuerdo que me miró con una sonrisa comprensiva y bondadosa y me dijo que “él no leía mucho”. Son ese tipo de respuestas que cobran su plena justificación cuando sea, normalmente tiempo después, cuando el acervo de vivencias, el acarreo de aconteceres le han ido llenando a uno de comprobaciones, de fehacencias, de realidades incontestables. Seguro que si Mr. Vuigner se hubiera dedicado a la lectura no hubiese podido vivir como yo ví que vivía, ni en la casa en que vivía y que ya, por sí sola, merece alguna glosa especial.

La casa era más bien un castillo construido sobre una preeminencia del terreno; una magnífica fortaleza, espaciosísima, de tres plantas, pertrechada de las comodidades mejor garantizadas que yo hasta entonces hubiera visto, acaso con excepción de algún hotel de América del Norte. Las paredes, más bien gruesos muros, se combinaban con torretas, columnas, tejados voladizos, superficies de ladrillos vistos. Tengo una foto con Pancho junto a uno de los vértices redondeados de la mansión, en el cemento granulado de cuya pared está representado un San Jorge a caballo, alanceando a un dragón alado que arroja lenguas de fuego por la boca, y todo ello en trabajo artesanal de trozos de azulejos pintados e incrustados en la dicha superficie. Balconadas, zaguanes con verjas de hierro forjado, viseras de tejas nobles en soportes de vigas saledizas, sustentado todo ello por columnas con capiteles de tipo sombrero de seta; y más arriba, las ventanas de las habitaciones, exclaustradas en un cerco u hornacina de ladrillo sólido. Una verdadera obra de arquitectura. Los interiores, con suelos de madera elegantes y duraderos. Pero más que nada, el emplazamiento que había elegido el Sr. Vuigner para su morada era

por demás destacable: Toda la parte anterior y principal del edificio miraba malecón abajo hacia el lago: Una línea de robustos troncos, entre mojones y torretas de fijación, que marcaban el límite de la propiedad del inmueble, que no tenía ante sí edificación alguna. La tierra de pinares jóvenes caía ya en picado, por espacio de aproximadamente 500 ó 600 metros, hasta el borde mismo de las aguas, calculando que la casa se hallaría a unos doscientos metros de altitud sobre la superficie del Lugano. Pancho y yo, mirando ambos hacia arriba, hacia la casa, nos hicimos una foto ahí, apoyados en uno de los maderos que servían de barrera y demarcación, teniendo a nuestras espaldas todo el reverbero acuoso, las estribaciones asimismo en cuesta de la orilla contraria, y los pueblitos también suizos de Bissone y de Maroggia, como dijimos. Aquella mañana de sábado, de ambiente templado y cívico, con sol de diciembre, prende entera y rotundamente en mi memoria, en la encarnadura de mi conciencia sólo con mirar por un segundo la fotografía con Pancho el boliviano y yo, plácidos y relajados como quienes saben que se hallan en buenas manos. El Sr. Vuigner era un amante de la bebida Cynar, el extracto de alcachofas, y en más de una ocasión brindamos con el supuestamente salutífero brebaje que –bien lo recuerdo– no llegó a triunfar en España a pesar de la publicidad insistente con que martilleaban a los telespectadores y radioescuchas. José Bódalo, el actor, encarnaba con gracia y con convicción uno de los *spots*. Pero, repito, veleidades de la fortuna, su sabor parecía resistirse al paladar de los españoles, y su consumo se fue adelgazando hasta prácticamente desaparecer.

Ese mismo sábado se reunió Eros con Pancho, con Dominique y conmigo en Lugano. Precioso lugar, pulcramente cuidado, como toda Suiza, pujante, depositaria de buena parte de la riqueza del mundo, neutral en lo que a asuntos bélicos se refiere, pero armada hasta los dientes [y si no, que se lo hubieran preguntado a Hitler, que no tuvo cojones para invadir]. Cada suizo hasta prácticamente el momento de su muerte recibe instrucciones de defensa, y mantiene un arma reglamentaria, de tipo ofensivo, para caso de que el país tomase

parte en alguna conflagración. Lugano, como digo, un precioso lugar, compendio de la rigidez disciplinaria suiza y un toque de liberalidad estética, como de audacia permisiva, de los italianos. Estamos a últimos de 1971 y España es un paisillo de medio pelo. Precisamente Suiza está llena de extranjeros; y precisamente se nos recuerda que lograr la ciudadanía helvética es de las cosas más concienzudamente dilatadas y meritorias en la historia de la Administración internacional. Donde cualquier otro país civilizado requiere cinco años de permanencia/residencia más o menos continuada, un trabajo estable, etc., Suiza exige el doble de las prestaciones de todo tipo: Larguísimo tiempo de residencia, etc., etc. Pero Lugano es una preciosidad: Dominique nos presenta a una amiga suya, de la que luego nos confesaría estar enamorado: Una verdadera proeza de criatura, como compacto de belleza, de elegancia, de estilo... sobre todo sabiéndose bonita y admirada y deseada. Para un español como yo, culto, apercebido y siempre con deseos de ilustración, aquéllas eran las visiones que revelaban las diferencias profundas entre los pueblos: El poderío, la pujanza económica, las infraestructuras, las mostraciones técnicas y organizativas, el orden, el concierto, la disciplina calvinista y férrea que redundaba en aquel país que más bien siempre me ha parecido un búnquer de compromisos y exigencias cívicas..., todas esas cosas me presentaban a España como lo que era: Un portentoso “proyecto de vida en común” lleno de posibilidades que hacía cola como esperando para desarrollarlas. Dominique se quedó con su amiga; y Eros, Pancho y yo nos dedicamos a ver la ciudad. Nos hicimos una foto ante el torreón como de un castillo, con murallas adyacentes almenadas, en forma de *u*ve curvada hacia afuera, como en vuelo. Recuerdo que en una especie de muñón de aquélla o de otra muralla o resto de fortificación de por allí nos subimos nosotros tres y fuimos severísimamente reprendidos por un guardia municipal que ante nuestra extrañeza de no poder imaginar qué principio de orden cívico habríamos vulnerado, y hacernos los remolones ante su primer grito... de aviso, se vino hacia nosotros hecho una furia, blandiendo su garrote o chuzo, conminándonos a bajar de aquel promontorio de

pedras, y barbotando amenazas –según creyó entender Eros– de meternos a los tres en la cárcel por desobediencia. He ahí –pensé– un caso extremo y desafortunado de lo que un exceso de celo por la ordenación y la regimentación puede acarrear. Recuerdo por las escuetísimas notas de viaje que tomé en aquella ocasión, que a mi regreso a España hablé y comenté que en aquel viaje a la Suiza del Ticcino había podido yo divisar Italia. Quiero también recordar que Eros tuvo por fuerza que llevarnos a algún montículo, elevación o edificio público suficientemente alto en Lugano como para poder otear desde allí, por encima de las aguas del lago, la tierra ya de Italia, probablemente los pueblitos de Lanzo y de Castiglione. Esa misma noche Eros y Dominique se quedaron con Pancho en una discoteca de Lugano, comprometiéndose el primero a llevarles a casa cuando se hartaran de alterne. Eros y Dominique regresarían en coche a Radolfzell juntos al día siguiente, y Pancho se vendría conmigo. Eso fue lo acordado. Como yo no era amante de discotecas, me volví a Melide antes de que se hiciera demasiado tarde. Todavía estaban los Sres. Vuigner levantados y disfruté con ellos de un rato de conversación sobre América del Norte y cosas generales, muy asépticas y muy de circunstancias, encareciéndoles de paso que no se preocuparan porque los chicos llegasen a horas avanzadas. El domingo, Pancho y yo, con luz del día en casi todo el viaje de regreso a Radolfzell, modificamos la ruta: En Bellinzona, en vez de tirar de nuevo hacia Chur lo hicimos hacia Schwyz, para desde allí a través del lago Zurich y Winterthur alcanzar Kreuzlingen y Konstanz. De todo este viaje conservo una buena colección de fotos. Quede claro que yo no he tenido nunca máquina, y que si aparezco en las cartulinas es porque alguien se ha tomado la liberalidad de retratarme, o de fotografiarse junto a mí operando el dispositivo automático. Así con esta excursión. Recuerdo la carita de expectación de Pancho cuando en Radolfzell, al recoger las fotos reveladas y decirme lo bien que estaban todas, me pidió el hombre que si yo quería pagarlas. Pues claro que las pagué con mucho gusto. Adondequiera que me transportase llevaba yo conmigo cantidad de billetes de USA \$, sobre

todo de denominación de 20, los más manejeros y prácticos para esta suerte de satisfacciones transaccionales. Con Eros y con Pancho, en plena carretera con la campiña cubierta de nieve y también en un área de servicio, tengo dos respectivamente, con nosotros tres jugando, gesticulando y uniéndonos con los brazos por los hombros. Otras dos fotos, una en que me dispongo a echar una meada a pie de cuneta; y otra meando, con todo el morro de mi Mercedes 200-D verde oscuro. Otras dos, necesariamente sacadas o bien por Eros o bien por Dominique en que aparecemos Pancho y yo: Yo siempre enfundado en mi jersey de lana granate Marks & Spencer de Oxford de 1957, apoyados en el frente de mi coche y en el mismo lugar igualmente de la carretera; las dos fotos ya comentadas del matrimonio Vuigner: Una, yo con ellos; y la otra, la señora sola en la cocina; dos fotos con Pancho en la mansión de Dominique; nueve fotos dentro del recinto de la *Suiza en miniatura*: Una de ellas, con Manolo y Pancho; cinco, Pancho y yo; y otras tres enteramente solo; y en fin, una con Pancho y Eros creo que en Lugano; y la última, con Pancho, no puedo precisar dónde, teniendo a nuestras espaldas el muro, una torreta arbotante y la cúpula campanario de lo que parece ser una maciza iglesia o colegiata.

Ya se ha dicho en algún lugar que Radolfzell era una ciudad pequeña, de cuatro o cinco mil habitantes, pero pertrechada de todos los servicios convivenciales que, por ejemplo, en España sólo eran esperables en capitales de provincia a mucho tirar. A 11 kilómetros al oeste se hallaba Singen, de no más de 15.000 habitantes y donde, entre otras particularidades, y para que uno pueda darse idea, existía una casa de servicio Mercedes dotada de todas las prestaciones; a 19 kilómetros al este se encontraba Konstanz, de no más de 30.000 habitantes y verdadera cabeza de partido comarcal, por emplear una expresión cercana a nuestras entendederas. No había, pues, en un radio de muchos kilómetros concentración urbana mayor, y por lo tanto Konstanz fue, sobre todo desde un día, mi referencia monográfica, mi escape por antonomasia... ¿He dicho un día? Sí, y no me es posible recordar de qué forma entré yo en conocimiento de que en Konstanz existía una casa de putas, así como suena. Ello debió de ocurrir

pasadas las tres primeras semanas de curso, en las que no se da abasto con el tema de hacerse uno con los mandos de la nueva situación. ¿Le pregunté a un taxista? Imposible recordarlo, como me es asimismo imposible rescatar el nombre del local... Sólo sé que acababa en... *ella*, así, un nombre sonoro romanceado, muy desenfadado... a lo italianizante, a lo goliárdico, a lo... parecido a Grandella, parecido a Arabella, pero ninguna de ellos, porque estos dos nombres concretos sí que soportan realidades de muy distinto signo y que también quedan tratadas en las páginas de mis relatos de memorias. Después de mucho repasar y de mucho excluir acaso, sólo acaso, “Aranella” pudiese resultar que era el verdadero nombre de nuestro burdel. Lo que sí es internacional o al menos de fuerte arraigo en la terminología de todas las lenguas cultas centroeuropeas es el término alemán “bordello”, burdel, pero más pegadizo y aceptado que el inglés de “brothel”. Yo siempre que oigo pronunciar esta palabra, mitad teutónica, mitad latina... pienso en el Sacro Imperio Romano Germánico, ¡vaya Vd. a saber por qué! El caso es que un día me acerqué al... establecimiento, y desde entonces hasta la fecha de mi regreso a España no dejé de acudir con cierta regularidad, la que me permitían mis ocupaciones con el estudio y otras incumbencias sociales de las que en breve daremos cuenta. El prostíbulo lo formaba, si mal no recuerdo, toda la segunda planta de un edificio grande y sólido; cada chica ocupaba una habitación, *su* habitación, y éstas se disponían a uno y a otro lado de un corredor amplio, como si se tratara de un hotel. Las chicas estaban allí, dentro de su apartamentito, a la vista de los clientes, dentro de un orden reglado..., a lo germánico. Yo me encapriché de una, sin duda, atractiva, bonita, con un estupendo chasis. Normalmente ninguna chica besaba en la boca; y aun en lo tocante a los precios, razonables y en equiparación con los españoles; si acaso, un poco a la alta por el cambio siempre estrepitosamente desfavorable para la peseta en su relación con el Deutsche Mark. También se distinguía entre si la chica se quitaba el sostén o no y, en consecuencia, se dejaba acariciar las tetas que, dicho sea de paso, mi amiga las tenía magníficas porque toda ella, insisto, era muy bonita, muy atractiva. Al cabo de vernos

dos veces, a la tercera, por el precio standard se quitó a voluntad propia todo lo de arriba y me permitió que me solazara con su busto, cosa que me agradó sobremanera ya que ello fue el signo confirmativo de que... prácticamente todo lo que tenga que ver con relaciones humanas suele requerir una fase de acomodo, un juego de conocimiento, una pequeña andadura de confianza. Creo que fue eso precisamente, confianza, lo que yo la infundí, y por lo mismo llegué a la conclusión de que ella flexibilizaba conmigo al máximo sus prestaciones. Una líneas antes comenté la disciplina y el buen gobierno de un establecimiento así, y ello se me hizo aún más evidente al ir un día a buscar a mi amiga y encontrarme su habitación cerrada. Contrariado inicié la retirada y no bien comenzado el descenso de la escalera que conducía al piso bajo, ví que subía ella... Mi alma se encandiló, y con la ingenua y confiada incontinencia intenté abordarla..., supongo que para decirla que la estaba esperando, que me había llevado un disgusto al ver su cámara vacía..., que me alegraba verla de nuevo, y que si quería estar conmigo. Ni siquiera me miró..., siguió escaleras arriba, hasta su habitación, a lo que yo maquinalmente, desesperado, ofuscado, como un zombi, me sentí inevitablemente empatizado a seguirla. Nada más abrir la puerta y entrar en su cuarto, se volvió a mí, cambió su gesto, me sonrió y me dijo que tenían terminantemente prohibido hablar *con nadie* fuera de sus habitaciones. ¡Hhhuuhhhff... qué descanso..., y qué peso me quitó de encima! Aquel día la sesión íntima que me dispensó me supo a gloria. Creo que se hacía llamar Ingrid, acaso Dora, una lástima no haber registrado estos detalles. Sólo una vez que no estaba mi amiga –era su día libre y yo no lo sabía– pasé con otra: Un fracaso. Llevaba puesto el rodillo del tampax, y lo que práctica y cínicamente hizo fue ponerse un poco encima de mí y masturbarme. Ante mi protesta inerme, debió de accionar algún timbre sin yo verlo. El caso es que se presentó un matón guarda-espaldas, con cara de pocos amigos, y preguntó que... si había problemas... “Nein, nein, keine Probleme”, creo que dije yo apresurado. En pocas ocasiones me he sentido más indefenso, más frustrado, más zaherido. Al menos, la experiencia me



servió para añorar a mi amiga... Ingrid, Dora... o como se llamara. Uno de los días siguientes a una cualquiera también de mis visitas al burdel, uno de los turcos de mi clase, chico más o menos de mi edad, probablemente el más maduro de todos ellos, me soltó así, con sonriente complicidad, el nombre del prostíbulo como haciéndome saber –¡ffijense Vds., qué cosas!– que... que estaba al tanto de mis visitas. No encontré mejor antídoto que invitarle a venirse conmigo en mi coche cuandoquiera le conviniera; a lo que la pobre criatura se deshizo en gestos de declinación de mi oferta, como asustado de haber podido suscitar semejante tema. Un poco así, como desagravio, y para ayudarle a encontrar su paz espiritual, le dije que me escribiera “Te amo” en turco, y así, en simple reproducción fónica aproximada daba: “Seni seviyorum”. En el propio Radolfzell me infatué con dos putitas, chicas jóvenes que solían coincidir en la discoteca, no sé si la única de la localidad pero en cualquier caso a la que solíamos asistir [yo de tarde en tarde y sólo un ratito, por eso del humo y del ruido, cosas que detesto] la gente del instituto Goethe. Una de ellas, la más agraciada, se dejaba acariciar con el fin de encandilarme y de que la llevara en coche hasta su casa, servicio nada desdeñable en aquellas noches de frío, porque no se olvide que estamos en invierno. La chavala esta, torpe y viciosamente, me perdió unos guantes de lana, de esos maniobreros y para todo uso. Telefoneé a mi madre y recuerdo que me envió otros iguales, sin ningún incidente, en un sobre de esos grandes canadienses, de Queen’s University, que había dejado yo preparado al efecto...

Mi indumentaria rayaba en lo anodino si no hubiera comportado un algo de grotesco y de irritante, por lo convencional y carente de pretensiones como era. Puedo decir que casi no me quité de encima mi jersey de lana granate ya mencionado, sobre el que me solía poner el marrón, también de lana gorda, con abertura de cremallera en todo el frente, y que me había confeccionado Isabel Toledano, mujer de Fernando Garcés. Mis zapatos ‘Gorila’ con suela de goma recauchutada me garantizaban un aislamiento y protección térmicas adecuadas; y en cuanto a la cabeza, por primera y única vez

en mi vida usé un sombrero de fieltro color ceniza que me mantenía la sesera en su justa temperatura. El sombrero había pertenecido a mi padre, así como la bufanda de lana, a cuadros amarillos y marrones claros que, por cierto, siguió haciéndome apaño hasta que a finales de 1996 se la llevó puesta a su tierra una amiga filipina que había pasado en mi casa de España unos días de invierno. Todas las fotos que conservo de aquellas casi ocho semanas en el Goethe Institut de Radolfzell me presentan con la misma indumentaria. Los chilenos eran los mejor vestidos con mucho: Llevaban vistosas y gruesas pellizas y guantes de cuero con gorro de lana: El mejicano también lucía buenas botas. José Luis, el uruguayo, solía llevar gorra de cuadros, de visera, de esas que tienen como un botón en el pliegue recogido del centro. Ya dije que había una pareja de peruanos –fuertote, simpático él; dulce, bonita, mimosa ella– que en un par de fotos que alguien nos hizo a un grupo de nosotros en la nieve, lucen equipo pesado de invierno: Él, zamarra de cuello de piel, y bufanda sobre un jersey hasta la barbilla, amén de guantes gordos; ella, botas altas, pantalón tipo skjama, abrigo de piel tipo felino, manguitos para las manos. Por lo que de constatación insistente tienen todas las fotos, es muy probable que yo abusara ya por entonces de mis recursos naturales, descuidando la protección de mi garganta. No otra conclusión es la que se me ocurre sacar de verme así tan suelto, tan descuidadamente abrigado, siempre por contraste con la gente que estaban al lado mío; tan confiadamente sabedor de que mis diez inviernos en el clima polar de Norteamérica me deberían haber inmunizado de esas pequeñas cosas como tener frío...

El mejicano, el uruguayo y yo solíamos ir juntos a comer a alguno de los dos o tres restaurantes que estaban concertados con el Goethe. Como servicios incluidos en el precio de matrícula habíamos recibido una cantidad, muy ajustadita y tirando a insuficiente, de bonos de comida, cinco por semana, dejando sin cubrir los sábados y domingos que corrían ya por cuenta de cada cual; sistema reputado como normal en todos los centros que yo conozco: O sea, cubrir lo imprescindible y dejar que cada uno se pague los extraordinarios y los

caprichos. Nosotros tres –el uruguayo, el mejicano, y yo, como digo– tuvimos cierta dosis de fortuna al recalar en un restaurante donde la camarera, una señora corpulenta, madraza, bonachona, entrada en años, nos cogió cariño y nos ponía raciones “sobre-dimensionadas”, como se diría ahora. En Alemania y en muchos otros países no suelen servir pan en las comidas, y si lo ponen es porque uno lo ha pedido, y hay que pagarlo aparte. Pues bien, esta buena señora [cuya liberalidad su estrella haya premiado] nos obsequiaba con pan, y nos servía los platos de ensalada, y de patatas, y de la guarnición que fuere, con copete. Recuerdo que José Luis, el uruguayo, ya sin recato y al término del pedido de nuestra opción de menú, lo remachaba con un enfático y directo “aber viel” [“pero que sea mucho”]. Una joya de mujer y de buen corazón.

Un día se les ocurrió a los turcos, que eran legión, retornos a un partido de fútbol al conjunto de hispánicos con algún otro refuerzo. Y en un campo que casualmente había muy cerca del emplazamiento del Instituto caímos todos, cada cual vestido de lo que pudiera, y luciendo las habilidades de que también dispusiese y que en mi caso no eran ni muchas ni muy ortodoxas ni muy disciplinadas: Me dedicaba a despejar hacia adelante, zapatazo va, zapatazo viene cuandoquiera el balón merodease por mis dominios, para consternación del pobre uruguayo que debía de conservar, supongo, ínfulas de algún momento estelar de algunos de los jugadores o de alguna de las selecciones nacionales de su país. José Luis se había traído casi todo un equipo de ropa de futbolista, el muy bribón: Tan seguro debía de estar de que nadie le privaría de practicar su deporte insignia, ni siquiera en Alemania.

En la “juke-box” del restaurante donde hacíamos la comida estaban los discos de Nicola di Bari, y el “Après toi”, también en versión alemana, de la griega-germanizada Vicky Leandros. Pocas melodías de circunstancias, de tan menguada trascendencia y de tan coyuntural significado cobraron tanta validez y tanto apego respecto de mi estado de ánimo como las que aquellos dos intérpretes

recreaban en los discos de la caja de música. Eros, el suizo, me puso parte de las palabras de “Mi corazón es un gitano/zíngaro...” en italiano; y en lo tocante a Vicky Leandros, ganadora, como se sabe, del Festival de Eurovisión de ese mismo año, creo, conseguí cantar la melodía entera de su “Après toi” en sus versiones narrativas y argumentales, quiero decir, con todas las palabras, francesa y alemana.

El único encargo social que me impuse fue el de encontrar algún obsequio para la familia Vivas, transportistas y mecánicos que cuidaban de mi coche y a los que quería distinguir con la elegancia espontánea de un regalo. No tardé mucho en hallarme ante el escaparate de una tienda de herramientas, entre las que eché el ojo a un juego de llaves fijas Dowidat que, en su momento, en España, efectivamente merecieron la aprobación entusiasta de mis amigos.

Quiero creer que la cosa se produjo al cabo de las dos o tres primeras semanas de estancia en Radolfzell. Al final de una de las jornadas de clase de mañana, la Secretaria de los cursos me llamó y me presentó a una chica alemana que, según entendí, quería hablar conmigo. Se trataba de Helga Patzsch, como mucho de unos 25 años, más bien bajita, con labios gordezuelos, una de esas personas con las que, en lo que a trato se refiere, se encuentra uno confiado y cómodo desde el primer momento. Bueno: El caso es que se había enterado de que había un español... o españoles (o al menos hispánicos) en aquella remesa de estudiantes del Goethe, y como ella quería practicar y mejorar su español, pues, lo de siempre, había pensado en el intercambio de lecciones. Yo no acertaría ahora a decir dónde exactamente, pero en mis escritos relativos a la vida académica, al estudio y cuestiones afines, siempre he mencionado mi incapacidad y mi indisposición a eso de “estudiar juntos” y zarandajas parecidas. Salvo circunstancias contadas en que a uno le tengan que precisar, explicar o matizar algo por vía de excepcionalidad, el estudio es cosa de radical soledad, de comunión íntima, de trasiego con uno mismo. Lo demás es compadreo, ganas de perder el tiempo, y de llamarse uno a engaño. Ahora bien, esto de Radolfzell que proponía Helga me

sonaba a música. Quedamos en que también tomarían parte en los encuentros el mejicano y José Luis, el uruguayo, que en el momento de conectar yo con Helga andaban por allí... y pidieron anuencia.

Helga, soltera e hija única, era de Radolfzell y vivía en Radolfzell, con sus padres, en el piso de éstos, de la manera más convencional y esperable conforme a parámetros hispánicos. Había terminado la carrera de Humanidades, con especialidad en lenguas, pues ya dominaba a la casi perfección el inglés y el francés [propiciado este último aún más si cabe en aquella parte de Alemania ocupada por Francia después de la guerra] y quería mejorar su español. Creo que daba clases en un Instituto de Konstanz. Sus padres eran encantadores: Él, a punto de jubilarse, era el típico hombre activo, sano, fuerte, que trabajaba si mal no recuerdo en la Administración pública; conociendo el inglés y el francés asimismo bastante bien; ella, la señora, parlanchina y casamentera, gran anfitriona que, como lengua extranjera, sólo conocía el francés... y en francés, una vez más tuve que hacer el gasto en las ocasiones en que la Sra. Patzsch sostuviera conmigo alguna puntualización personal no transvasable al grupo ni diluible en ningún sistema de sonrisas acomodaticias. La primera reunión la sostuvimos nosotros tres, los hispánicos, y Helga: Solicitamente su madre nos preparaba el té y por mi parte cada vez que allí estuvimos llevamos a la señora algún detalle, flores sobre todo.

En nuestro segundo encuentro apareció en escena Gisela, una amiga de Helga que trabajaba de administrativa en una empresa de maquinaria de Radolfzell, y que también quería manejarse mejor en español, con vistas a una posible promoción dentro de sus expectativas laborales. Bueno. Aquello cambió todo, así como suena, de raíz. Si para mi cosmovisión puramente estético-sensorial Helga no comportaba ningún tipo de agresión, de desasosiego, hacia mi neutralidad, Gisela me desarmó nada más verla. Ofrecía una enorme solvencia de vitalidad, de vigor, de naturismo pegadizo y saludable. En ocasión ulterior nos informaría de que hacía gimnasia y

preparación física sistemáticamente. Más o menos de la edad de Helga, sin llegar a los 25, poseía el típico chasis compacto, con un precioso busto desarrollado con arreglo a parámetros de generosidad pero en proporción congrua, toda ella con la proverbial desenvoltura comedida, disciplinada, enérgica, de la mejor tradición teutónica. Gisela no tenía carrera universitaria y, siempre con relación a Helga y en lo que respecta a su grado de competencia lingüística y comunicativo-académica en general, acaso se le hubiera podido detectar una ligera desventaja en aprendizaje, en cimentación rigurosa y planificada, pero que en el caso de Gisela quedaba cubierta por una despiertísima intuición, una fecunda curiosidad y una inmejorable lucidez. Pasadas unas cuantas veces de reunirnos en casa de los padres de Helga, Gisela nos llevó a su apartamento ya para el resto de las ocasiones. Parecía vivir sola, o al menos ni conocimos a nadie de familia, ni jamás mencionó asunto que tuviera que ver con ella. Recuerdo que yo solía pensar en la modalidad que a mí me caracterizaba: El tema de las dos amigas y la marcada incumbencia que yo casi siempre desplegaba por la conocida en último término y a través de los oficios generosos de la primera. Parecía estar marcado que entre Helga y yo no podía existir nada de... bueno, eso, para entendernos. Mis posibles competidores no lo eran: El mejicano, un chaval algo tontuelo y con los únicos posibles de hacer un papel razonable con su alemán, volverse a Méjico y tratar de sobrevivir allí. José Luis, el uruguayo, estaba recién casado como quien dice y algo encoñado con su mujer, por eso de la novedad; al final del curso esperaba que sus suegros le recogieran para regresar con ellos a Uruguay, No tenía, pues, más competidores que yo mismo, el peor de todos. Donde sí se suscitó un día un roce de cierta seriedad fue en lo tocante a decidirse por el giro castellano o por el idiolecto hispánico. A mí, si me apuran, me hace más gracia decir: “Si tomas, no manejes” que “Si bebes, no conduzcas”, por ejemplo, entre cientos de ellos, y el grado de inteligibilidad lo reputaría de idéntico. Pero no veía conveniente que Gisela aprendiera el español de Méjico primando sobre la opción del castellano de España; y así un día me puse serio e

insistí en que nuestras amigas tuviesen muy claro que –dando por sentado que todos éramos muy dignos y que no mediaba detrimento alguno para nadie– en Europa, en Alemania, en aquel momento era más conveniente, sólo más conveniente, más operativo, más universal, más propio, llamar a una chica, chica, y no *vieja*; llamarle a una mujer bonita, bonita, mejor que *rechula*, e infinidad de cosas así. Mis amigos aceptaron de relativo buen grado el pequeño privilegio de la edad por mi parte, y la evidente preeminencia del saber por parte de nuestra Real Academia de la Lengua. Consideré entonces y seguiría considerando como de pésimo estilo y de resultados aún peores sembrar la conciencia de Gisela y de Helga de ambigüedades, duplicaciones y modalidades idiolécticas hispanoamericanas. ¡Éramos pocos y parió la abuela!

Lo pintoresco de mi concernimiento respecto de Gisela era que yo con quien únicamente me comunicaba era prácticamente con Helga. Pero esa es otra de las grandes recompensas que muy de tarde en tarde aparecen entre el tráfago de relaciones e intereses humanos: Conociera o no Helga mi afectación espiritual por Gisela, ni la armonía entre ellas, ni la que yo pudiera protagonizar desde mí mismo con cualquiera de las dos se hubiera visto influida ni menoscabada. En otros lugares de mis Memorias me he referido ya a alguna de las múltiples ocasiones en que Helga y yo volvimos a encontrarnos: En Granada, en Berlín, en Alcalá de Henares, etc. En su momento y lugar me remitiré a tales encuentros. Baste y sobre aquí recalcar que si hasta 1998, por ahora y de momento, Helga y yo seguimos coincidiendo –como digo– en lugares y circunstancias dispares, una vez que liquidé mi medio curso de ocho semanas en Radolfzell mi falta de conexión directa con Gisela fue total. Es muy probable que dentro de la asepsia deportiva en que todo hasta entonces se había realizado, Gisela jamás sospechase que su presencia, su difusora energía, me había cautivado, había abierto brecha en el bloque de mis preferencias, de las tropías de ilusión que el corazón mío pudiera permitirse ejercer.

También los padres de Helga, una vez jubilado Mr. Patzsch, hicieron varios viajes a España en una furgoneta caravan VW, una verdadera preciosidad de vehículo, casita sobre ruedas, apto y más que suficiente para dos personas cuando se abría el techo y la conformación de tienda de campaña aparecía en toda su operatividad. Los Sres. Patzsch, que yo recuerde, coincidieron conmigo en España por lo menos dos veces inequívocas: Una, en mi casa de Alcalá de Henares, alrededor de 1974, bien en Semana Santa o bien en la temporada de verano, yo diría que lo segundo. Otra vez, un año después o así, en Granada. En dicha ocasión los llevé al restaurante Rescoldo, bien lo recuerdo, que les encantó; y por su parte utilizaron las instalaciones del Camping Sierra Nevada. Sólo indirectamente podía lanzar yo un cable con cebo para hacer posible mencionar el tema Gisela y... ¿qué?, me pregunto. Y, bueno, acaso que me contaran algo de cariz tan definitivo como para haberme impulsado a desengancharme, o al menos a intentarlo, de su memoria. Pero todo lo contrario: Con la mayor naturalidad, y ante la poca concreción de mi planteamiento, ellos me informaron muy deportivamente que Gisela seguía en Radolfzell, si bien, y en razón de no sé qué detalle críptico, yo pude colegir que vivía establemente con un compañero, pero “que seguía soltera” en expresión taxativa de los Patzsch. Y las veces que Helga y yo nos vimos antes de 1986 [fecha en que, como paso inmediatamente a referir, Gisela vino a España, y coincidimos en Granada]..., lo mismo: No me pareció discreto sacar el tema de Gisela, excepto enterarme de que todo le iba bien, y ese tenor de generalidades asépticas.

¿Nos intercambiamos alguna carta o siquiera postal a lo largo de estos catorce años y medio Gisela y yo? No lo sé. Más bien creo que no. El caso es que a primeros de 1986 recibo en Granada una carta de Gisela, sin fecha pero necesariamente de antes de marzo, desde Alemania. Es toda ella un documento elucidador directo, de simple y primera magnitud. No tengo más remedio que transcribirla, porción a porción, y comentarla:



“Dear Tomás: Hope you remember me. It is really a long time ago since we met - but I had news from you by Mr. and Mrs. Patzsch who spent their holidays in Spain some years ago and had a stop over at your place”.

Efectivamente, la particularidad más reseñable de ciertas relaciones es la porosidad deportiva y limpia de su fundamentación. Como advertí, eran los Patzsch los que durante todos estos años habían servido de nexo conductor entre la incumbencia mía y la persona de Gisela. Me sigue diciendo –parafraseo en español– que va a seguir un curso en Málaga desde mediados de marzo a mediados de abril, y que al pasarse por Granada podríamos vernos... “would really be a great pleasure for me to meet you after all these years”... Directas, simples frases cuajadas de normalidad que, sin embargo, pueden destapar dentro de un pecho como el mío todos los cofres de las expectativas preocupantes, de las mortificantes dulcedumbres, de las falsas auroras boreales... “Just in case you don’t remember me I enclose a photograph which was taken last year in Australia, where I spent my holidays”... Bueno. La carta, como apunté, no consigna la fecha pero toda la parte superior de la holandesa crema en que está escrita queda cubierta por una foto pegada, de Gisela, de pie y en atuendo de baño, en lo que parece ser una cala de playa. El párrafo tiene su gracia y su venenito encubierto ya que, a menos de aplicar una potente lupa, bajo un sombrero y en la sombra que éste proyecta hacia abajo, la cara de Gisela o la de cualquier otra persona, si de tal se tratara, es absolutamente irreconocible. Gisela, como digo, de pie, con el agua hasta la espinilla, se sitúa en el mismo centro de la cartulina de color, ocupando de ésta, quizás, una cincuentava parte o menos. Y sin embargo, la realidad persuasivamente hermosa –formaciones coralinas, arenas inmaculadas, aguas transparentes, promontorios recubiertos de verde en el brazo de tierra de enfrente que parece formar uno de los soportes laterales de la ensenada..., y ya un poco más a la derecha la expansión de la raya del mar superpuesta o adivinada en ulteriores lejanías–, todo ello, digo, se compacta estéticamente en razón de la dimensión portentosa del bulto de Gisela,

en bikini blanco, permitiendo especular sobre su magnífica planta. En cualquier supuesto queda claro que se trata de una mujer extremadamente atractiva: Lo delata la generosidad y la altivez adivinada de su busto; la fina esbeltez de la caña de sus pantorrillas; la ascensión modélica de sus muslos hasta esa línea tórrida de ecuador en que tronco y extremidades convergen. A razón de la edad aproximada que la había yo afectado hacía más de catorce años, Gisela debía de andar ahora por los entre 36 y 38..., pero, ¡qué hermoso ejemplo de conservación llevaba consigo la contemplación de aquella foto! ¡Y qué ingenua perversidad la de “sólo en caso de que no me recuerdes”. Por eso, por si no la recordaba, me manda una foto en bikini, con su rostro imposible de identificar, velado en la cobertura que le presta un sombrero convencional, como de segador, de color amarillento, que se sujeta ella misma con la mano de su brazo derecho erguido, aupado! Lo de Australia quería hacerme saber (o recordar, porque ya lo sabía) que también ella viajaba y que también atesoraba un amplio espectro de vivencias. Luego, continúa su carta preguntándome: “How is your job - are you married?” De sobra sabía que con mujeres como ella, sueltas, a la deriva, por los mares de corazones vivientes, la institución del matrimonio respecto de un espécimen como yo no tenía sentido... ni de portar el nombre de tal. Me lo pregunta, claro, para hacerme creer que ella cree que yo tal vez haya creído... bueno, eso. Y termina de forma ocurrente: “unfortunately my Spanish is not good enough for writing and for your having been in Canada no problem to read my English letter”... Me consta que expresaba tal ingenuidad de buena fe y que no se paró en pensar que para entender una carta como la suya, mis conocimientos del inglés del Bachillerato me servían. Preciosa carta, linda fotografía, inquietante mujer.

Así pues, el filamento de curiosidad, supongo, por parte de Gisela, y de hondo concernimiento por la mía, seguía sin romperse después de todo el tiempo. Gisela se dejó caer por Granada en las fechas anticipadas para pernoctar dos o tres días según también lo programado. Andaba yo por aquella época en la cresta de mi

atontolinamiento con Eulalia y, como siempre pasa, como habrá visto o verá el lector en otra parte, por lo que se refiere a Eulalia, y esté a punto de ver en lo tocante a Gisela..., pues ni con la una ni con la otra; o mejor, lo que hice con la una (Eulalia), que en ningún caso hubiese experimentado mutación substancial, no debió desvirtuar mis posibilidades con la otra (Gisela). Cuando la ví comprendí que no tenía nada que hacer. Odioso y penitencial reconocer que las cotas de independencia y autonomía que habían conformado la existencia de aquella mujer se hallaban lejos de mis resortes, lejos del campo de prestaciones que mi persona, mi yo, mis ganas de ser y de hacer encarnaban y con las que pudiere haber invadido e influenciado el espectro vital de Gisela. La encontré pletórica a sus, ya dije, entre 36 y 38 años, todo lo más. Ya no tenía la cara de jovencita de hacía catorce años y medio, pero los atributos identificativos de su chasis resaltaban límpidos, ilesos, si acaso potenciados. Odioso y mortificante reconocer que aquella criatura era ingobernable, porque no existía en todo el repertorio de mis virtualidades instancia alguna por la que ella encontrase congruo y apetecible dejarse gobernar... por mí, en razón de mí. Una de las veladas la pasamos en el “coffee parlor” del Hotel Meliá de la calle Ganivet. Por las brechas de las mangas del vestido de Gisela, que se producían súbita y espontáneamente con ocasión de cualquier movimiento natural, se me patentizó que sus senos, que los llevaba sin ningún tipo de sujeción o encofrado, seguían siendo conformadamente magníficos, plenamente enhiestos, inequívocamente firmes.

La llevé a Sierra Nevada: Conservo una foto tomada en la terraza de uno de los merenderos de la carretera ya a la altura de Prado Llano o más arriba. Pelo largo y moreno con una mata frondosa de flequillo por la frente, como enmarcando la sonrisa del rostro en una hornacina de penumbra tan característico de su fotogenia; pantalones blancos y cazadora verde oliva oscuro, como de camuflaje, con bolsillos amplios, práctica. Gisela estaba rotunda, con esa entereza armónica que tanto me desarmaba y que tan baldíos hacía que me parecieran mis voluntariosas instancias de disponibilidad. Otro día nos

metimos en un taxi y estuvimos dando vueltas por todo Granada, para que se procurara una visión panorámica. Al transitar por alguno de los barrios periféricos, ya mitad campo, mitad urbe, recuerdo que Gisela me preguntó que si no me gustaría vivir en alguna casita de aquéllas, retirada. Intenté, por no desagradarla, suavizar mi resuelta reacción negativa a tales planteamientos, pero en todo caso, ello me ilustró aún más si cabe, el grado de brava autonomía, de capacidad de solitud que atesoraba la personalidad de Gisela. La reservé alojamiento en el Hotel Casablanca, naturalmente, por comodidad y por precio, y al darnos las buenas noches en el descansillo de su piso, ya junto a la puerta de su habitación, aquella última jornada, pude saborear más de lleno, si es que ello era posible, la amargura de la impotencia. Sí, ella se metió en su cuarto y yo me quedé inerme. No, no era tiempo; no era sazón... pero, ¿podría serlo, podría haberlo sido en cualquier otro estadio de mis posibilidades? Probablemente no; nunca. Yo mismo había adoptado la postura del perdedor, por adelantado, y así era imposible pensar en nada medianamente operativo.

Gisela se marchó y yo no he vuelto ya nunca jamás a verla. Ya en Alemania tuvo que recibir alguna carta mía que, aun sin conservar yo copia, ni siquiera borrador, tuvo que insistir en mi línea de perdedor, quiero yo recordar, acaso despachándome una dosis inmerecida de auto-inculpamiento. Vagamente, sí, quiero recordar que con bastante congruencia, por otra parte, la invitaba a pasarse todo el tiempo que quisiera del verano en mi casa de Alcalá de Henares, haciéndola entender que yo me desengancharía de mi actitud platónica y... Tengo, eso sí, la que debió de ser su respuesta, de 30 de julio 1986, a mi antedicha comunicación... Me dice muchas cosas, de todas ellas emerge siempre la idea de mujer dinámica, viajera, relacionada, etc. Es curioso: En una conversación con los Sres. Patzsch, y sin ningún ánimo de minusvaloración, algo dejaron entrever, por vía de comedidísimo reproche, de lo que consideraban fallo o carencia en Gisela, a saber: Una formación universitaria que a su vez le hubiese servido de fundamentación teórica y de cimientos prácticos a su estudio de idiomas de los que, como sabemos, dominaba asimismo el

francés, el inglés y... ¡lo que hubiera aprendido de español! Sí, en su carta me dice montones de cosas que tengo diligentemente subrayadas y destacadas con rotulador... Que agradece mi invitación; que también está sopesando la invitación de otros amigos españoles dueños de un velero grande en la costa de Huelva... Me recomienda un centro de salud en el propio Radolfzell, para continuar el espíritu de la Clínica Buchinger de Marbella..., y muchos más etcéteras. Acaso su párrafo más significativo y más cuajado de sustancia para mí sea éste:

“I am even thinking of stopping to work for half a year for being able to really learn Spanish and to relax and to get a little bit distance to this daily sometimes boring life”.

Para mis oídos y para mis entendederas aquélla fue una de las declaraciones más informativas del verdadero problema de esta mujer: La esclavitud que le suponía el tipo de trabajo de administrativa al que estaba sujeta once meses al año; mientras que Helga, su amiga íntima, sin ir más lejos, disfrutaba de otro status, otra demarcación social y, sobre todo, de mucho más tiempo para repartírselo libremente. Es elocuente en extremo su expresión de “really learn Spanish”, o sea, de verdad, con seriedad y rigor académicos, y no a salto de mata del cursillo aquí y allá, ahora y luego. Termina: “Kind regards and thank you again for your invitation which might be accepted still this year”. Un cierre de epístola elegante y considerado. Como dije líneas arriba, nunca más hemos coincidido Gisela y yo. Conservo de ella dos postales también: Una, con un texto convencional navideño; y otra, la típica ‘Ruf doch mal an!’, al notificarme su cambio de número de teléfono a partir del 01/01/1987.

Siempre me sentí desbordado por esta mujer, sin poder disponer yo de asideros ni de bastiones suficientemente sólidos como para catapultar desde ellos hacia Gisela un haz atractivo de sugerencias, algo que la hubiese propiciado a conducir su intimidad o al menos parte de ella por las rutas de mis dominios. Ójala que la confesión de este fracaso produzca en mi alma efectos catárticos, si es que aún pudiere ser tiempo.

**Frau Zieske: Passau (Alemania); Gensel: Linz (Austria); María Pía: Lecce (Italia); prima de Cristina: Antibes (Francia). Mayo–Junio-Julio 1972**

El ‘impasse’ con mi alemán se había roto. En lo que a efectos se refiere, las ocho semanas de Radolfzell las pude comparar a un recubrimiento de acero especial que hubiera puesto yo en la quilla del barco de la voluntad mía, con la que atravesar los piélagos helados, con la que abrirme paso por entre los témpanos de la desgana y de la desmotivación, que me habían retenido hasta entonces. Estamos a principios de 1972. Cogí de nuevo el mapa de las localidades de la República Federal Alemana con sedes del Goethe. Carezco de documentos, aun de registros directos, ingenuos quiero decir, de la memoria para trazar el curso de mi proceso deductivo, la penitencia de decidirme por uno u otro sitio. Quiero recordar que pretendí Berlín pero que sobre el papel ya no había plazas. Pero lo que sí conservo en mis notas es que me hacen la cabronada de no devolverme los 50 Marcos Alemanes que les envié en un cheque para el curso en el que no me pudieron matricular. Pequé de cándido, lo reconozco. Con motivo de todos los miramientos que seguí en lo tocante a la matriculación y reserva de plaza en estos cursos del Goethe, más de una vez me he recriminado los hábitos ordenancistas y en extremo super-conservadores que mis años en contacto con la cultura anglosajona en general me dejaron. Siempre a toro pasado llega uno a conclusiones muy distintas. En el caso que nos ocupa estoy seguro que con haberme presentado en cualquiera de los Centros en cualquiera de las fechas de comienzo de los cursos de las ocho semanas preceptivas me hubieran admitido y acomodado sin más. Siempre hay una solución para las situaciones imprevistas, para los hechos consumados de signo incruento, sobre todo cuando va uno con el dinero “cash” contante y sonante en la mano. Sí, seguro que yo me impregné estúpidamente de formalismo procedimental y que acometé el trámite de mi matrícula con toda la anticipación que especificaban los programas informativos. Si quise ir a Berlín acabé reservando plaza en Passau, junto al Danubio, acaso la ciudad significativa e importante,

aunque pequeña, más oriental de Baviera y de toda la República Federal Alemana; plaza, digo, para, el curso que se celebraría entre el 2 de mayo y el 29 de junio de 1972.

Comoquiera que fuese, las fechas se sucedieron y llegó inexorable el día de partir. Lo hice en coche, en mi Mercedes 200-D que entonces cumplía cinco años y que se encontraba –¿hace falta decirlo?– en impecable estado. Pero el viaje de ida hasta Passau lo había sometido yo a ciertas servidumbres voluntarias que le libraban del tedio sostenido que a todas luces hubiera constituido mi rodar hasta allí. Había dividido todo el trayecto en tres grandes jornadas: La primera, hasta algún lugar de Francia en función de la hora de salida de Alcalá de Henares; la segunda, consistente en llegar a Strasburgo y hacer noche allí en casa de mis queridísimos amigos Rudy y Resu; y la tercera y final, alcanzar Passau sin más incidentes. Tuvo que ser el 29 de abril de aquel 1972 cuando arrancara de Alcalá de Henares. Para llegar a Francia esta vez tomé una ruta que nunca antes había seguido: la de Pamplona. Hasta allí, vía Soria y Tarazona, me acompañó Wenceslao, pues decía querer visitar la capital navarra y algo relativo a unos parientes lejanos. Tengo que reseñar que al pasar por Tudela me detuve un rato con el deseo de saludar, si ello hubiere sido posible, y en todo caso momentáneamente, a dos chicas, hermanas, y unas preciosidades de carácter y de simpatía, con las que había coincidido una velada en Santander junto con María Eugenia, la salvadoreña. Su apellido y sus nombres no los recuerdo ahora pero entonces sí eran lo suficientemente inequívocos –tal creía yo– y distinguibles como para dar con ellas mediante una simple consulta. Procedimos a preguntar por la localización de la calle que no era otra sino la Avda. de José Antonio, nada menos. Pues bien: Para consternación de Wenceslao [a quien durante años no sólo no se le olvidó el detalle sino que continuó citándolo como ejemplo de obtusidad y cerrazón] aquella buena gente, quiero decir un par de grupos de vecinos variados a los que abordamos en plan espontáneo como el caso requería..., aquellos prójimos no pudieron proporcionarnos una mediana indicación sobre dónde se encontraba la calle, y puesto que la cosa no revestía mayor finalidad

sino el, acaso, algo inoportuno capricho de saludar a las amigas... de María Eugenia, desistí no sin que nos sirviera el dato como uno de los ejemplos más imperecederos, como digo, de obstrucción mental, de chatedad de horizonte, de cerrilismo impenitente. Llegamos a Pamplona, comimos en un restaurante suntuoso, recuerdo, que tenía aspecto de haber sido en otro tiempo salón de ceremonias, con unos muebles como de caoba oscura. Imposible rescatar el nombre. Wenceslao se quedó, dispuesto a pasar una o dos noches, y yo continué mi camino.

Con ese pequeño desasosiego que nos infunden las cosas inciertas por venir, y muy probablemente difíciles, sentía yo que debía cubrir la mayor cantidad posible de kilómetros en aquella jornada, antes de hacer noche en... dondequiera pudiera terciarse, ya bastante dentro de Francia, de forma que la etapa del día siguiente hasta Strasburgo no resultase inviable. Salí de Pamplona a eso de las 17:00. Por Elizondo me dirigí al paso fronterizo de Dancharinea, nuevo para mí. Lo recuerdo pequeñito, con poco tráfico, recoleto, cuidado. Los aduaneros, bien. En mis notas muy de urgencia y muy sucintas tengo consignado “aduanero folklorista” y quiero recordar que se trataba de que en el lado francés intercambié información y hasta alguna exhibición real de cante con uno de los gendarmes que se interesaba por nuestro flamenco o, acaso, por algún aspecto de la así llamada ‘canción española’. El caso es que me orientaron convenientemente y seguí, ya en territorio francés, por Ustaritz, hasta alcanzar la carretera general de “las landas” a la altura de Bayonne o por ahí. Pero Estrasburgo aún estaba lejísimos: El espacio que dejara hecho esa jornada no lo tendría que hacer al día siguiente. Así que... tiré, tiré como pude hacia adelante, sumando kilómetros y restando kilómetros en esa lucha típica y noble contra las determinaciones categoriales de espacio y tiempo. Cayó la noche y como algo especial recuerdo no haber podido observar con detalle el puente de Eiffel sobre el Garona. No pudo ser mucho más adelante donde me detuve a pernoctar pero con toda seguridad ello ocurrió pasado Burdeos. Me encontré un motel a mi derecha y a unos doscientos metros de la calzada



propiamente dicha, lo que le defendía del siempre posible ruido. Sufrí una vez más el síndrome de todo español que sale al extranjero: Comprobar que el cambio de nuestra moneda nos es lamentablemente perjudicial y que nuestra capacidad adquisitiva se va por los suelos. En aquel entonces el franco francés se cotizaba a quince pesetas pero, sólo como ejemplo, una postal de esas que se compran en cualquier parte, incluidas las recepciones de los hoteles, costaba un franco mientras que en España no pasaba de las tres o cuatro pesetas. Y ése es el consabido efecto de que una moneda sea fuerte: Que todo lo que se contiene dentro del valor de una unidad tiende a igualarse por arriba y resultar carísimo para quienes, como los españoles, todavía veíamos grandes diferencias entre algo que nos costase tres o cuatro pesetas, y algo, no digamos la misma cosa, que nos costase quince! Pues tal ha sido y tal sigue siendo –excepto por brevísimos paréntesis– la humillación que tiene que sufrir el españolito infligida por la debilidad cambiaria de su divisa. En dicho motel donde pasé la noche tengo reseñado el final de un típico incidente en razón de la desmesurada codicia y de la tan proverbial actitud tacaña de los franceses. Ocurrió que al ir a pagar lo hice con moneda española bien porque así me conviniera es ese momento, bien porque además me dijeran que aceptaban normalmente el dinero español. Sin lugar a dudas que yo llevaba conmigo toda suerte de dinero en variedad –como se verá en su momento– y en cantidad, pero lo que interesa aquí, y así lo tengo únicamente registrado, es que después de aceptarme de buen grado la liquidación de mi factura con dinero español, el chico joven recepcionista que me atiende, al pagarme yo antes de continuar la marcha, se enreda en una estúpida porfía que no era otra sino la de pretender cobrarme cada franco a casi *veinte* pesetas, así como suena. Expuse mis mejores argumentos de tipo básico intentando hacerle ver que el cambio de aquel momento era el de 15 pesetas..., que lo podía constatar en cualquier periódico, y que aunque impropio podría yo aceptar que me cobraran algo así como una comisión razonable. Sólo recuerdo sin entrar en detalles que la factura de mi pernocta ascendía a unos 40 francos; o sea, a unas 600 pesetas; que por descuido y en su

ofuscación de terminar el asunto y aprovecharse de alguien tan aséptico, tan inerte como yo y tan, por otra parte, a la merced de cualquier salteador de caminos, el airado y ambicioso recepcionista cogió un billete de cien pesetas, digo bien, cien pesetas de los que yo había puesto sobre el mostrador, tomándolo necesariamente por uno de mil y me trajo diez francos de vuelta, como habiendo cobrado 40 francos a veinte pesetas cada uno y completando así mi billete supuesto de mil. Ante una actitud tan cicatera, tan abusiva, tan mezquinamente avariciosa, me aguanté las ganas de decirle que se había equivocado; me callé y me marché. Bien fuera el joven que me atendió un simple empleado; bien fuera una autoridad superior y gris de la trastienda, supongo en todo caso que al directamente responsable del hotel no se le olvidaría el escozor de su propia concupiscencia.

Aquel día 30 de abril tenía por delante, bien lo calculé, 950 kilómetros hasta alcanzar Estrasburgo. Yo había quedado con los Metzger en que llegaría a eso de las 22:30 como *wishful thinking* o instancia desiderativa más conservadora. Cuando salí del referido hotel de salteadores tenía unas 13 horas por delante y no era cuestión de dormirse. Consulté el mapa. La ruta a seguir no admitía muchas opciones. Tomaría hasta Orleans por la carretera principal de París; desde Orleans me desviaría ya siempre hacia el este, siempre hacia la derecha por Sens, Troyes y Nancy. Puse manos... al volante y a hacer kilómetros. Tuve mucho, muchísimo tiempo para reflexionar, casi siempre sobre los mismos o parecidos supuestos de nuestros amigos y vecinos los gabachos; quiero decir, sobre su narcisismo, su bravuconería, su ideal de grandeza o “grandeur” para más claridad; su chauvinismo o incontinencia sobre la exaltación de sus propias cosas y sobre todo... sobre el buen resultado que les da su auto-bombo. En general, por aquel entonces –y no se olvide que estamos a mediados de 1972– las carreteras de Francia eran infinitamente superiores a las españolas entre otras cosas porque éstas últimas, las nuestras, prácticamente no existían. Todas las aproximaciones a cambio de rasante o a curvas o sinuosidades donde, por manifiestamente peligroso, se desaconsejaba el adelantamiento, estaban señalizadas con

flechas indicando apretarse y ceñirse a la derecha. Hasta ahí, bien, el conductor lo agradece. Ahora, lo que empalaga y fastidia es el anuncio de no se sabe cuántísimos kilómetros de autovía al comienzo tan sólo de un pequeño tramo construido de la dicha autovía... ¡por construir! Ejemplo: Nada más cruzar la frontera con España por el país vasco y poner rumbo a París una señal espectacular le anuncia a uno que se encuentra en la autovía de ochocientos y pico de kilómetros, y uno se las promete tan felices pensando –pues así se lo da a entender inequívocamente el cartel– que hasta París todo va a ser autovía, cuando la realidad es que los franceses anuncian la totalidad de la obra como si ya estuviera terminada, aunque se trate, como es el caso, de un pedacito. Lo recalco: Para un tramo de sólo dos kilómetros empezados y terminados, digamos, nada más cruzar la frontera española, un letrero magnífico le informa al automovilista el nombre de las dos distancias extremas que la autovía cubrirá en su día. Son fantasmas hasta para eso.

Pasadas las primeras decepciones me hice a la idea de no prestar mucha atención a estas mostraciones chauvinistas y seguir mi camino a mi aire. Francia es un país llano, y con autopistas o sin ellas, los recorridos se hacen muchísimo menos penitenciales que en España; y asimismo las medias horarias lucen más. Las carreteras nacionales en Francia atraviesan las ciudades. Los conductores, unos cabronazos, se cruzan; aceleran cuando les vas a rebasar. Yo, con un vehículo de aceite pesado o gas-oil era uno de los más lentos aun respecto de los coches pequeños de gasolina que los franceses suelen conducir a gran velocidad. Encontré pueblos con Ferias. A lo largo de “las landas” recuerdo campos de flores amarillitas, pero no olvidaba que mi máxima, mi única incumbencia ahora era no defraudar a mis anfitriones de Estrasburgo, Rudy y Resu, y salir triunfante de los más de 900 kilómetros que tenía por delante. Debí de llegar a Orleans entre las 15:00 y las 16:00 horas: Repostar, beber leche y continuar fue todo lo que supongo que tuve necesariamente que hacer. Cuando se conduce en plan agonístico no hay más remedio que pasar hambre, con el fin de mantener los sentidos despiertos. Un desayuno y algo

líquido y nutritivo durante el camino. Nada de digestiones. En mis notas tomadas en los reversos de folios extralargos, ya de color pajizo, con canciones multicopiadas, tengo una anotación críptica cuya localización no puedo precisar: “Peligro de tortazo con aquel coche que torcía (y frenó) a la izquierda, y el que venía enfrente”... Los autostopistas, me fijo, suelen ser unos tíos barbudos con pinta de guarros. Los locutores de radio franceses, unos parlanchines irremediables: Se tiran tres minutos de cháchara para poner un disco, o lo que sea. Desde Orleans me quedaban unos 500 kilómetros a Estrasburgo. Sé que llegué, sí: Por eso estoy vivo y lo cuento. Llegué a eso de las once de la noche, después de grandes penosidades. Se me fue media hora encontrando la dirección de los Metzger. Aun con ese margen concedido mi cálculo fue notablemente meritorio y la cita quedó cumplimentada con puntualidad. Aquella noche cené y me solacé en general sin servirme del magnífico ofrecimiento de Resu en cuanto a lavarme ropa y cosas así. Los Metzger vivían en un barrio residencial de Estrasburgo, de bloques de pisos de mediana calidad según Resu, que siempre tenía como referente el esmero y cuidado que su padre Cesáreo Méndez ponía en sus propias construcciones. A mí el piso me pareció bueno, bien organizado, bien orientado, y en este caso, espacioso. Reparé en que los aseos separan el inodoro [que se halla solo, en un closet sin bidé] de todos los demás servicios del cuarto de baño como tal; cosa en mi opinión censurable porque en todo supuesto, de no existir bidé, el “trono” o inodoro debería necesariamente encontrarse cerca de un grifo de agua. Son esas cuestiones que siempre nos han chocado a los que procedemos de países pobres y nos hallamos en países ricos, que no comprendemos el ‘por qué’ y mucho menos el ‘para qué’ de ciertas realidades y que por lo que a mí respecta se las podría meter por algún sitio no aséptico su inventor.

Huelga decir que ni en el recorrido en coche que hice antes de alcanzar el domicilio de los Metzger ni en el callejeo que al día siguiente efectué para ponerme en camino reconocí nada de lo que en 1955 había visitado de Estrasburgo en plan turista. Lo más inevitable,

lo más notorio, la catedral rojiza y gótica, no puedo recordar si llegó a aparecerse perceptible en cualquiera de esos dos ratos. En ese decurso de 17 años la ciudad había crecido, se había llenado de coches, y las facciones que en otra época podrían haberla hecho destacable, ahora tendían a desaparecer, por lo menos a despersonalizarse. Bien comido, algo descansado, por eso de que las camas y los ambientes se extrañan, y más cuando se está en cualquiera de los tramos dinámicos de una vivencia continuada, salí temprano de Estrasburgo al día siguiente que se trataba del 1 de mayo de 1972. Atravesé lo que me quedara de la ciudad, crucé el Rhin por Kehl ya en suelo alemán, y en Willstätt conecté con la autopista a Karlsruhe que desde allí y sin dejar nunca la orientación este-ligeramente sureste alcanzaba Munich. Lo que son las cosas, este ramal de comunicación debía de ser uno de los más antiguos en el plan general de las autopistas germanas (al que tanto impulso prestó el nacionalsocialismo) porque en mi Geografía Universal Gallach una de las fotos corresponde a una sección de dicha autopista Karlsruhe-Stuttgart-Munich... que me iba yo repitiendo como si se tratara de una lección... claro,... Karlsruhe-Stuttgart-Munich. En todos los puestos fronterizos por los que tuve que circular recuerdo únicamente que los policías aduaneros alemanes parecían unos ‘dandies’ metidos en uniformes impecables, planchados y lustrosos. Un verdadero primor. Recuerdo que hasta Munich fue... como un paseo militar. Con mucho, el más lento, de los automovilistas era yo. Sin embargo, al cabo de los años comprendí que a un motor como el del Mercedes 200-D no se le debía pasar de los 100-110 kilómetros/h. para una duración óptima. La reparación en regla que yo tuve que hacerle holgadamente antes de los 100.000 kilómetros estuvo generada en la insistente alegría con que yo le hice bastantes miles de kilómetros por autopistas en que rodar a cien por hora parecía ridículo, hasta retrógrado. Con toda seguridad que debí de forzar el régimen de mi motor en la serie de viajes por Europa de la primera mitad de la década de los setenta..., y me lo cargué; cosa no del todo relevante si se tiene en cuenta que el chasis, o sea, el cuerpo del coche, la chapa, las puertas, el techo, las tripas, los hierros que componen su

armazón..., todo eso hoy, en el momento en que esto escribo, treinta años y medio justos después de salir de la fábrica, todavía sigue entero y enhiesto como el primer día...

Cuando quise darme cuenta me hallaba a la entrada de Munich y en aquel mismo punto me percaté de mi error: La autopista acababa exactamente allí y todo lo que se tratara de circular por Munich había que hacerlo por calles normales a nivel del suelo, sin autovía alguna elevada o cosa por el estilo. Un oficinero alemán a quien subí en mi coche, ante mi frustración de verme ya sin vía rápida y dentro de la maraña de una gran urbe, se aprestó a tranquilizarme y a asegurarme que no tenía complicaciones en cruzar toda Munich de oeste a este y plantarme en la carretera a Passau. A mis preguntas y sobre todo a mi extrañeza de no ver una autovía elevada o un anillo de circunvalación, o lo que fuere, pero que evitase entrar en la gran ciudad, me dijo que todo eso costaba mucho dinero... "viel, viel Geld" y que ni Alemania ni Baviera podían permitírselo al menos entonces. No cabe duda de que la travesía de Munich me resultó menos difícil, menos costosa y más entretenida de lo que en un principio temí. No creo que tardase ni una hora en verme en Feldkirchen, ya en la carretera 12 y completamente en dirección a Passau, 180 kilómetros más adelante. Sin embargo todo aquello me hizo reflexionar cavilosamente sobre las capacidades y sobre las prioridades que cada país y que cada momento político se permite. Las autopistas estaban ya hechas, pero la mayoría de las grandes ciudades [acaso con la excepción incompleta de Berlín] carecían de un verdadero anillo de circunvalación, cosa que chocaba sobre todo al automovilista que como yo viniera de España [todavía en pañales en lo que a comunicaciones se refiere], atravesara Francia con todo su golpe de carísimo chauvinismo y encontrara en las autopistas gratis alemanas el mejor de los modelos. Así que no había dinero y por eso en Munich convergían cuatro grandes autopistas: La ya referida de Karlsruhe-Stuttgart; la proveniente de Nurnberg y Regensburg; la que enlazaba con Salzburgo, en Austria; y la del sur-oeste que conducía al Boden See. Pero no había circunvalación. El esfuerzo del nazismo se había

detenido ahí. Nadie me había advertido, ni a mí se me ocurrió explorar, lo que sobre el mapa, y viniendo del oeste, parecía poder haber sido la mejor opción para circunvalar Munich, a saber: Dejar la autopista en Dachau, conducir hasta Garching; de allí a Freising, luego a Landshut, y por último Passau, con un recorrido de unos 15 kilómetros más que eran, en todo caso, insignificantes. Lo único que saqué de todo ello fue la travesía completa de la ciudad de Munich: Algo tuvo que dejar en los fosos de mi conciencia la capital bávara. ¿Qué? No recuerdo. Carezco de registros. Continué, cubrí los 180 kilómetros restantes y llegué a Passau. Era la noche del 1 de mayo de 1972. El Goethe nos había citado para el día siguiente por la mañana, para darnos toda suerte de instrucciones y colocarnos a cada cual con la familia y/o casa asignada. Pero el día de la llegada corría por cuenta propia: Llevaríamos, supongo, aunque carezco de los detalles precisos, una lista de alojamientos asimismo convenientes en diseño, calidad/precio para que los estudiantes, de entrada, no sintieran perturbados sus presupuestos.

Hoy, martes, día 2 de mayo 1972 por la mañana acabo de llegar al edificio del Goethe Institut precedido de un patio con árboles. Freno, paro, pongo una velocidad en mi coche y me apresto a sacar los cuatro o cinco papeles que llevo más o menos preparados y que necesito a efectos de formalizar la ya confirmada matrícula y poder tomar posesión del alojamiento que me hayan asignado. No me da tiempo a hacerlo. Unos golpecitos en la ventanilla de mi lado me distraen. Miro de mala gana. Algo intuitivo me dice que la primera tontería se está gestando. Que le llamen a uno en un sitio así donde no se conoce a nadie, no puede ser más que una tontería. Un muchacho medio rubio, con cuatro pelos largos y ralos sin afeitado por la cara; pinta simple e indeterminada, me quiere dedicar una sonrisa. Bajo el cristal sin salir del coche...

- Ja, ja- le digo, con gesto contrariado.

- He visto tu coche [por lo de las matrículas de Virginia] –inicia en inglés americano– y...

- Sí, pero no soy americano –corto de mala gana– Soy español.

- Sí, ya lo acabo de ver ahora mismo, por tu pasaporte–  
Efectivamente una de las cosas que tengo en la mano es mi pasaporte.
- Bien, de todas formas, por si te vale, he vivido en América del Norte durante algún tiempo y verás que hablo tu lengua.
- Ocurre que llevo aquí cuatro meses sin hablar más que alemán... y al ver las matriculas USA...
- Claro, claro – interrumpo – Lo mismo me pasa a mí. A veces miro la marca del transistor que cuelga del hombro de alguien prójimo por la calle; o me fijo en su reloj... En ambos casos, si la radio es japonesa, o el reloj suizo, naturalmente colijo que puedo impunemente preguntar alguna sandez en japonés (caso de la radio), o en alemán, francés, italiano o romanche (en el caso del reloj) a la persona en cuestión...
- Bueno, hombre, así mirado...

La primera en la frente. El papanatismo a la orden del día, en su modalidad de ciudadano USA consumaba una de sus manifestaciones.

Una empleada del servicio doméstico del Goethe Institut está como un tren. Cuando el director nos dio la bienvenida y nos presentó a la plantilla de des-asnadores [lo digo por lo que les esperaría con algunos elementos] se pudo ver la integridad de la hechura de la moza en cuestión. Sencillamente tremenda, de buena. Nos informan que Passau es una ciudad de unos 30.000 habitantes pero que, por ejemplo, el edificio destinado a sede del Goethe es de menos entidad que el de Radolfzell, sobre todo para que los que allí habíamos cursado anteriormente tuviéramos una referencia válida. Se hallaba sobre una leve eminencia de terreno y ya digo que contaba con una especie de patio delante de la entrada principal, suficientemente amplio para poder acceder con el coche hasta allí. Se nos distribuyen los alojamientos. A mí me mandan al domicilio de un matrimonio mayor, los Zieske. Al principio creí que se trataba de la casa de un médico –tal entendí que me decían en el Instituto– y así creí también que rezaba la placa del acceso a una especie de explanada o recinto con árboles de vecindad a través del cual se llegaba al inmueble, por lo palmario del letrero “Dr. Zieske”, pero resulta que era veterinario.



Tampoco sé, aunque se anuncie ‘doctor’ si es sólo ‘licenciado–veterinario’, o sea, médico de animales; o veterinario con el grado de doctor de Universidad. Este camuflaje y ambigüedad de los títulos con la clase sanitaria no tiene remedio en ninguna parte, al parecer. Los Zieske forman un matrimonio de viejos, típico y reconfortante: Él, voluminoso, algo mofletudo, lo que se dice... grande. Solía ir vestido a la usanza bávara: Sombrero negro, acaso marrón oscuro, con algún adorno, alguna plumita o dije, quiero decir, o cosa por el estilo; pantalones abrochados debajo de la rodilla; medias tipo polaina; chaleco con adornos: Chorreras, arrequives, colgantes. Ella, una típica vieja de gesto dulce, aunque macerado por –como más tarde sabría–... por épocas de penosidad y de carencias; parecía mayor que él, mucho más frágil, algo vencida hacia adelante, pelo casi cano por completo, enjuta, con un conato como de sonrisa escrutadora que esgrimía antes de decir una palabra. Yo, que siempre he creído disponer de unas buenas existencias de imaginación, entendía perfectamente la posición de aquella buena gente. Jubilados, pensionistas, trabajaban en consorcio con el Goethe, admitiendo estudiantes en su casa, uno por cada curso de ocho semanas. La habitación destinada al efecto era sobria, castrense, pero que a mí me servía. Me daba cuenta de que era a mí, entonces el recién llegado, a quien correspondía probar su civismo y su comportamiento, y que hasta que ello no estuviera establecido no podía esperar mostraciones especiales de liberalidad por parte de los Zieske. Obtuve alguna especificación concreta sobre el uso del cuarto de baño y del agua caliente para ducha, afeitado, etc. Me informaron que el anterior inquilino había sido un japonés, muy “nett”, muy urbano, y me hice a la idea de superar aquel registro de educación y de buen comportamiento, cosa que –como veremos algo más adelante– conseguí holgadamente con la simple naturalidad de ser como siempre había sido y de hacer lo que también siempre había hecho.

Mi propensión al estreñimiento se agudizaba con ocasión de viajes largos en coche y las sentadas correspondientes, y creo que cuando llegué a Passau mi estado requería proceder a la aplicación de

algún remedio. No puedo recordar cuándo se trató el tema; probablemente, más bien, en la primera conversación que tuve con el Sr. Zieske, en la que me informó que su título de doctor se afectaba en todo caso a la especialidad de veterinaria. Hablaba algo de inglés; también la señora, pero no quería; parecía albergar una repulsa invencible a expresarse en la lengua de las dos potencias occidentales más cualificadas de la guerra. El caso es que le conté al Dr. Zieske mi problema y al hombre le faltó tiempo para dejarme con la palabra en la boca, ausentarse por unos segundos del sitio donde estábamos hablando y volver con un frasquito de píldoras laxantes. Ante mi impertinente indagación –pues por ser hijo de médico me seguían sonando familiares un montón de fármacos– sobre si contenían mucha o poca cantidad de fenolftaleína... su respuesta fue un enfático “nein, nein”, ponderándome la composición vegetal de lo que me prescribía y regalaba al mismo tiempo. Más tarde, y durante meses, acaso años, quiero decir todo lo que me duraron las píldoras, en las excepcionales ocasiones en que las usé me demostraron su magnífica e incruenta eficacia. El estreñimiento esta vez me había durado cinco días, cinco días terribles en que no había podido dejar de comer [siquiera frugalmente durante mi viaje, con excepción de la noche en casa de los Metzger] ni de beber, simplemente porque me encontraba con hambre y sobre todo con sed, como si el dique de heces acumuladas sirviera de pozo negro y se tragara todo el líquido que sobre él cayera. Lo peor es el conato de obnubilación que de cuando en cuando le acomete a uno. Y es que –uno elucubra– se va como almacenando el excremento y se percibe como si se llenase hasta el borde el recipiente del cuerpo, el que sea, y que va subiendo, subiendo inexorablemente hasta el estómago, hasta los pulmones, hasta la garganta, y por último hasta el cerebro que, en definitiva, es el responsable de los vahídos, de todo el juego de aprensiones. Es razonable inferir la equivalencia en mérito, en trabajo, y hasta en dolor, entre expulsar un mojón disparatado de grande por un orificio tan pequeño como el del ano en cuestión, y alumbrar un bebé sacándolo por donde se saca, es decir, por un pasaje mucho más grande y más flexible. Las molestias de la

gestación pueden no ser comparables a los días que pasa uno con la vista turbia y la conciencia alicaída por la masa fecal concentrada que lanza sus deletéreos miasmas hacia el cerebro. El momento del parto es menos laborioso que el de propiciar la salida a un gigantesco zurullo. Sin hacer comparaciones, aseguro que estar hasta cuarenta minutos solo, agarrándose uno a sí mismo y sintiendo que, de dolor, se pierde el sentido, es algo perfectamente serio. La violencia supera el umbral del propio autodomínio, y bien se cree uno estar al borde del colapso y siempre de la más total impotencia. Después de esfuerzos en los que se lucha por la propia continuidad, si se tiene suerte y sale... el producto o cuerpo extraño, todo queda en estado lastimoso: Los bordes del sieso desgarrados y sangrantes, como salidos hacía fuera; algo parecido a llevar un trozo de intestino en carne viva restregándolo por todas partes. Al taponamiento más atroz suele seguir un río de escatología líquida acompañándose de dolores incesantes. Y bien claro está: Los laxantes, lo que hacen predominantemente es lubricar, empujar el atasco, pero en principio carecen de poder para pulverizar lo que ya ha quedado cerca de la salida y en estado compacto, pétreo. Repito: Por establecer una relación entre realidades de estilo y materia prima equiparables [dejando, por tanto, a un lado la experiencia apocalíptica de pillarse uno los huevos con la tapa de un baúl, cosa que Jaimito apuntó en su día como muy revelador en el orden de dolores] bien podemos decir que el parto de la mujer tiene su paralelo en el estreñimiento de los hombres como yo. No he contado, como añadidura, que de resultas de los terribles apretones que han de hacerse con todo el alma, alguna venilla de los ojos puede reventarse y se queda uno con la vista sanguinolenta. Ya me ocurrió en la tristemente memorable deposición en un campo nevado de Noruega, donde poco faltó para asustarme de veras al agachar como pude la cabeza, después del alumbramiento/parto escatológico, y contemplar entre enternecido y pasmado el indescriptible coprolito objeto de la obstrucción...

En las habitaciones hay demasiada claridad, y la mía no es excepción. Frau Zieske me presenta a Frau Kässmayer, la vecina del

piso de debajo del nuestro, señora de entre 35 y 40 años, y que de entre lo que he podido ver en una inspección de urgencia en todo este complejo de casas alrededor del patio-jardín, es lo que más vale con mucho. No puede ser más simpática dentro de su sobriedad: Me saluda ya el primer día con franca expansión y luego todo sigue bajo el mismo signo: Me presta una cubeta de cuello largo, magnífica, para echar agua al radiador del coche que, dicho sea de paso, me permiten estacionar en el patio interior; me presta una colcha o tapete con el fin de tapiar la luz que llena mi cuarto de claridad a todas horas, pues las ventanas de casi ninguna casa europea de país más arriba del Mediterráneo usan persianas, o mucho menos maderas interiores. Frau Kässmayer me mira y yo la miro y sospecho que ella sospecha lo que mi mente barrunta... Pero, ¡bah!, tonterías imposibles. Sin embargo lo que sí que veo en las casas son recipientes de arcilla llenos de agua, sobre cualquier repisa o sobre los radiadores de la calefacción, para compensar con su evaporación la sequedad del aire. Las ventanas tienen dos bastidores, igual también, además, que las puertas en casi todas las casas de América del Norte. No hay mejor forma de protegerse del invierno. Para producir el cierre completo de las cortinas, cuandoquiera que las haya, en el centro de la ventana uno de los carriles por los que discurre la mitad de la cortina penetra por detrás del otro medio carril y así queda bien tapada la grieta de luz que se suele producir. Como ropa de cama, en vez de las sábanas convencionales aquí también se estila el edredón. Lo malo es que mientras que dicho ropón se mantiene pegado como una ventosa a la cama, horizontalmente tendido por su propio peso puede producir unos terribles calores; pero también una invasión de frío polar si levanta uno las rodillas en tienda de campaña y se deja pasar el aire de fuera; y no digamos si se aventura uno a sacar algún miembro.

El profesor que se nos asignó, o sea, el encargado de nuestra clase para el segundo y último tramo del Curso Básico es Herr Steffens, un tipo interesante: Rubiales, con las patillas hasta medio carrillo y con gestos como de personaje de TBO para chavales. Es diligente y moderado. Lleva la lección preparada y no pierde el

tiempo. Se aprendió el nombre de los 18 alumnos en cosa de dos horas; es decir, que a la tercera lección –o tercer periodo de 45 minutos– del primer día ya nos nombraba a cada uno sin vacilar. Herr Steffens dice saber turco y ruso; dice haberlos aprendido. Un tipo interesante y competente. Es originario de la Alemania oriental y no parece estar muy convencido de cómo marchan allí las cosas. La profesora rubia de la clase vecina, la ‘Fräulein’, está bastante buena. Cuando se pone el sujetador finito que sea la despuntan los botones de los pezones por encima de la blusa. Herr Steffens nos repartía la correspondencia con ademán de ejercer conscientemente un menester de control protector de nuestros intereses. Me concienso a fondo de que esta segunda mitad del curso es la que realmente cuenta porque al final se nos examinará y se nos calificará, con la expedición del correspondiente certificado si hubiere lugar. En clase parece que he quedado ya definitivamente colocado entre dos de los elementos más decorosos: Un coreano, a mi izquierda; y un japonés, jovencito, sacerdote jesuita y con el que –por eso de que el director de la Compañía era por aquel entonces el español Arrupe– tuve algún breve esparcimiento conversacional. Un par de americanos, chico y chica, confirman la regla, es decir, que son apagados e insípidos; un par de turcos, chillones e impertinentes, mal educados. Una chica griega desafortadamente alegre y de inmejorable humor. Una vietnamita del sur, creo que típica: Recatada, hacendosa, discreta. Un par de birmanos, con cara de jungla o de bichos raros, son corteses y comedidos. Un chaval de Costa Rica, bondadoso, con cara de pelele y que para más ‘inri’ se está dejando crecer la barba. Todos estos tipos son los que apunto en una primera aproximación. Seguiré con el recuento y el escrutinio de semblanzas en otro lugar. De nuevo soy el único español en toda esta tanda de unos 150 estudiantes. Tengo entendido que en las tres o cuatro remesas inmediatamente anteriores tan sólo dos españoles más, de Barcelona y de Granada, velaron sus armas por estas latitudes. Yo no creo que haya extranjero alguno que hable bien el alemán. O se tira uno años y años penitenciales para meterse la gramática [y hay que tener en cuenta un pequeño rosario de

preceptos para enunciar la frase más sencilla], o se aprende de oído. Mi primera impresión es que mi clase de ahora en Passau es bastante sosa si comparada con la de primerizos de Radolfzell. Aquí no parece verse humor, ni ocurrencias, ni nada. Lo mejor es que, indefectiblemente, hacia la mitad del curso se suelen apuntar las primeras bajas. La gente falta después de un fin de semana en que se ha podido viajar, y la ausencia de un par de personas en una clase de 18 se nota bien. Es estupendo tocar a más; cunde más; penetra todo más deprisa. En efecto, la profesora rubia y atractiva de la clase de al lado da la lección a veces descalza. Dicen que andar así es tonificante. También –como ya apunté– lleva de ordinario conjunto de blusa y sujetador que deja sobresalir, agresivos, los pezones. Un día, para desencanto mío, me pareció muchísimo menos joven. Tuvo que ser efecto del maquillaje. Bueno, siguiendo con mi monólogo interior de antes creo que no merece la pena estudiar alemán con arreglo a la tiranía total de su gramática; por lo menos, no entrar en la dinámica de la “ley de los rendimientos decrecientes”. Ahora se puede dar uno cuenta de que la gente no nativa que lo habla lo hace de oído y sin ceñirse a los severísimos rigores de su sintaxis y de su morfología. Hay edades en que ciertas cosas no ajustan, son más bien desproporcionadas: Una de ellas es intentar aprender un alemán de libro a los 35 años. Me queda por ver si hay alguno entre mis distinguidas relaciones y conocidos [Emilio Lorenzo; Manolo Albella, por no mencionar otros sin tanto lustre académico] que hable y escriba alemán correctamente. Me temo que no. Ahora, después de mi bautismo de sangre, puedo asegurar que no. ¿Cómo demonios van éstos a colocar bien las desinencias, o a acertar con la preposición justa, y sobre todo con las leyes inexorables que hay que tener en cuenta antes de esculpir una frase? El tiempo que se consume en el Goethe Institut machacando, digamos, las arbitrariedades de esta gramática lo puede uno invertir simplemente en leer y entender, y traducir y hablar de oído; lo cual a mí en rigor absoluto no me convence, pero entiendo que ello sea más tentador y más productivo a corto plazo que meterse en la cabeza el mecanismo endiablado de esta

lengua. Y es verdad. En los idiomas, de un lado está todo lo que a ellos respecta; y de otro, hablarlos. Nunca se me olvidará el caso del catedrático y académico don Ciriaco Pérez-Bustamante en Finlandia con motivo de la boda de su hijo, rodeado de tíos y tías que no hablaban castellano, bien que ellos, además de finlandés hablaban otra cosa, lo que fuere: Francés, inglés casi todos y sin excepción; alemán algunos. El bueno de don Ciriaco no acertaba a emitir “yes” con mediano decoro. Y quién duda que en sus obras puedan aparecer las consabidas retahílas de menciones y citas bibliográficas de diversa ralea en toda suerte de heréticos idiomas. Aquí el supuesto más ejemplar podría ser el de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Este insigne polígrafo que leía prácticamente todo lo expresado en cualquier forma gráfica que el hombre hubiera inventado desde sus albores, no me lo imagino pronunciando una palabra que no fuese español, fuera de la cita ocasional, se entiende, y a efectos eruditos; lo mismo que un buen prójimo pueda espetar una máxima en latín en una conversación sobre fútbol, por ejemplo. Las lenguas se escriben, se entienden, se traducen, se leen, se parafrasean, se reinventan, se recrean y se cachondea uno con ellas deshaciendo sus interioridades ‘logísticas’, de un lado; y de otro, se hablan sencillamente; se entiende uno, se comunica uno en ellas con otros elementos humanos que se expresen con la misma herramienta. Yo, mientras tenga fuerzas y motivación he optado por recorrer el camino completo, mirando siempre al punto último del resultado práctico; y si a lo largo del recorrido alguna decoración de finura se engancha al carro [o sea, conformación gramatical; legalidad sintáctica y observancia de las reglas patricias, etc.], mejor que mejor. Por otra parte, los idiomas deben aprenderse para desentenderse uno y no para entenderse. Para entenderse sobran las manos y ya con lujos refinados: Los métodos ésos para sordomudos en que se emiten paralelamente ciertos noticiarios en televisión, por ejemplo. Los idiomas se aprenden para poder decir algo digno con ellos. Idiomas sin cultura, sin cimiento académico, patrimonio artístico o lo que sea, es tontería. Lo óptimo parece ser una carrera con idiomas con el fin de poder expresar el

contenido espiritual de ella.

En Passau, enfrente de la casa de los Zieske donde vivo, hay una especie de verbena en una explanada. Lo más recordable es un espacio acotado en medio del recinto general, con un toldo gigantesco, donde a los compases de una música charanguera, patriótica y enardeciente, hombres y mujeres se apretujan en unas mesas-bancos y se ponen morados de cerveza. El ambiente parece irrespirable. La chaquetilla esa marrón, sin cuello, como de cazador, es lo más típico aquí en los varones. En la verbena también está el célebre tenderete para clavar clavos de un martillazo sobre un mostrador o madero. Durante todos estos días de feria, aproximadamente una semana, la puerta/verja de entrada al patio interior comunal del piso de los Zieske se mantenía cerrada con una cadena: ¿Razón?: Que habría gente que podría estacionar sus coches allí dentro, cosa de todo punto intolerable. Otro detalle más de cómo los alemanes miran por sus intereses sin hacer concesiones gratuitas ni liberalidades de ninguna clase. Me fijé en que las..., bueno, lo que en España consideraríamos... mierdas mayores, los cacharros más paupérrimos que se encuentran por la casa tienen todos una función sagrada y libérese nadie de modificar su cometido. Los adminículos, los utensilios están para que duren mucho, y esta gente vive con restricciones, si así se mira. Al lado de estos fulanos el español es un potentado rumboso. Y cuanto más pobre, cuanto más de economía marginada, más potentado en comparación. Y sin embargo nosotros somos... una cagada como país porque lo damos todo al foráneo a cambio de nada, de muy poco. Somos, eso sí, príncipes magníficos cada uno de nosotros. Y la mayoría de estos cabrones extranjeros que son por separado cretinos avaros y estrechos tienen y conforman una nación cojonuda. Bien: Otro pequeño arrebato de digresión.

Conservo un apunte escueto por escrito de aquellos días: “Los llaveros de los alemanes son especiales”, pero carezco de especificaciones. Una lástima. Otra de las atracciones de la Feria es que por un marco alemán se pueden dar varios meneos con un macho



pilón a un coche en proceso de destrozo, deporte rebosante de plasticidad que tiempo más tarde veríamos aquí y allí, en uno u otro programa de televisión, acompañando la actuación de algún grupo musical de estos ruidosos, de guitarristas melencólicos con pinta de guarros, etc. Una manera de dar escape a la frustración, a la libido, a lo que cada cual tenga en exceso sin encontrar acomodo por su somopatología. El al parecer dueño de un hotel/restaurante de enfrente también de donde yo me alojo y en un flanco de la misma plaza donde está montada la Feria o verbena aludida..., es un maniático del ajuste de la televisión. Tiene en el comedor un precioso aparato con imagen en color que en cualquier momento que se mire es una maravilla de lo claro y de lo bien que se ve. El tipo éste se permite cada diez minutos hurgarle los mandos, en la búsqueda no sabemos de qué sutilísima combinación. Por supuesto que lo deja exactamente igual de bien que estaba, después de fastidiarnos con sus impertinentes retoques. El primer día en que me senté a tomar algo en dicho restaurante este personaje me ilusionó al participarme con desenfado sus correrías, sus numerosas lenguas aprendidas de oído [me pareció un buen ejemplo de analfabeto hábil] y otras cosas. Pero cuando me espetó, como una medalla con la que se hubiera él mismo condecorado, que había sido y que seguía siendo un incondicional follador y camero, me cubrió de luto mi brillante o, al menos, digamos, divertida impresión del principio. Y es que en tales disciplinas el que más dice saber y hacer es el que menos hace y sabe. Lo más simpático del hombrecillo es que representaba 70 años y sólo tenía 56. Luce asimismo un ‘gua’ (agujero) encima de la calva, en mitad de la testa, resultado del encuentro con una bala, según me explicó. Su restaurante era una mezcla de comedor-cervecería donde me pareció que no se cambiaban nunca los manteles, los camareros tenían pinta de bichos raros y las mujeres que se veían enredando por la cocina, algo de putas.

Otro día estaba yo comiendo en una de las fondas o “Gasthaus” de poca envergadura, de las concertadas con el Instituto, y llega un vendedor de periódicos voceando con cara de Quasimodo la noticia abultada que fuere, de la primera página. Hace una pasada y

deja un ejemplar encima de cada mesa, como si fuera de regalo. Luego se vuelve y los va recogiendo uno a uno, rápido, de nuevo. Era para facilitar la venta, prestándoselos al posible cliente por un momento e invitándole a tener el dinero listo en caso de compra. Los camareros, ellos y ellas, son también cobradores en los restaurantes, para cuya función van provistos/as de espaciosos bolsos o faltriqueras.

Lo mismo que en Radolfzell, y supongo que ello sería norma general, además del profesor encargado con primacía de la enseñanza a la clase que sea, se turnan otros elementos docentes. Son todos muy buenos, sin excepciones, cada cual con arreglo a su temperamento, a su edad, a su condición, etc. El secreto está siempre en hacer innumerables ejercicios. Además del libro de texto, en clase se reparten multicopiados los esquemas de los “drills” correspondientes a la sección de gramática sobre la que específicamente se base cada unidad o módulo. Pasadas unas cuantas jornadas de rodaje ya dispuse de fundamentos para, por lo menos, aventurar una semblanza literaria, un conato de esbozo espiritual de bastantes otros de los compañeros de mi clase. Había un chico, creo que nepalí, a quien encontré un tremendo parecido con lo que yo entendía que debía de ser el “Yeti”; o en cualquier caso el eslabón perdido de Darwin. María, la griega, parece justamente una cabeza de doncella de esas pintadas en las ánforas antiguas. Viste de negro, como Electra, y se peina de manera clásica, con unos ligerísimos bucles colgantes de su pelo generoso y rubio. El perfil es como el de una diosa. Me dio su dirección: María Kirillidou Dimitriadou. Saloniki. Tel: 511 253. ¡Y pensar que con mis paupérrimos conocimientos de griego antiguo y de cultura clásica, en general, he deslumbrado a María, la joven asexuada de mi clase, que se parece a una adolescente o diosa como ésas de las pintadas en las urnas! ¿Qué hubiera sido, de haber tenido reciente una sólida documentación como, digamos, la que me hubiera proporcionado estar recién salido de la rama de clásicas? ¡Ay, estas son las cosas que no se pueden medir por anticipado! Por la felicidad o la torpeza con que las resolvamos podemos aquilatar nuestra cultura, eso, eso que queda cuando hemos olvidado todo. Cuando esta criatura comprueba que

todos o casi todos los mitos de su historia antigua, y sus héroes, y sus autores y sus tradiciones me son conocidos normalmente, resplandece su gesto con temeroso encanto: Temeroso, digo, por pensar que puede estar delante de algún espécimen alienígena. Recuerdo cuando recorríamos algunos pasajes de la *Odisea* y la iba yo enfrentando, heroína también, a las figuras femeninas con las que Ulises tiene que habérselas antes de regresar a la fidelidad pura de su Penélope y de su Eubeo. María se sonrojaba de pasmo. ¡Qué pena no haber tenido el manual –un ladrillo, por otra parte– del cura Goñi, que de chavales manejábamos en el colegio: Con él hubiera yo repasado glotonamente una frasecita de aquí, una cita conveniente de allá, y mil etcéteras! Es verdad: “Siglos de merecimiento/truenco a puntos de ventura”. Por un segundo de aprobación y festejo que produzcan nuestros comentarios, nuestras ocurrencias, se pueden sacrificar, se pueden dar por bien empleados tantos golpes y disgustos que le cuesta a uno el saber algo de lo que el mundo ha hecho cuando nosotros ni estábamos ni éramos. Y con el francés, no digamos la de veces que se ha entristecido mi alma por no poder decir algo exacto a una bella criatura. Aquí en Passau, la belga Giselle me proporcionó esa amargura cierta, por un algo distinto que en ella concurría; algo superior que la mantenía entre las cosas en alza. Me habría gustado que se hubiese producido un mutuo acercamiento, porque después de los dos meses de curso era casi seguro que no nos volveríamos a ver más nunca. Luego, al enamorarse del americano de mi clase, dejamos de hablar tan asiduamente y se aliviaron mis desazones expresivas. ¡Menos mal! Y esta quemazón emulativa, también con la lengua italiana, aunque con menor intensidad por la cercanía de temperatura que se desprende de su naturaleza expresiva respecto del español. ¡Hubiera sido tan bello perturbar la conciencia de Luciana y de la otra morenita y guapa, Laura, con algo de verdad incisiva en su lengua! Pero no puede ser. Y esto me mueve a estudiar, a buscar la expresión, “fuente eterna de poesía”. Esto me mueve a considerar el estudio de los idiomas cultos como la llamada más acuciante que pueda sentir un espíritu selecto.

El norteamericano que estuvo en Vietnam, y que se hizo novio

de la belga Giselle, y los dos vietnamitas juegan durante los intermedios de las clases. El uno les quiere “americanizar” y los otros dos le sujetan las manos a éste cuando habla porque se parecen a las de Lola Flores, que trenzan complicados garabatos en el aire. Es un bobo grandote. Abre la boca para decir algo en alemán y le sale la jerga americana. Las chicas yanquis del Instituto –hay una en mi clase– son igualmente típicas: Las unas, feíllas y recatadas, solemnemente tontas. Las demás, histéricas: El gesto, el ademán, la pinta, todo, siempre lo mismo: La misma baratura; siempre más de lo mismo. Hay un filipino, de nombre Alonto, con una cabezota del tamaño de una gigantesca calabaza; con el pelo negrísimo y como hincado; hablador, algo impertinente, bastante ignorante, aunque un pobre diablo en el fondo. Los turcos son insoportables, unos mal educados, con pinta de sucios. Se dejan la barba para no tener que afeitarse. Hay una niñita estudiante, también del Vietnam, que es como una muñeca: Menuda, chiquitísima, con todo proporcionado y diminuto: Aquí un culín minúsculo; aquí un par de pechitos que sólo interrumpen con su leve bulto la tablita del tórax. Hay varias chicas más del Vietnam: En conjunto me parecen un pequeño enjambre de criaturas sin ideario, dispuestas al mejor postor. La influencia americana que se advierte en ellas es atosigante. Hay una chica turca con un par de tetas descomunales. Se ve que está disponible para cualquier varón que la mime un poco. A mí me dio su dirección en Estambul a la primera sugerencia que le hice sobre el particular. Su imposibilidad de competir en atractivos inmediatos con las demás lo suple con su simpatía. Alguien dijo que su familia tenía montones de pasta. Si me enseñara Turquía me haría un hombre. Se llama Zerrin y se pronuncia “serrín”, como lo que en español entendemos por polvillo de madera. Aquí va su dirección completa, por si alguien se anima: Zerrin Karagözogtu. Küçükbelekdereboyuilknur apt. Daire 12 Bebek, Istanbul, Türkiye. Tel: 635848. No creo que nadie que se embarque en dar una dirección como ésta pueda ir de broma. Hay otros dos angelitos de Nepal que deben de ser parientes muy cercanos del Yeti. Me he quedado con las ganas de sacarla una foto a Emma, la

boliviana, entre los dos micos estos. Su parecido con el supuesto “abominable” es fascinante, estremecedor: Andan como monos y tienen una jeta de monos. Vaya, son entes “yéuticos”. Cuando más tipos se pueden ver de golpe es por las mañanas, en el comedor del propio Instituto, donde se nos da el desayuno: Nepalíes, birmanos, turcos siempre a todas horas. Parece que los turcos tienen a Alemania como su nodriza en lo técnico y en lo profesional. Nunca hubiera imaginado que el elemento turco se volcara tan en masa hacia Alemania. Con el paso de los días se suceden y se compactan los matices. A la japonesita Tamiko le he dicho que se parece a mi sobrina; y al aclarar que mi sobrina tiene cuatro años se ha echado a reír, entre halagada y sorprendida. La belga Giselle va ganando enteros en presencia y en la ya favorabilísima impresión que produce. Su relación con el chico norteamericano parece ir viento en popa: Se ha tratado de un flechazo en el más puro estilo convencional, casi, casi del “love at first sight”. Dicen que hasta piensan casarse (?) Veremos en lo que para toda esta borrasca emocional de verano. De momento ella, que ha venido de Bélgica en un coche negro, bi-plaza, deportivo, probablemente un Porsche, se encarga de pasear a su novio. Con todo, hacen una buena pareja y acaso logren la complementación óptima entre la pujanza pragmática y confiada de América, y la solera, un poco ya de vuelta, de la madre Europa. La mejor japonesa que hasta ahora se ha visto es Toshimi. Es la más alta, la de más envergadura. Se diría que su realidad es el resultado del encuentro de elemento japonés y concurrencia foránea. Su corpulencia, magnífica y normal para un hombre europeo, es francamente superior a la de sus correligionarias. La generosidad de sus senos es sencillamente notable. Los vietnamitas cuando hablan parecen un conjunto de bichos pantes, rechinantes, rientes. Me enseñaron a decir el equivalente a “¿Qué tal?”, que viene a sonar a algo así como: “Ko ko man choi ko?”; y a lo que seguiría el “Muy bien; gracias”... “Kmón”..., todo ello con el adobo tonal pertinente del que depende el sentido de lo que se diga. Oírles leer alemán en su estilo monosilábico y a golpes es despelotante: Ni dan cadencia a la frase, ni parecen enterarse de que

también entre nosotros hay ciertas limitaciones de tono que acompañan al recto sentido de la sintaxis. Ahora bien, cuando hablan entre ellos, en su jerga, apenas se resiste la risa... ¿Hablan? No, cantan, trinan, gorjean, martillean vocales a golpes monosilábicos que alargan y sesgan sutilmente. El filipino de mi clase al que antes me referí, efectivamente tiene un cabezón como un plato o como una calabaza, con más diámetro de oreja a oreja que de barbilla a terraza. Feo, feo y raro, el cabrón, aunque por el desenfado y rasgos de cosmopolitismo de que hace gala el mozalbete, me temo que en su casa pueda hasta ser considerado como una belleza. Es un pelmazo de película; peor que un adolescente: Interrumpe, alarga con alguna memez lo que el profesor explica [por ejemplo, al preguntar estúpidamente que por qué algo se decía en alemán como se decía, Herr Steffens le cortó enérgicamente y con toda claridad: Keine Warum; naturalmente]; habla cuando no le preguntan; y cuando le preguntan lo hace tan mal como al que peor le dé por hacerlo. Ya dijimos que se llama Alonto. Una vez que, a no sé qué comentarios suyos, le indiqué yo que, pues claro, que conocía a José Rizal, el baboso me expresó toda su admiración y todo su reconocimiento.

Con el curso ya a toda marcha me di cuenta de que Frau Zieske encarnaba el prototipo ideal en el esquema del aprendizaje de una lengua: Inmersión en las clases y práctica en casa. No podía ser de otra manera: Cuando la señora se percató de que yo era extremadamente cuidadoso con las cosas, quiero decir, con todo en general, o sea, que no rompía nada, ni manchaba nada, ni dejaba nada desordenado..., pues gradualmente me fue dispensando más y más confianza, más y más liberalidad. Llegó a hacerse costumbre que cuando llegaba yo del Instituto, al acabar la jornada de la tarde, ella se pasaba por mi habitación como a recibir el parte mío: La estoy viendo en una perfecta claridad permanente de sus rasgos: Era, creo haberlo dicho, enjuta y algo vencida hacia adelante, sin llegar ni de lejos a la malformación sino, yo diría, más bien a un conato de señorial y sufrido encorvamiento. Iniciaba la sonrisa y tardaba uno o dos segundos en llevarla a término, como dispensándose el tiempo

imprescindible para asegurarse de que la ocasión bien lo merecía. Yo frecuentemente probaba con ella los nuevos giros aprendidos, las nuevas estructuras sintácticas, y ella se acompañaba del movimiento de sus dedos índices, bajando, subiendo y apuntando, tanto para asentir con la corrección de mi discurso, como para recalcar la construcción adecuada. Ya bien mediado el curso me entero, así por pura chiripa, que estoy en la clase de los acelerados, es decir, en la que se supone ser más competente. Algo me decía a mí que la marcha que llevábamos era bastante notable. Los pronosticos de unos y otros es que casi todos los de nuestra clase vamos a aprobar el examen final. Yo no lo veo tan claro. Veo, sin embargo, la conveniencia de que dedicásemos a continuación de haber terminado el curso, un día a cada lección del libro para dar así un buen repaso. Las palabras se olvidan como si nada. Los exámenes, eso sí, los vamos realizar allí mismo y los jueces van a ser gente “de la casa”, el primero de ellos y el más determinante, Herr Steffens. Es una garantía y no pequeña. Mi caso, por ser personal y... de puro capricho, prácticamente no cuenta. Si aprendo mucho, bien; y si aprendo menos, pues yo únicamente me lo pierdo, sin más transcendencia. Pero la mayoría de los chavales necesitan su certificado de conocimiento *básico* del alemán, quién para quedarse a estudiar en una Universidad; quién para beneficiarse de alguna beca o subvención de su propio gobierno; quién para promocionarse en el trabajo... Lo normal. Y es también lógico que la valoración de lo que entenderíamos como ‘aprobado’ alto u holgado, ‘befriedigend’ se sancione a partir de un mínimo..., mínimo de seis y pico respecto de diez; o sea, del sesenta y tantos por ciento del tramo total de competencia. Un día le ví a Herr Steffens hablar con el chaval costarricense que por lo que yo pude colegir se había quedado algo descolgado. Allí se me volvía a hacer evidente una vez más que las categorías lingüísticas básicas son practicamente equiparables en todas las lenguas. Ahora bien, si no se tiene claro lo que un predicado comporta; lo que entraña un verbo activo; el sentido preposicional frente al sentido de interés de lo que tradicionalmente se entiende por complemento indirecto, etc., entonces surgen los problemas en

cualquier lengua. En tal sentido yo, por mi natural conocimiento de todas estas cuestiones elementales, “de colegio”, sentía compensada mi actuación ante la ventaja de fuerza de memoria de adolescente, por ejemplo, que a buen seguro concurría en algunos elementos de mi clase. Váyase lo uno por lo otro. Por cierto que hoy la profesora suplente Fraülein Hampsl se ha desabrochado negligentemente un botón más de la falda, de forma que al abrir el compás de las piernas, o al adelantar una de sus manillas pudiéramos los alumnos observar la penumbra que forman al juntarse y perder tal nombre. Guapa, guapa, no puede decirse que sea pero tiene un punto de formidable atracción, como de involuntaria imantación y ella estoy seguro que tiene que saberlo.

Un día los Zieske me llevaron a pasar buena parte de la jornada en casa de unos amigos. Supongo que sería un miércoles cuyas tardes teníamos libres en el Instituto, o un fin de semana, claro. Herr Zieske conducía un coche compacto, más bien pequeño [sobre todo si se atenía uno al volumen de nuestro hombre] de color verde botella y de una marca poco convencional, una lástima no recordarla; me atrevería a aventurar que se trataba de un Triumph inglés..., pero no creo que eso pudiera ser por... por lo que se dirá a continuación y que redundaba en un rechazo por parte de los Zieske de todo lo que hubiese contribuido al sufrimiento de Alemania en la segunda guerra mundial..., y los británicos habían sido enemigos. Herr Zieske conducía con soltura y con rapidez, conocedor de todos los puntos de la carretera. Sus amigos eran un matrimonio bonachón y activo, buenos comensales y buenos conversadores. Me sentí como en mi propia casa. Desplegué toda la osadía que mis ganas de aprender me propiciaban y estuve hablando, y hablando, bueno, debatiéndome agonística y bravamente con mi incipiente alemán, y bien recuerdo que acometí la explicación de todo el sistema educacional español, por supuesto porque así lo habían suscitado las preguntas de mis amigos. Fue mi prueba de fuego: Saqué recursos de todas mis posibilidades expresivas; apuré a tope mi capacidad de concertación de palabras y de ideas, siempre en el molde de la lengua alemana y no de otra cosa,



pues era de lo que allí se trataba. A trancas y a barrancas salí airoso de la prueba. Me quedé satisfecho. Toda la jornada desde la hora de comer hasta la noche la pasamos conversando, sin dejar de picotear viandas, golosinas, sandwiches y refrescos con los que nuestros amigos llenaban una especie de velador alrededor del cual nos sentamos los cinco en, también, una especie de prado adyacente a su casa de campo. Una verdadera delicia, y lo que es más elocuente, mi aceptación ya sin reservas por parte de los Zieske en el ámbito de sus costumbres, de su confianza. De regreso a casa continuamos la conversación: Me informaron que habían soportado toda la guerra en Berlín. Por si no había oído o entendido yo bien, me recalcaron que sí, que había sido toda la guerra. Sabido es que ya a partir de 1944 fue cuando Gran Bretaña, algo recuperada, comenzó a bombardear las ciudades alemanas. No me interesa entrar en detalles: Sólo subrayo que los Zieske no se movieron de Berlín, desde el momento en que allí cayera la primera bomba hasta la rendición incondicional y ocupación por las fuerzas aliadas. Mientras que Herr Zieske no parecía querer traer nunca más a cuento tales sucesos, y con un gesto terminante como de satisfecho orgullo cerraba el tema, Frau Zieske alargaba el recuerdo mediante un tenue cabeceo de asentimiento, al tiempo que dejaba discurrir su mirada hacia lo lejos...

Me hice bastante amigo de un argentino, Héctor Germán Delfino, asimismo del nivel del segundo tramo del Curso Básico, pero en otra clase. Solíamos coincidir a la hora de comer en uno de los restaurantes concertados con el Instituto. Su dueño, un hombre jovial, decididor y fortachón nos aseguraba que la payasada de canción que por aquel entonces interpretaba Peret, me refiero a lo del... “Borriquito como tú”..., nos aseguraba, digo, que era todo un éxito en Alemania: “Nummer eins”... gesticulaba enfáticamente. La verdad es que los alemanes nos han prestado apoyo siempre aun tratándose de cosas tan triviales como la que refiero. Parecen los ciudadanos fuertes de Europa que nos dispensan simpatía, hasta cariño, y siempre también tratándose de cuantificaciones comparativas. El argentino acostumbraba a bromear con nuestro amigo el restauranero diciéndole,

no sin falta absoluta de razón, que la mejor carne que él nos daba allí en su establecimiento no servía en Argentina ni para alimento de los perros. Otro que no hubiera sido alemán se lo habría tomado como insulto, pero nuestro hombre se reía de tales ocurrencias.

Passau era un sitio muy bien articulado, como recogido en el rincón más sur-oriental de Baviera, en la misma confluencia del Danubio y de su afluente el Inn, marcando este último un buen trozo de la frontera con Austria. De Passau arrancaban (y en Passau terminaban) las excursiones fluviales a y desde el Mar Negro en lujosos y modernos barcos, siempre por el Danubio y a través de cinco países: Austria, Hungría, Yugoslavia, Bulgaria, y Rumania. Yo me acerqué un día al puerto fluvial donde se hallaba atracado un barco ruso que hacía el viaje. No pude inspeccionarlo por dentro, pero a pocos metros del muelle su aspecto era elegante, cómodo. No descarté la idea de hacer un viaje por río, dado que las virtualidades de mareo quedaban reducidas al mínimo, pero no pasé de ahí. Mi problema, de nuevo, se centraba en lo de “haber juntamiento con hembra placentera”. Me informan de que en Passau no hay ni siquiera una sola casa de putas, así como suena. Lo más próximo... Linz. Pero... digo, Linz,... Linz es de Austria. Ah, sí, claro, es de Austria, pero sólo hay que cruzar al otro lado. Esa naturalidad con que me dijo, quienquiera fuese, y creo que fue un taxista, que sólo era cruzar el río, me ilustró sobremanera respecto de la comunidad de hábitos que se forman en las zonas fronterizas donde las posibles diferencias –y más, tratándose de etnias y de lenguas idénticas como la alemana y la austriaca– quedan reducidas a algo teórico, a formalidad sobre el papel. Linz está a 90 kilómetros, en Austria; y lo más cerca de Passau en suelo alemán y en lo referente a procurarse compañía femenina, está en Regensburg, a 120 kilómetros, en dirección a Nuremberg. Apretando un poco más al taxista informante sólo logré que el hombre, ante la perfecta seriedad de mi incumbencia, me sugiriera un figón-cervecería en una calle céntrica de Passau. En mis escasas notas tengo registrado que el miércoles 24 de mayo, después de echarme la siesta (pues por ser miércoles no teníamos clase por la tarde) me fui al tascucho aquél, y

no sólo no se me aclaró nada el panorama, sino que mi alemán no era todavía del todo ducho como para el empleo de eufemismos en ciertos campos semánticos, y me encontré en un típico aprieto de párvulo cuando la mesonera..., bueno, inquirió naturalmente sobre lo que yo quería..., y sobre lo que fuere aquello que me había llevado hasta allí. Recuerdo que le eché valor al asunto y..., pregunté, pregunté sobre las “Mädchen”, sobre las “Weibe”... Pero todo fue en vano. La garrida y coloradota mujer, o no sabía, o no quiso entenderme, y me fui con el rabo entre las piernas, dando por buena la lección recibida, que no era otra que la de descartar de una vez por todas que estos teutónicos pudieran comportarse como en España donde, bueno, un comentario lleva a otro, y éste a una pequeña confidencia, y ésta a una revelación..., y ésta quizás al descubrimiento de lo que se está buscando. Pero este tipo de conducta de los pueblos que, como los mediterráneos, España entre ellos, viven en la calle, y es en la calle donde se celebra el intercambio de materia cívica y social, esta manera de ser, digo, allí en Alemania no rige, no tiene carta de naturaleza. Así que di por liquidada aquella sugerencia del tascucho y me hice a la idea penitencial de dedicar todas mis fuerzas a los verbos irregulares. Dí, así, la cosa por saldada de momento y dejada al curso de la suerte. Tengo en mis notas literalmente la siguiente frase: “Un día en otro restaurante, de acceso estudiantil conveniente, se hallaban dos funcionarias que pusieron a mi alma de nuevo en la pista de las andadas que había desechado por pura apatía”. Aquí el término “funcionarias” no puedo precisar si se refería técnicamente a mujeres con uniforme o estaba yo endosándoselo a cualquier hembra vistosa y desconocida. Otro día más, en una cervecería o fonducho me encontraba yo cenando o simplemente tomando algo con un negrito *ibo*. Por aquel entonces las luchas entre etnias nigerianas habían saltado a todos los medios informativos. Lo único que yo vagamente retengo ahora es que, según entendía, los *ibos* eran la tribu o etnia más culta, más selecta, y la que estaba siendo objeto de persecución. Aquel negrito en todo caso era una representación de la urbanidad y de la buena compostura. Era también un experto en alemán pues recuerdo

que me dijo llevar bastante tiempo estudiándolo, pero quiero asimismo recordar que hablaríamos inglés. A mí, por pura curiosidad, me sonaban los nombres geográficos donde toda aquella actividad belicosa se estaba desarrollando. El Golfo de Guinea y sus porciones más concretas de Golfo de Benin y Golfo de Biafra me eran conocidas, así como algunas cosas sobre Nigeria, extremos todos que halagaron a mi amigo. Era negrísimo, apuesto, de porte distinguido aunque prudente, yo diría que sin poder remediar su conciencia de hablar con un blanco europeo, culto... El caso es que, entretenidos con nuestra charla, nos sentamos contiguos a una mesa donde cuatro hombres jugaban a las cartas. Se trató una vez más de una cuestión de decisión, o sea, de falta de decisión por mi parte, pues de pronto veo que entra una chica joven, con buena pinta, con ese aire distraído e indiferente que da la ausencia de plan concreto. Aquella chica vestía de negro y me pareció atractiva, me hubiera gustado abordarla, seguro que su entrada en un sitio así, donde su arquitectura femenina contrastaba tan radicalmente con el ambiente varonil, seguro que estaba impulsada por la necesidad de un interés, por la severidad de una circunstancia. Yo, inerme, sorprendido, me maldije por mi falta de resolución, sobre todo cuando ví que uno de los hombres, así, sin ni siquiera mirarla, como conociendo el asunto, la hizo un sitio en la mesa y la indicó que se arrimara. Yo, con tantos miramientos y con tales escrúpulos procedimentales... y resulta que se trataba con toda seguridad de una mercenaria. La chica, resueltamente atractiva, reflejaba foraneidad, y ya en la reflexión sobre el curso de aquellos pocos segundos, me pareció creer que ella al entrar me había mirado a mí primero, a mí..., y que..., bueno, al no encontrar conato alguno de invitación por mi parte, debió de desechar mi baza, y se acercó a la mesa de los jugadores de cartas. Me maldije por estúpido, por imbécil, y por no haberla abordado. Era la primera escaramuza que se me había presentado, y el hecho de que me acompañase el negrito no debería haber coartado mi dinámica, mi haber intentado una proposición, un sondeo, lo que fuera. Por supuesto que aquel clima de tasca, igual prácticamente que todos los demás, no lo había yo nunca sentido

propicio para la aventura, para que se me pusiera en la pista, en el olfateo del ser de las cosas. Me marché y me amargué yo solo repitiéndome que no la volvería a ver..., por descerebrado, por cretino, por mi falta de... Y así hubiera resultado todo de no haber sido por la casualidad, por uno de esos golpes del azar liberal y cómplice. Otro miércoles, necesariamente el siguiente y más próximo al día de mi charla con el negrito *ibo*..., viniendo yo en coche del Instituto a casa, rebaso al cruzarme en sentido contrario a la chica en cuestión. Aquí sí, aquí mi diligencia quiso compensar mis irresoluciones anteriores. Paro, doy la vuelta, recorro unos cien metros, vuelvo a parar y estaciono en la misma mano por donde la chica venía, con espacio suficiente para verla aproximarse, salir yo del coche, ajustar mi expresión... y hacerme el encontradizo. Sorpresa al principio y levísimo ademán como de rehusar la conversación en plena calle. Recuerdo lo de la puta de la casa de Konstanz cuando la encontré por las escaleras. Intento asumir que excepto los pueblos meridionales del Mediterráneo, la gente hace la vida en los hogares, no en la calle. Con dos palabras atinadas y una sonrisa conciliadora se inicia la charla. Se queda halagada de mi memoria. Está francamente bien. Con falda ahora las piernas destacan notablemente y sus senos parecen persuasivos, generosamente proporcionados. En definitiva, aquella putita me toreó. Después de un comienzo en que me hizo gestar esperanzas, me quedé como estaba. Me dijo que era de Düsseldorf y que estaba de paso en Passau y que habitaba en un piso. Acaso se me notó la vehemencia en pedirla compañía; acaso ella no se fiaba de un extranjero. Tuvo que ocurrir alguna de estas rémoras características en las relaciones tan de circunstancias. A mí la chica me gustaba; me hallaba frente a una mercenaria.. y era cosa de no andarse ya más por las ramas. Si en la primera ocasión que nos vimos me quedé tan corto de comunicación, ahora el fallo no podría venir de ahí. La hice ver que me gustaba. Creo que accedió a subirse a mi coche y a que la dejara si no en su misma casa por lo menos cerca de allí. Ella se percató de que me sobaban ganas y de que podía hacerla un regalo... proporcionado a sus expectativas. Yo quería quedarme con ella entonces mismo...,

estoy hablando de la hora de comer de aquel miércoles, sobre eso de las 14:00 pm. Pero ella no quería; algo fallaba en nuestra conexión. Yo veía que se escurría, que se escapaba, y que no podía remediarlo. Intenté por todos los medios persuadirla de quedar conmigo..., de dedicar una velada a... estar juntos. Pero por la razón que fuese yo no terminaba de parecerle seguro, quizá por temor de que yo hablase más de la cuenta en el Instituto, no sé, no pude ni puedo ahora aventurar una hipótesis. Al ver que yo persistía, urdió una pequeña treta en la que caí sin más consecuencias. Me dijo que esa misma tarde podríamos encontrarnos en tal sitio... y que tendría mucho gusto en preparar algo de comer una vez que nos trasladásemos a su casa, etc.. y que la diera “ein Paar Mark”... expresión que por aquel entonces aparecía en nuestros textos y que Herr Steffens se había dado buena maña en hacernos entender. Lo del “Paar” comprendía una cuantificación flexible, nunca grande, digamos entre el par de marcos o *dos* marcos de donde literalmente se arrancaba hasta normalmente diez, que fueron los que yo la dí. Ni acudió a la cita ni jamás volví a verla. Después de aquello era evidente que yo no encarnaba su paisaje, y así añadí otra acibarada decepción a mi alma. Con aquel trasunto volví a reparar en que es siempre el espíritu el que sostiene la materia, y no al contrario. La materia, la sangre, la carne y el sistema neurovegetativo es el que necesita del espíritu para vivir y para verificarse. Los miopes siempre han pensado de otra manera; siempre han creído que los sacrificios del cuerpo visible estaban de uno o de otro modo encaminados a fortificar tal o cual logro, tal o cual meta del espíritu. Boberías. Todos sabemos el calvario y los caminos penitenciales por los que pasa el espíritu con el fin de darle un poco de consuelo al cuerpo. Lo que el espíritu [la mente, el fluido del alma] hace y barrunta para, por ejemplo, poder abordar el recinto íntimo de una mujer, es asombroso, es ingente. Así pues, la materia, el mundo de los sentidos es ulterior y más esencial que todo lo otro. A él se condicionan todas las demás capacidades y tendencias del hombre, y no al contrario. De pronto se vuelve uno a dar cuenta de que los españoles no somos típicos en nada ni por nada, si por “típico” se

entiende una cosa o un conjunto de cosas que conforman exclusivamente nuestra conducta, nuestras maneras, nuestro estilo y nuestra forma de ser. El español, el hispánico [y nunca mejor esgrimida esta palabra que ahora que me encuentro compartiendo la misma situación de aprendizaje del alemán con elementos venezolanos, nicaragüenses, guatemaltecos, costarricenses, mejicanos, argentinos, bolivianos] dispone, eso sí, de unos resortes y criterios comunes a todo el mundo que habla español como él. Pero dichos resortes son inclusivos, no exclusivos; son los que nos conglutinan dentro de las diferencias radicales por otros conceptos. El tipismo del español radica en ese común denominador de unas cuantas actitudes y formas de pensamiento sin las cuales no nos pareceríamos en nada los unos a los otros. Las cosas así llamadas *típicas* del hispano son, pues, las menos; son tan pocas porque son esenciales; son esenciales porque si faltara una de ellas se anularía todo componente de correspondencia y símil. Muy al contrario sucede con el norteamericano anglosajón, Canadá incluida, por ejemplo. Éste dispone de unas maneras inferiores en número a las que distinguen al hispano ante los ojos de los demás [y que, no se olvide, sólo forman un reducido núcleo dentro del sistema total de su forma de vida hispánica], y por las cuales se rige absoluta y exclusivamente. Ser típico americano es esgrimir siempre, en soledad o en compañía, en su casa o en la ajena, un puñado reducido de hábitos machacones que les diferencian de los demás humanos pero que los hacen idénticos, desconsoladoramente idénticos entre ellos mismos. El hispánico, esa sobrecogedora y magnífica cantidad de “españoles” de todas las Españas americanas, además del ibérico peninsular, ofrece al extranjero el tipismo diferenciador de un par de actitudes más o menos predominantes, actitudes que a su vez constituyen una pequeña característica dentro de su estilo general. El hispánico se desdobra en varios matices. El norteamericano es monocorde. Lo típico del hispánico es lo que ofrecemos al foráneo [concedo que tal vez porque éste no se halle preparado a conversar con nosotros en coyuntura distinta], pero guardando para nosotros y entre nosotros las riquísimas distinciones que nos esmeran.

(Reflexión sobre la marcha)

Hay que salir de casa, hay que airearse, con aire de primera mano. La perspectiva lo es todo. Desde fuera se percibe en toda su magnífica torpeza la vida social del español en las pequeñas comunidades o círculos. Y es dramática esta percepción. Nuestras tertulias alcalaínas tienen el veneno de toda droga: Que tiran de uno, de lo que de torpe y miope hay en la condición de cada uno, para hacer así un boquete en nuestras defensas. Discutimos acaloradamente... ¡cuántas tonterías! Eso, y otras cosas, nos matan a los españoles. Que si el amor, que si la pareja, que si a mí me parece y a tí no ¡Qué lástima de tiempo y qué desperdicio de energía! Y el caso es que hacemos propósito de no volver a hablar más de bobadas. Sí, pueden ser bobadas las cosas más nobles cuando se las reboza en bizantinismo y en inoportunismo. Y en nuestras tertulias a veces nos hemos degradado todos mucho, de muchas maneras, sobre todo con concesiones a una pereza de pensamiento. Y también por no haber tenido la enérgica hombría de atajar temas insensatos que, por principio, están condenados a no poderse comunicar. Hay que irse, hay que aspirar aire de primera mano. La perspectiva lo es todo. Y en Alcalá de Henares muy poca perspectiva me parecen, digamos, las pláticas del Abad y los acuerdos del Pleno del Excmo. Ayuntamiento. Tenemos que servirnos de esa “voluntad segunda o refleja” de comprometernos a un programa en que se nos obligue a librarnos de la miopía mental. Y en nuestra ausencia lo que ocurre es que todo mejora. Nunca pasa nada. Y si algo pasa, ¡es positivo! ¡Y pensar que estando en casa no se puede uno abstener de leer el periódico todos los días! La vida es tan estúpidamente larga para tantos cometidos; y tan terriblemente corta para tantos otros. Acertar es la ilusión en la que nos consumimos. Es confortante la paz y la clarísima convicción que se disfruta estando solo, separado de la cotidianeidad. A veces se añora lo menos valioso, lo que forma la cáscara de chatarra, la quincalla mohosa del alma nuestra. Y eso es lo que hay que superar. Si digo que echo de menos los bizantinismos que desmadejamos en nuestras tertulias, no sé si me hago un favor o un daño irreparable.



Cuando falta la acción todo se transforma en burbujas de impotencia, de estéril banalidad. ¡La de veces que nos hemos enredado en las minucias más recónditas de tal o cual aspecto, de tal o cual matiz! Todo era pura falta de aire, falta de espacio, de visión perspectivística, de realidad, de vida! No hay más remedio que zafarse de eso, ... de eso tan nefastamente cautivador como es la familia, y los amigos, y las capillitas donde los mayores brillos del genio de cada uno son fogonazos crepusculares de simple impotencia opaca. La gente no importa, pero molesta. A mí, cada vez más. Cuanto más desprecio a las masas, cuanto más seguro estoy de la irreconciliabilidad de sus principios y los míos, cuanta mayor es la distancia que nos separa, y más transparente es la convicción mía de que jamás su falta de estilo podrá dejar una levísima impronta en mi alma, en mi personalidad..., más me horroriza el daño inmediato que me pueden causar; y más me molestan. La gente no me importa, no; pero me molesta muchísimo. Y si la molestia crece sin control puede hasta traumatizar las virtudes y la disposición más preclaras de mi espíritu. Todo aquel que no distingue estos dos claros matices, yo me atrevo a sospechar que padece de miopía y que debe ponerse gafas delante del alma. Hay que salir de casa, de la rutina, de los lazos mostrencos, del achabacanamiento y baratura que se le presentan al espíritu. Hay que ensanchar y profundizar la perspectiva. Esto duele como toda cura que se hace en una herida fea; pero cauteriza. Necesito curarme con silencio la gravísima enfermedad contraída, por ejemplo, en las desparramadas tertulias en casa del ya dos veces doctor y farmacéutico Ramón González Navarro; necesito unos ejercicios intensos y dilatados de abstinencia conversacional. Ponerme a régimen estando en casa me llevaría a romper con toda la sociedad, extremo a todas luces desproporcionado. Por eso hay que separarse, desglosarse y administrarse por vía cutánea, total, que cubra la superficie extendida de la lámina del alma, este fármaco de la soledad y del silencio. La vida en cualquier ciudad media española puede hacerse insoportable: El enanismo mental ibérico estrangula. La falta de horizonte distante achata todos los planos. Y por eso hay que salir de allí. Hay que

evadirse de la familia y de las charlas nocturnas donde se barajen los temas inevitables a la medida de la vanidad y del caciquismo de cada uno de nosotros, los interesados. Somos cobardes porque nos revolcamos en cuestiones manidas y porque nos recreamos en presupuestos de corto alcance, para estar así seguros de que nuestra incompetencia no va a quedarse corta. ¡Cuánta especulación presuntuosa e inútil sobre cosas y personas! Vergüenza me da cuando recuerdo las veces innumerables que... siempre por ejemplo, en casa del ya citado Ramón González hemos comentado la reacción de tal o cual mozuela ante nuestros alardes de virilidad intrascendente. Me lleva a casa de nuevo la esperanza de mudarme a mi vivienda más o menos definitiva; y de organizar mi biblioteca; mis teléfonos; contar con mi coche dispuesto siempre [o en su defecto, con coches alquilados convenientemente] y con preocuparme de mis bienes con los que pueda obtener una mensualidad decorosa. Los días que haga bueno, al río y al monte a hacer ejercicio físico; y en casa, a leer, a estudiar, a escribir, a cartearme con literatura de amor en unos cuantos idiomas con tanta criatura remota, inaccesible sobre el papel pero siempre posible. Y procurar durar también lo más conveniente en ese mundo de pureza y de economía. Quiero después de cada viaje hacer borrón y cuenta nueva, y que los demás olviden de mí las torpezas de mi pasado. Quiero renovarme del todo y empezar desde el principio cada día. Todo esto pretendo hacer cada vez que culmino un viaje. Y llego a casa con miedo de tener que usar la violencia si quiero mantenerme en mis principios. Quisiera aprender música. Tal vez en Alcalá podría hacerlo. Aprender a tocar el piano o la guitarra. Por lo menos aprender bien el solfeo y aprender a leer música lo mismo que se aprende un idioma. Mi ideal sería saber tocar la trompeta. Pero aprenderlo donde mis paisanos no fueran testigos de lo arduo de la empresa; y llegar luego a casa con ello adquirido. Y para ello hay que irse; hay que salir y centrifugarse y regresar como un hombre nuevo. Se va uno de casa por una temporada para someterse a una cura de silencio. ¡Cuántas explicaciones se dan en vano en el hábitat donde se vive y en medio de la comunidad en que se mueve uno! Llegar a casa

es tanto como aceptar, saber de antemano, que se va a envenenar uno con el ambiente caciquil y entontecedor. Llegar a casa es enredarse en bizantinismos, someterse a los problemas hondos de uno y enfrascarse de propina en las opiniones de los demás. La gente en España, todos, la familia, los amigos, los conocidos..., están esperando que lleguemos para darnos una ducha de tonterías y mediocridades. Y además, la papanatería y la incompetencia en el orden práctico, de las cosas de cada día. Sirva de ejemplo lo siguiente: He dicho a multitud de conocidos y colegas –no hay que esforzarse para estar en el secreto– que tengan la bondad de avisarme, o señalarme, o escribirme, o notificarme como sea, que han visto tal o cual reseña de mi Dylan Thomas [por citar lo más reciente]. En este momento algo así como doscientos ejemplares se han enviado a rotativos de todas las clases, en España solamente. Arriesgaría lo más valioso y apostarí a que más de uno ha encontrado algo en algún papelucho, revista, etc. Ninguno hasta ahora ha transmitido el recado. Seguro que lo más brillante que se les ocurre luego es decir: “¡Hombre, nunca pensé que te pudiera!”... o “Creí que ya lo sabías”... o cualquiera de esas vaciedades.

Este pasaje de mis ocho semanas en Passau, asistiendo durante los meses de mayo y junio 1972 a un curso en el Goethe Institut, lo estoy escribiendo nada menos que en noviembre 1997, o sea, con la imponente mediación de más de un cuarto de siglo. Eran bastantes las reflexiones, más o menos conexas, más o menos a modo de retazos de flujo psíquico que conservaba por escrito en el reverso de folios de multicopias de tamaño especial, amarilleando ya de vejez. Sé que en Passau además de los pormenores concretos del día a día, mi alma experimentó secuencias agrídulces de penitencia y de regalo; de complacencia y de mortificación. Mi futuro era una nebulosa absoluta. Había cortado por completo las amarras con el mundo de Norteamérica en que durante diez cursos me había desenvuelto con síntomas de completa estabilidad, y ahora me hallaba en Europa, de momento gratificándome a mi manera y en plan personal con este curso básico de lengua alemana, la culminación de cuya segunda mitad y sanción correspondiente mediante los oportunos exámenes, y

si hubiere lugar la expedición de un título, se celebraría allí precisamente, en Passau. Aquello me mantenía con la mente tensada, ocupado a fondo. Pero la gravidez de mi pensamiento bien puedo entender ahora que me propiciara la retahila de reflexiones y glosas que fui pasando en un buen manojo de holandesas. Al tenerlas ahora delante transcribo la mayor parte de lo allí redactado; algunas cosas, las menos, carecen de sentido y han quedado excluidas; otras más, las he modificado en algún término para hacerlas inteligibles al lector de hoy y aun a mí mismo. Cuento con la “coacción” del lector, con su complicidad comprensiva. Por mi parte escardo en lo que puedo, me reintegro al estado de ánimo que mi sentido de la proporción y de la equidad me permiten inferir como auténticos en aquellas épocas. Necesito superar, poner a punto, en orden, varios episodios de la década de los setenta para proseguir ya mi camino de los grandes viajes posteriores por Suramérica y Asia. Descubro para mi sosiego responsable, al tiempo que para el acicate de esfuerzo que supone encontrarme con esta gavilla de papeles repletos de reflexiones,... descubro una vez más que si se pretende que el futuro nos fructifique, debemos dejar asegurada la herencia del pasado.

Esta digresión de varias páginas prácticamente se me ha colado por sí misma en el punto en que dejaba informado al lector de mi tremendo fracaso con la buscona de Düsseldorf. Me encontraba, pues, al principio de todo, y aunque mi aplicación con el curso de alemán requería prácticamente la instrumentación de todos mis recursos, me faltaba el componente de eterno femenino, “das Ewigweibliche”, para sentirme varón, persona, criatura animada. Las sublimaciones, ya digo, tenían una resuelta y dinámica alianza con el hecho de que había que aprovechar el tiempo al máximo; había que examinarse, había que superar dignamente las pruebas, y eso reclamaba y comportaba la primera y la máxima de las prioridades..., y en el espectro de mis posibilidades se hallaba, qué duda cabe, la de prescindir de mujer durante el tiempo que durase aquel curso.

Pero la cuestión era otra. Hay cosas que uno debe hacer por

estética, por rebeldía contra la sinrazón, contra el bío-topo hostil. Y hostil encontraba yo el hecho de que Passau no contara con casas de putas, con una, quiero decir, por lo menos; lo mismo que Konstanz... Un miércoles por la tarde –recordemos que no teníamos clase– me decidí. [“En un Banco de Passau la empleada me dice que no conoce los billetes nuevos españoles de 1.000 (mil) pesetas con el grabado de..., y sin embargo tenía muy presente el de los Reyes Católicos. ¡Qué cosas!” He transcrito literalmente esta nota que aparece entre los folios de divagaciones y apuntes ya mencionados. No engarzo ahora la necesidad o la conveniencia que yo entonces tuviera de hacer transacción alguna con dinero español, ya que la divisa con la que de oficio me movía era la norteamericana en las dos versiones USA o canadiense] Pasé a Austria por la frontera de Passau, la que estaba allí mismo [luego me enteraría de que la de Neuhs-Schärding, a 18 kilómetros al sur era mucho más conveniente], y siempre siguiendo el curso del Danubio discurriendo cerca, o a través de Oberzell, Iochenstein, Engelhartzell, Aschach, me fui encaminando a mi destino. Recuerdo que ya próximo a Linz, en la localidad de Ottensheim, arrancó a llover con intensidad, añadiendo una penalidad impensada al hecho de tener que conducir en un ámbito desconocido, y valiéndome de un instrumento tan endeble como todavía era mi alemán. Mis posibilidades de orientarme en Linz eran precarias. No puedo recordar si yo entonces llevaba alguna dirección concreta, o por lo menos la de cualquier barrio o sector de la ciudad, que ya por aquel entonces se acercaría a los 150.000 habitantes y se mostraba a los ojos del que por primera vez la visitara como un problema a tener en cuenta. En estas reflexiones iba yo engolfado cuando al borde de la calzada veo a una mujer que sin esgrimir los gestos típicos del auto-stopista, por su ademán, por su mirada como de expectación interesada y por la inequívoca perentoriedad de su situación..., quiero decir, que se estaba mojando, intentando como compactarse en sí misma, encogida de cuello, con los brazos cruzados agarrándose los hombros, y con el pelo alisado ya por el agua... Paré el coche y la abrí la puerta. Sobraban explicaciones. Me sonrió huidiza pero algo

expansivamente. Era una joven de unos treinta años, de físico nada despreciable, que a medida que fue arreglándose y normalizando su compostura dejó resaltar los atributos conciliadores y hasta atractivos de su persona. Intercambiamos los saludos tópicos de rigor. En casos así yo percibo un enardecimiento de mis recursos lingüísticos, una inusual soltura. Y aquella ocasión probó largamente lo que digo. Me comentó la chica que... iba a Linz naturalmente; que había perdido un autobús hacía tan sólo unos minutos. Por mi parte me di maña nada menos que a decirle mediante los circunloquios más a mano de los que me pude servir, que... eso, que iba a dar una vuelta y a procurarme la compañía de alguna chica en casa o lugar destinados a tales menesteres. Mi amiga me comprendió. Yo más bien creo que desplegó toda su voluntad de compasivo entendimiento; que se percató por mis explicaciones de que yo encarnaba una persona pacífica y poseedora de tendencias absolutamente tolerables y esperables. En cuestión de minutos, en el corto rato que duró nuestra conversación, me gané su confianza, tanto que... se avino a guiarme ella misma, a conducirme al sitio pertinente. Es algo confuso mi recuerdo sobre los detalles que se sucedieron. Puedo precisar que entré en la casa, vagamente mantengo en la memoria que llegué a una habitación, que vi a una chica alta, desgarbada, con ligueros blancos. Por lo visto no se disponía de más mercancía en aquel momento. Quiero también recordar que mi alma experimentó una sensación..., si no de disgusto, por lo menos de falta de agrado..., y que me fui, sencillamente me fui, no sin antes poner a prueba mi repertorio de frases corteses que pudiesen hacerse cargo con solvencia de mi falta de interés. Supongo que mi alemán era lo suficientemente expresivo como para prestar un tono de convicción a mi desistir de tener un cuerpo a cuerpo de intimidad. Debí de decir, por ejemplo, que sólo había ido de paso; que no disponía de tiempo; que probaría en otra ocasión, etc. Aquella casa de putas de Linz, a la que ya nunca tendría oportunidad de regresar, se me aparece en la historia de mis recuerdos como algo eminentemente surrealista, grotescamente asumido. De todo aquel escenario de viaje, de paseo por Austria, de curiosidad del mejor cuño por saber cómo era un

burdel austriaco, concretamente de Linz, me queda, primero, la decantada y abultada evidencia de que lo existente en Konstanz, por ejemplo, era infinitamente mejor; luego, y ya a nivel personal, vivencial, íntimo, como patrimonio de mi vida recordada, de mis detalles surtos para siempre en el pasado inalterable, me queda una visión desdibujada, un dintorno de mujer algo grandaza y desangelada, con ligeros blancos, gesto conciliador pero aburrido, indiferente. Me fui, salí, y al encontrarme de nuevo en la calle reparo para sorpresa mía que mi amiga... llamémosla auto-stopista, sigue allí, un poco alejada de la puerta [supongo que por pudor y con el fin de evitar interpretaciones torcidas], pero allí. Me dice que, dada mi condición de forastero, había decidido esperar a ver en qué acababa mi visita al santuario, y que, como ella había anticipado, el sitio no me habría de gustar. Me dijo que no había querido influir en mi decisión, pero que no se extrañaba. También me dijo que existía otra casa..., en un sector de la ciudad, quiero recordar, más alejado, y que..., salvo si yo realmente tenía el capricho imperioso de procurarme compañía, pues que ella me acompañaba, y me dejaba allí definitivamente. El caso es que se iba haciendo tarde y se me habían quitado las ganas de dar bandazos. Estos ejemplos ilustran una vez más y a las mil maravillas que eso que vulgar y genéricamente se entiende por sexo no puede evitar por necesidad ontológica ir acompañado de una cohorte, variable según los temperamentos y la urdimbre de cada personalidad..., de una cohorte de instancias interactivas, anímicas, emocionales, empáticas y espiritualizantes. Y la prueba es que cuando éstas decaen, o desaparecen, todo el asunto deja de tener sentido. En mi caso la experiencia turística, la novedad de la vivencia en que había incurrido, aun el propio encuentro con mi amiga de circunstancias, allí presente, me habían enervado el enardecimiento sexual y lo habían prácticamente apagado, dispersándolo por todas estas otras realidades disuasorias. Mi amiga me dijo llamarse, creo, solamente me atrevo a aventurar lo más parecido a una instancia voluntariosa de memoria..., Gensel, o algo así, y ya era cuestión de acabar la velada de la manera más cívica posible. La invité a cenar conmigo, a lo que ella aceptó,

aunque puntualizando que sólo tomaría algo, pero que la complacía acompañarme. Lo que sí recuerdo claramente es la lección cordial y bondadosa que de esta mujer recibí yo en materias de etiqueta. Llegados al restaurante instrumenté como mejor pude alargar el brazo, empujar la puerta y pretender que Gensel procediera en primer lugar, a lo que ella, sonriente y en el secreto de que a mí podría parecerme chocante, me dijo el equivalente en alemán a: “Sé cortés, pasa tú antes”..., con el contenido añadido de... “así comprobarás si el camino está expedito y me invitarás a pasar a mí libre de cuidados”. Confieso que aquélla fue una de las lecciones más plásticas y que con mejor convicción y agrado recibí mi conciencia. De nuevo se evidenciaba la falta de criterio del españolito que, confundiendo valores, entendía a ultranza como cortés y caballeroso lo que estas gentes con un sentido mucho más real y más operativo tachaban de improcedente. Estaba claro. Se supone que el hombre es el salvaguardador de la integridad de su compañera, de la porción de “bello sexo” con que en cada caso coincida. El aparente donaire de permitir, más bien, de instar mediante la maniobra inequívoca que sea, a que la mujer entre la primera en un sitio, cruce la primera un umbral, proceda la primera hacia un cualquier ámbito, contiene la objetiva memez de hacerla tomar contacto, también en primer lugar, con lo desconocido, con lo azaroso, acaso obnoxio. Tuvo que ser una chica austriaca la que de manera tan galanamente espontánea me confirmara lo que ya mi sentido de la propiedad y de la congruencia había barruntado. El español suele... o pasarse, o no llegar. Acostumbramos a carecer de ese toque de utilitarismo benéfico que dispensa su propia estética con sólo desprenderse, con sólo tener lugar. Aquella cariñosa y puntual reconversión de... [hemos quedado definitivamente en que se llamaba] Gensel me puso en la pista de tales cuestiones y reconfirmó lo que yo, supongo que entre muchos, bien teníamos confirmado, aunque siempre a falta del predicamento de la autoridad de los otros. Ya no recuerdo nada más. Quiero regalarme la vaga posibilidad de que Gensel me dijera que era una mujer casada que tenía que atender las obligaciones de su estado. Es lo único que se me ocurre ante la



total ausencia de otros datos. No conservo dirección ninguna de aquella mujer, ni rastro, ni instancia desde la cual hubiese yo podido reintegrarme a su curso. Sospecho que mi alma entendió aquello como un incidente generoso y puro, desligado de cualesquiera otras incumbencias; que lo asumió como un factor necesario pero prescindible por completo del volumen, en general, del suceso de mi visita a Linz. El regreso a Passau, ya de noche pero sin lluvia, se desarrolló con la normalidad esperada.

Estamos donde estábamos. El curso iba ya bastante avanzado, nos hallábamos en el último tercio. Los motores estaban engrasados, sabíamos a qué atenernos; las dificultades de la lengua alemana admitían rangos. El noviazgo de la chica belga con el norteamericano parecía ir viento en popa. Él, muy seguro de sus sentimientos, apoyando la posible peligrosidad de sus asertos en toda la praxis de su país, confesaba que no estaba hecho de... lo que, de otra manera, y muy al estilo norteamericano, le hubiera impulsado a... “to marry the girl next door” (casarse con la vecina). Y así ella, la belga, la bella Giselle hasta nos llegó a decir ya un día que pensaban casarse en un futuro próximo, tal vez al final del curso. Ante tal declaración de intenciones, más o menos futuribles, él, el norteamericano, no pronunciaba palabra: Se sonreía omnipotente, confiadamente. Una vez reparé, bastante al principio del curso, en una chica ciertamente bella, y a la que oí hablar español. Dejé de verla durante tiempo, quiero decir, de coincidir, pues ni aun a los desayunos [que, como expliqué se hacían en la sede del Institut y eran una buena ocasión para echar un vistazo panorámico a todo el personal]..., ni aun a los desayunos me pareció que asistiera ella durante algunos días. Me enteré de que era de Venezuela, y que se llamaba Mónica. Mostraba una actitud reservada, con cierta carga de melancolía. La consideré como mi última revelación. Sólo charlé con ella un par de veces. Otro par de veces más me la crucé, yo en mi coche, ella andando pues, según también me enteré, se hospedaba en un barrio por el que yo pasaba hacia y desde el Instituto. Me dijo que no, que no tenía nada que motivase esa melancolía. Doble belleza –pensé yo– cuando las cosas

emanan así tan por las buenas. En unos minutos fugaces la dije que aunque no la volviera a ver más siempre tendría en mí perenne vigencia lo que de único e irrepetible le dedicara ella al alma mía. Seguro que habrá pensado más de una vez en mis palabras. Tuvo que ser alguna jornada de éstas en que todas las existencias de sublimación se convocan y le mueven a uno a escribir, a poner grilletes literarios a dichas emanaciones tan libres y tan alicortadas. Y así, en un raptó de impotencia vital y de exaltación onírico-literaria produje este soliloquio pensante, esta muestra de flujo psíquico al que tuve la fortaleza de ánimo de titular:

“Mónica o la penúltima ilusión de un sueño”

“¡Ah, eres tú, Mónica! ¡Qué casualidad! El mundo, el mundo entero es una casualidad. Todo es una casualidad. El encontrarnos tú y yo ahora es otra casualidad. No, no te vayas. Hagamos de esta fugacidad algo duradero. Ya sé, ya sé que te preguntas muchas cosas. Pero créeme, créeme. ¿Qué pierdes por creerme? Aquí, viviendo unos minutos irrepetibles; aquí donde lo más hondo y más comprometido que me atrevería a decirte es: ‘Mónica, sé que tal vez no te voy a volver a ver jamás’..., ¿para qué iba a decirte una mentira? Estemos, pues; seamos los dos juntos una gota de azar y no pongamos la proa a lo que nos ha llegado tan felizmente. Te sonríes, ¿verdad? Yo también. Y esa sonrisa tuya le dice a mi alma que me has comprendido. Si supieras lo que he pensado en tí, chiquilla. ¿Que por qué? Por todo y por nada. Por verte cuando te he visto. Por imaginarte, si no. Te ríes, ¿verdad? Yo también, pero sabes que es cierto. Claro que lo sabes. Ven. O déjame acercarme un poco. Déjame mirarte esos hoyuelos que siempre acompañan a tu risa. Oh, pues claro que son especiales. Los recuerdo desde el primer día, ¿te acuerdas tú?, cuando nos encontramos desayunando en la misma mesa. Tú te reías, te reías de mis cosas, como una chiquilla colegiala con un juguete. [No, por favor, no te retires. Quédate como estás]. ¿Qué vi yo en ti para hablarte como te hablé? No lo sé, Mónica. No se sabe nada. Las cosas ocurren o no ocurren. Ocurren como ahora que nos hemos encontrado,

quizás por primera vez o por última. No se sabe. Las cosas ocurren. Te reías, digo, de las cosas que te decía yo. ¿Y nada más, Mónica? Dime la verdad, la verdad, que no cuesta nada. ¿No es verdad que por todo lo que yo he pensado en ti tú también has pensado en mí algo? ¿Para qué negarlo? ¡Es tan bello tener un momento de sinceración! Yo me estoy sincerando contigo y a veces me golpea la duda de si no estaré... Pero no, Mónica. Tengo que creer en ti. Quiero creer en ti. Eres hermosa. Ya ves, todavía eso no te lo había dicho. Sí, y cuando me miras con esa cara tuya de alegre melancolía como ahora, como ahora me estás mirando, Mónica, oh, Mónica, tú no sabes cómo eres, lo que tú eres, cuánto eres para mí. Tú dirás que es muy pronto para eso, para que yo esté seguro. No lo es, Mónica. Las cosas que cambian el universo ocurren en cuestión de segundos. Tú me llenaste en menos de un segundo también. Y ahora ya no sé si pienso en ti, en el volumen de tu corporeidad o en el límite de tu alma. ¡Qué cosas digo! La verdad... Siéntate, Mónica, mira: Esta mano tuya que yo tengo entre las mías... No te rías, Mónica; si no sabes lo que te voy a decir. Esta mano tuya comenzó siendo para mí algo neutro, algo con lo que untabas la mantequilla y la mermelada... Sí, sí, claro que era así, ¡aunque te rías! Y ahora es una maravillosa realidad que no termina de realizarse, que se produce y se consume y se perpetúa. Así, te beso las manos, Mónica, y te aseguro que me parece estar haciendo algo sagrado, como un muchacho que tomara su primera comunión. Y la primera vez, esa inigualable primera vez que me dedicaste una sonrisa, a mí solo, a mí solo –pues naturalmente que tiene esto su importancia, Mónica– y que me dijiste ‘ciao’, ¿a que sí, a que es verdad que tú sabías, que yo sabía, que los dos sabíamos que nuestra neutralidad estaba rota? Dime que sí, Mónica, que lo sabías. Mira, yo soy sincero, tal vez no nos veamos más. La mentira no arreglaría nada. ¡Y es tan bonito decirte la verdad, estar así contigo, traídos, encontrados, reunidos por el azar!... Reclínate aquí, así, Mónica, déjame contemplarte. Tú eres para mí una categoría, no una anécdota. ¿Y tus cambios de vestido? ¿Sabes que me acuerdo de ti con cada vestido que te has puesto? ¿Sabes que los recuerdo todos: Tu jersey

naranja, tu conjunto de negro, tus pantalones como de cuero marrón-rojo; tu pull-over color perla claro; tu jersey verde; tu traje blanco? ¿Y qué es esto, Mónica, sino que estás muy cerca de mí, y muy dentro, aquí: No tengas miedo, aquí, toca sin recelo, aquí en mi corazón, pero dentro, dentro, donde sólo hay sitio para la sinceridad? ¿No lo notas, no sientes mi corazón desbocado? Y es todo por ti, por ti, que cuando te miro veo en tus límites contenido todo mi mundo. Échate así, aquí, Mónica, ¿ves?, qué verdad es lo que digo, que al lado tuyo mi mundo eres tú, esta hermosísima planicie curvada aquí y aquí y allá de tu corporeidad; y a distancia, tu recuerdo, la memoria que me queda de todo lo tuyo. Pero sí, ya es tiempo, ya es sazón para que el tema, la gran palabra *amor* aparezca en toda su frondosidad de sentidos. Todavía te queda una sonrisa mitad burlona, mitad curiosa, Mónica. Todavía desconfías de la realidad. Y la realidad somos tú y yo, un mundo radiante que comenzó cuando tú me sonreíste y mi alma sintió la primera promesa, la primera revelación. Así, así es mejor: Ese semblante tuyo me anuncia la aceptación, y estas manos mías quisieran ser las portadoras de la fragancia total que al contacto de tu piel se conjura. Mónica, oh, Mónica, sí, es verdad, verdad es todo lo que cruza tu frente; verdad es todo lo que anega mi corazón. Tú y yo, ahora y siempre, aquí y en todo lugar, ensanchados y divinizados por la plenitud de un momento, ido, repitiéndose, continuándose en pura eternidad. Ven, ven, deja, tiéndete, yace extendida, abierta, oh ribera, oh dulzura sin orilla, oh purísima realidad de tu forma. Oh, momento de nupcia. Así, rendida. Así, entregado. Uno y todo. Amor mío, amor mío...”

Dos de mis antiguas enamoradas, María Eugenia y María Manuela, se circunscribieron fugaz y heteróclitamente con el mundo de vivencias en que fue discurriendo mi tiempo en Passau. A María Eugenia le dediqué la siguiente nota:

“Ahora que parece distanciarse todo, éste parecería el lugar para las expresiones de ruptura o de indiferencia. Y sin embargo necesito decir que no he dejado de quererte nunca; tampoco ahora.

Ahora mucho menos que nunca. Tú te separas y yo te sigo queriendo plenamente. Y si tú dejas por completo de pensar en mí algún día, no te importe. El amor mío es suficiente para compensar la falta de amor tuyo. De cualquier forma mi amor me unirá siempre a tí. Y si algún día piensas de otra manera, ten por seguro que yo estaré esperándote y queriéndote como siempre y como nunca”.

Los términos en que está escrito este billete no pueden ser más supurantemente insalvables con arreglo a la óptica presente. Pero no he querido modificar su tenor ni desvirtuar su particularidad histórica. Desconozco si se lo llegué a enviar. Entre nosotros todo había definitivamente naufragado, y por mi parte sólo se podía tratar de algún que otro ejercicio de retórica de laboratorio. De María Manuela recibí una carta. Según me dio a entender, había leído mi ensayo sobre el romance “Angélica y Medoro” de Góngora que, por lo visto, le había yo enviado..., y me decía que “de la mano mía quería adentrarse en el conocimiento de la literatura española”, o algo por el estilo. Tampoco volvería yo a ver nunca más a esta criatura. La historia de nuestro culmen y de nuestro definitivo desglose ocupa una viñeta separada de mi serie *Mujeres, lugares, fechas...*

Y estamos de nuevo donde estábamos. Los días, sucediéndose. Mi cerebro, ejercitándose a tope en todas las cuestiones académicas. De lo otro, de lo que también interesaba, del asunto de... “hembra placentera”, nada de nada. Uno de aquellos días me ocurrió algo en extremo curioso, sobremanera inusual e interesante para los parámetros de conformidad y previsión en que discurrían mis menesteres discentes en Passau. Y ello fue lo que he dado en llamar el verdadero primer escozor lírico autóctono, casero; o sea, venido a mí de moza alemana local con todos los predicamentos que la cosa implica, con todas sus contradicciones, sus sutilezas y, en definitiva, su inviabilidad. Estaba yo comiendo, junto con un grupo de hispánicos, en una fonda o ‘casa de huéspedes’ de las concertadas con el Instituto para los estudiantes, y en una mesa en la que ya se hallaba sentado, cuando yo llegué, un alemán, rubiales, con cara bonachona y

como de unos 35 años [luego me diría también tener 31]. Mis amigos los hispánicos que habían empezado antes, acabaron su comida y se fueron. Así, quedamos en la mesa el alemán y yo. Como nos había escuchado –sin entender, por supuesto– nuestros acalorados comentarios sobre lo que fuese, el hombre estaba entre sonriente y curioso. Así, al quedarnos solos, el iniciar la conversación fue inevitable. Chorreaba su compostura una naturaleza de buena persona. Y además, aunque del campo [todo esto me lo iba contando él] hablaba con cierta finura y exactitud. Y entendía bastante bien, supliendo mi deficientísimo alemán y mi menguado vocabulario, con su sagaz y natural imaginación. Siempre animado por la buena disposición que manifestaba mi... amigo y por la cada vez más creciente confianza que me prestaba, después de expresarle como mejor pude, pero ya con cierta desenvoltura..., que me gustaría proporcionarme, eso... compañía de hembra [esto bien que lo recuerdo], me dice en plan sentencioso, aunque siempre pausado y sonriente..., me dice, me indica con el dedo señalando la mesa, tecleando la mesa, me dice que me parece entender que me dice algo de “Ort”... ¡Ah, claro! Lo que me quiere decir es que tal vez por estar con él, por la mera coincidencia de haber hablado con él, de habernos conocido y de hallarme yo allí, en aquel “Ort”, sitio, lugar específico, que acaso por eso pueda yo resolver mi problema. En plan semicríptico, semi-revelador el mozanco me sugiere irme con él, o sea, seguirle yo en mi coche a él en el suyo, a su casa en un pueblo a unos 40 kilómetros de Passau, en dirección a Checoslovaquia. No llegué a anotarlo pero creo que se trataba de Freyung. Me dice que me quiere presentar a su cuñada. Me sigue diciendo con un punto de confidencialidad cómplice que allí en su lugar se celebra ese mismo día una boda y que tal vez fuera una ocasión oportuna... ¡qué sé yo de qué! Poco tuve que consultarlo con mi conciencia. Era sábado, tenía tiempo, dinero, salud, ganas... y sobre todo, curiosidad. ¡Venga, vámonos! Le seguí unos 40 kilómetros. Llegamos a un distrito rural del mencionado pueblo Freyung donde mi amigo Hans [ya nos dijimos nuestros nombres] vivía con su mujer y un par de hijitos. Su

cuñada, la hermana de su mujer resultó ser una chavala de 18 años de afortunada presencia. Rubia, alta, recia, discreta y sonriente, algo tímida. ¿Qué ocurrió durante el tiempo de la velada? Nada y todo. Adivine el lector. Hans me consta que se encargó de hacer mi artículo; me consta que ponderó mis calidades humanas y todo lo que por vía de... intuición surrealista le hubiese dado tiempo a inferir respecto de mi persona. Las dos hermanas, la mujer y la cuñada de Hans, respectivamente, me miraban como a un bicho pendiente de clasificación, amables, esbozando sonrisa tras sonrisa que yo me esforzaba porque se alargase y se transformara en risa mediante los aspectos más seguros, más fiables de mi elementalidad racial. Hice de todo: Ensayé chistes dentro de la poquedad de mi manejo del alemán; pisé con más gallardía y más tino cuando a la primera insinuación sobre música y canciones me puse a interpretar algunas melodías internacionales dentro de mi prácticamente interminable repertorio..., y siempre contando con la pauta del gusto y de las preferencias de mis anfitriones. Ahí sí, ahí de una vez demostré los frondosos y afianzados recursos de ese aspecto de mi idiosincrasia. Les canté en español, en francés, en alemán. A Matilde [tal era el nombre de mi ‘novia’ desiderativa tan de circunstancias]..., a Matilde le sonaba entre otros, Miguel Ríos..., es curioso, acentuando la pronunciación con diéresis de la *u*. Me ofrecieron toda clase de atenciones y cosas de comer que yo, salvo una taza de café, decliné con lo mejor de mi expresividad. Ya dije que yo disponía de tiempo, de dinero, de salud y de curiosidad en proporciones superiores a las que pudieran concurrir en todos ellos juntos; y si estaba allí era por eso, por el componente *curiosidad* y caía de lleno en esa condición o categoría de “no tener nada que perder”. Así que aguanté como pude el tipo y acepté de buen grado dejarme llevar por los acontecimientos. Matilde, a todo esto, se cambió de ropa. Se puso pantalones de pana rosa y una blusa ceñida y de escasa opacidad que resaltaba la franja de sujetador negro. Su pelo, en disposición como de aliño, era una alfombrilla rubia y lisa que ponía fronteras a su mejilla sonriente. No recuerdo más de aquella velada. Sólo que regresé a Passau con el corazón henchido de

expectación y, bueno, aunque repetido, siempre de... curiosidad. A los pocos días me atreví a escribirle a Matilde una carta en alemán. Mis notas conservan lo siguiente, que transcribo:

“Liebe Matilde: Es freut mich sehr dich kennengelernt zu haben. Du gefällts mir sehr. Vielleicht weiss du es schon. Du fragst dich: Was für ein Mann Tomás ist? Was glaubt er über mich? Ich antworte: Seit der Tag wann wir treffen uns, habe ich an dich inner gedacht. Warum? Du treue und gut siehst mir an, und ich liebe diese Fähigkeiten. Ich kenne dich nicht. Du kennst mich auch nicht. Aber ich meine, dass zwischen dir und mir gibt es etwas geistig. Hertzliche Grüsse.”

Por supuesto que este engendro de misiva supuso para mi un reto especial, el de intentar expresarme por escrito en alemán, nada menos que mediante una carta de amor. Siempre bajo el afán de practicar y de intercambiar vocabulario relativo a áreas diversas de conocimiento y de experiencia aprehensible, recuerdo que le enseñé la carta confidencialmente a Frau Zieske, a la que al mismo tiempo concedí la señalada satisfacción de sentirse sagazmente experta al imaginar y adelantar los términos que constituían más o menos la totalidad de la frase tan estereotipada y tan predecible de... “desde el mismo día en que nos conocimos”... La mujer se reía satisfecha de que algo local, algo *alemán* cien por cien, un producto de tanta garantía como una chica joven, hubiera agudizado mi ya decidido entusiasmo por... las cosas de Passau, de su patria. Conservo entre mis apuntes una nota que paso a transcribir:

“He escrito una primera carta intimista, en alemán, a Matilde. La sensación es siempre terriblemente la misma: De inseguridad, de balbuceo; de estar haciendo el canelo manipulando torpemente las pocas palabras ordenadas de que uno pueda echar mano. En esta primera carta he arañado valientemente las estribaciones de lo abstracto, con un par de términos de diccionario que, bien seguro, no estarán acusados en la epistología diaria de estos prójimos. ¿Qué dirá; qué pensará Matilde? Pensará mucho pero no contestará, no dirá nada.



Se quedará extrañada. En estos países tan ejemplares nadie tiene tiempo más que de hacer el borrego, produciendo una tremenda cantidad de energía para la nación y quedándose ellos con la personalidad maltrecha. Así el espectro de cosas y ocurrencias espontáneas que no les sorprenda es cada vez menos. Casi todo lo natural, lo humano, lo que nace y se produce sin intermediarios les deja perplejos. Lo no preparado ni mediatizado o dirigido hacia un fin social les choca. Y Matilde, la bella rústica, no será una excepción. Y no porque le falte el barniz sibarita de la *kultura* [la moza no ha hecho más que la escuela elemental, y al presente trabaja en una fábrica de condensadores, me dijo], sino porque tiene que ser necesariamente así, fatalmente así”.

En un orden puramente práctico de mirar las cosas, y en la improbable virtualidad de que Matilde... bueno, eso, aguantara el tirón... y me diera sedal, ¿qué? Porque vive a 40 kilómetros de Passau y llegar allí cuesta tres cuartos de hora. Pasemos por alto el detalle de que cuando el gas-oil costaba 8 pesetas litro en España, en Alemania costaba 14. El caso es que lo de Matilde fue un castillo de fuegos artificiales que se esfumó..., con buen estilo, tengo que añadir. Ignoro si en Passau nos llegamos a ver una segunda vez. Creo que no. Desde España, mitad por incumbencia personal, mitad por cortesía hacia su hermana y cuñado, debí de mandarla alguna misiva, si carta, si tarjeta. Pasado algún tiempo recibí desde lo que parecía ser un lugar de vacaciones una tarjeta de Matilde firmada también por un nombre de varón. Agradecí el detalle y el cuidadoso tacto.

(Reflexión que conservo entre los papeles que tuve necesariamente que escribir durante mi tiempo en Passau)

“ ‘También Dios saca el bien de la prevaricación humana y hasta de la angélica’. Esta cita, creo que de Balmes (o de Donoso) y que de colegiales comentábamos ilustra a las mil maravillas el sentido de un estilo cierto de conducta. Me refiero a la del, por muchos, llamado “romántico”, “tonto”, o simplemente *loco*, *chalado*. Consiste en la demostración extraordinaria, y a todas luces desproporcionada y

no correspondida, de interés y entusiasmo que en tal o cual sazón de nuestra vida esgrimimos hacia ciertas mujeres. Se pasa por alto algo evidente y a la vez elemental, a saber: Que el hombre, con el fin de forjar su capacidad de ternura, o de generosidad, o de acendramiento..., o de mala leche, no tiene obligatoriamente que tropezarse en su camino con una tal o cual fémina que encarne en la misma medida en la que se propone ejercitarlos él... esos mismos ingredientes de ternura, generosidad, entusiasmo, etc. Si Dios aprovecha la torpeza del humano y del ángel para mostrarnos su infinita sabiduría y comprensión, el hombre mismo puede encontrar – y de hecho así sucede– en una mujer vulgar, insípida y hasta detestable, el yunque exacto donde poner a prueba el temple de su alma viril. Esto nos lleva de la mano a otra cuestión que es la consecuencia práctica de la primera, o sea: Que tal o cual mujer normalmente mal informada se desazona, hasta se indigna, cuando comprueba que un hombre *equis*, de quien se conocen tales actos de virtud pura, gratuita y porque sí, no esgrime hacia ella y con ella los mismos tales primores. Y nosotros muy pacientemente les recordamos eso: Que no por habernos encontrado una vez y otra [o tal vez varias, y arriesguemos a decir que... muchas] en ese estado de santidad no correspondida, quiera decirse que nos debamos encontrar siempre así. Lo normal es ser hombre normal, y como tal hombre normal entiendo que mi ética hacia tal o cual prójima debe ser así, sencillamente normal. Sí, me he comportado así, con tal o cual, en este o aquel momento, porque sí. Pero ello no puede indicar que esté obligado a comportarme siempre de la misma manera. Si por excepción he tenido una temporada de ascetismo a lo santo varón, sea. Pero que no haya en el mundo memos que hagan de ello una norma como lo es peinarse. La mujer que no distinga entre la excepción y la norma, ¡allá ella! Al menos nosotros decimos ¡gracias!; gracias por haberte puesto en mi camino, alma vulgar, criatura anodina, y haber sido la piedra de toque en la que he esmerilado mi personalidad”.

En las páginas precedentes he hablado, mejor, he dejado caer en clave genérica el término ‘hispanicos’ y en un momento creo que

hasta especificué el nombre Emmy, Emma, correspondiente a una chica boliviana. Es correcto. Probablemente como resultado de uno de esos conciertos de ayuda institucional, la República Federal Alemana había asimismo dispensado cobertura esta vez a un grupo de hispanicos, tanto de la América del Centro como del Sur. Por esas circunstancias típicas de empatía y a través de ciertas coincidencias reiteradas, bien en los restaurantes, bien en los recreos, el caso es que frecuentaba yo la conversación con un nicaragüense creo que de nombre Rubén; con un guatemalteco cuyo nombre estoy seguro de no recordar, siquiera para reconstruir por conjeturas; y la ya referida boliviana Emmy. Con esta última y con el nicaragüense Rubén me hice algunas fotos que conservo. En las tres que tengo con Emmy, obtenidas todas del mismo carrete, y hasta me atrevería a precisar que sin interrupción de secuencia, aparece en una la puerta de entrada del edificio del Instituto; y en las otras dos, parte del magnífico prado ajardinado sobre la elevación de terreno o alcor desde donde, por la parte de atrás se divisaba allá abajo la ciudad de Passau. Emmy comportaba la típica chavala, ni guapa ni fea, más bien enjuta, morenísima, cara alargada, escaso pecho, mostrando acusados rasgos indios, como el arco cigomático estirado y algo hundido, en el cruce que sin duda alguna encarnaba su etnia. Creo que tenía veinte años y su comportamiento se adecuaba a un sistema tradicional hispanico y católico, en el sentido más convencional de estos términos. Rubén, el nicaragüense, con el que tengo una foto del mismo carrete, y supongo que del mismo rato de distensión y despreocupación, era de estatura media, más bien menudo, moreno, con rasgos de indio igualmente, pero de semblante agradable. Todo lo que de modernidad o internacionalismo pudiese mostrar su persona, su vestimenta, su forma de ser..., se lo debía a América del Norte, a los USA. No hablaba inglés, pero vestía la típica camiseta blanca en forma de T debajo de la camisa; pelliza ligera y cosas así. Del guatemalteco no conservo foto alguna ni, como digo, recuerdo su nombre. No obstante, retengo tercamente sus facciones de indio..., más tirando a maya..., o a azteca, es decir, a la etnia conformadora de lo que entenderíamos por Méjico,

que a lo de más abajo. Era no muy grande, con bigote, y el pelo revuelto, algo taciturno, pero inteligente, acaso decidido. A mí, de todas las posibles particularidades que, tanto desde la órbita meramente turística, como desde una intención más personal, pudieran concurrir en estos “hispanicos”, lo que más sentía yo como aprovechable para el enriquecimiento de mi colección de vivencias, de mi elenco de encuentros con... cosas distintas, chocantes, lo que más sugería mi atención, era observar el formidable choque entre las todavía poco formadas mentes de nuestros amigos, intelectualmente hablando, y el tremendo reto que suponía enfrentarse con el aprendizaje del alemán. Los tres se hallaban en la primera mitad del primer curso, o curso *básico*, y según mis cálculos pocas cosas podían encontrarse a mayor y más irreductible distancia que la cosmovisión y las categorías de discurso de los hispanicos por una parte, y la opulenta y terrorífica precisión de la lengua alemana, por otra. En alguna ocasión de charla espontánea, sobre todo el nicaraguense Rubén, se refería a cualquier forma de verbo irregular, o a cualquier modismo recién aprendido, como dando a entender que su conciencia, que su entera persona no podría nunca ponerse en contacto con realidad más inigualablemente extraña, más irrepitiblemente alienígena. Según mis cálculos se habrían necesitado años y años de aprendizaje convencional, quiero decir, de asistencia a clase, etc., para que nuestros amigos alcanzasen cierta suficiencia en la lengua alemana.

Una tarde necesariamente de fin de semana o de miércoles me hallaba yo con el guatemalteco; con Rubén el nicaragüense, y con la boliviana Emmy y surgió la idea de pasar a Austria, probablemente hasta Linz, por dar una vuelta o por alguna de esas vagas, imprecisas y suficientes motivaciones en circunstancias así. Muy bien. Yo tenía allí mismo mi coche y los cuatro llevábamos nuestros documentos acreditativos encima. Así que nos dirigimos al paso fronterizo de Passau. Llegamos a la zona demarcada. Nos piden los pasaportes y se detienen morosamente con los de mis tres amigos: El mío me lo devuelven inmediatamente. Ya expliqué al lector que una o dos

semanas atrás había hecho mi primer (y único) viaje a Linz, y que en lo referente a papeles todo estaba en regla. En esto de la comprobación de pasaportes nos tiramos una hora y cuarto según registran mis notas. Sin embargo nos dejan *salir*, por así decirlo, de Alemania y penetrar unos metros más adelante en terreno austríaco. Allí otro aduanero policía, también dentro de un impecable uniforme, nos informa que a los guatemaltecos y nicaragüenses [y obsérvese, *no* a los bolivianos] les hace falta visado para entrar en Austria. Repito: Cosa curiosa, ningún problema por lo que parece con los bolivianos. Regresamos a la parte alemana de frontera y allí, algo así como si hubiesen querido ir dándonos las propinas, los castigos en dosis escalonadas, ¡les dicen ahora que los pasaportes del guatemalteco y del nicaragüense tenían caducados sus sendos permisos de residencia en Alemania! Yo empecé a ver en todo aquello un barullo cuyo común denominador se me apareció con dramática crudeza, a saber: Que si a mí, como español y europeo, me dispensaban en este respecto los miramientos legales que el concierto entre nuestros países demandaban..., a los centro y suramericanos los miraban con la cuota esperable de desprecio que se suele esgrimir por un colectivo rico y pudiente respecto de ciertas naciones de ínfimo rango a escala global. La humillación y el desapego más cruel se estaba produciendo allí, a nuestras expensas, sobre todo a expensas del nicaragüense Rubén y del guatemalteco. Pero la desconsideración más deshumanizada radicaba en el hecho de que los aduaneros alemanes estoy seguro que conocían de antemano todo aquello; que los muy cerdos, después de retenernos “en Alemania” durante hora y cuarto, nos permiten “salir” de Alemania y pasar, si no a Austria, por lo menos a su espacio correspondiente de frontera, para que allí los austríacos ya, bien recuerdo esto, mirasen despectivamente los pasaportes de nuestros amigos, se los devolvieran con gesto agrio, con la única apostilla de un seco “¡Sie brauchen visa!”. Ya en la parte alemana de frontera de nuevo, y descartando el efectuar excursión ninguna a Linz, los muy cabronazos de los policías nos sientan a rellenar un formidable montón de formularios, como si nuestra existencia de súbditos civiles

comenzara en ese momento..., como si hasta ese momento no constara nuestra identidad, nuestra corporeidad. La pretendida excursión a Linz es obvio que no sólo ya no es practicable, a tenor del retraso que está suponiendo todo esto, sino que ha sido la ocasión de que estos tíos alemanes del puesto fronterizo de Passau con Austria se ceban con nosotros. Es de justicia señalar aquí que, ¿puedo decir?, por suerte, nuestra adscripción al Goethe es nuestra mejor garantía de identidad y de protección. Una comprobación de rutina por teléfono al Instituto, en cualquier momento, basta para que respondan por nosotros. Además, tenemos buen cuidado, yo sobre todo, en precisar el lugar donde nos hospedamos. Recalco que mis patrones son los Zieske, etc., etc. Una verdadera lata y una pérdida de tiempo. Pero normalmente, ya se sabe, las penalidades se convocan por simpatía, se reúnen. Cuando ya parece que la tanda de preguntas, de formularios rellenados, de inspección de pasaportes... ha terminado, uno de los policías que está junto a mi coche indica algo sobre las ruedas traseras, quiero decir sobre las gomas, las cubiertas. Están con el dibujo algo desgastado y no vendría mal cambiarlas, cosa que me parece muy bien y que estoy dispuesto a hacer de inmediato. Pero resulta que ya por entonces en Alemania conducir así un coche atenta frontalmente contra las leyes de la “Sicherheit” o seguridad, y se penaliza con un multazo. Ahora sí que me fichan a conciencia. Ahora soy yo el que sufre el acoso inquisitorial sobre todas mis particularidades, sobre todos mis papeles. Más formularios y más preguntas, tanto sobre la situación generada por la sanción que... parece que me han impuesto, como por mi status general concerniente a... ¡prácticamente todo! Las pesquisas que me dirigió un policía gordo, sonriente y bonachón de apariencia, pero implacable e inflexible el muy hijo de puta, eran de tribunal militar. Aquí sí que tuve ocasión de recalcar mi afectación al Instituto y mi alojamiento con los Zieske, por si antes no había quedado del todo explicitado. A modo de pliego de descargo sobre la marcha intento yo aplacarle diciendo que me parecía extraño que al entrar en coche en Alemania, al cruzar la primera frontera, no me hubiesen proporcionado un

“manual del viajero” o folleto de instrucciones relativas a cualesquiera particularidades sobre las ordenanzas y leyes del país; lo cual era rigurosamente cierto: a mí nadie me había entregado ningún *vademécum* o cosa por el estilo al entrar en suelo alemán, y aunque no podía negar que mis cubiertas requerían cambio, una cosa era aplicar el reglamento y otra ser un puro cafre. Con todo, les prometí que al día siguiente tendría yo sumo gusto en venir a visitarles con las ruedas nuevas... para que pudieran constatar mi diligencia y mi deseo de reparar y aminorar en lo posible las consecuencias, si las hubiere, de mi contravención de sus leyes. Y en efecto, al día siguiente puse manos a la obra. Se lo comuniqué a Herr Steffens el cual, al tiempo de encarecerme tener mucha prudencia con la policía, en el sentido de no llevarles la contraria, ni de palabra ni de gesto..., me recomendó el mejor lugar para la reposición de neumáticos de todo Passau, el establecimiento “Schwarz” (Negro) donde, además, pagaban algo por las cubiertas viejas entregadas. Probablemente aquel detalle de Herr Steffens, aunque no pasara inadvertido para mí, fue más tarde cuando vertió todo el caudal de su significación. En definitiva apuntaba a la competencia de nuestro ‘profe’ como hombre, por un lado; y como perteneciente al Goethe Institut, por otro. Como hombre, su consejo taxativo de que tuviera templanza e hiciese de tripas corazón con los de la policía evidenciaba a todas luces que me habría observado algunos de mis ademanes subitáneamente destemplados quizás, y el hombre se aprestaba a atajar posibles disgustos ocasionados por mi forma de ser, y en vistas de la circunstancia. También, su recomendación técnica de montar mis cubiertas donde me dijo, sin lugar a dudas un sitio donde ví que trabajaban con prontitud, con eficiencia y a precios competitivos. Y al mismo tiempo, como perteneciente a una institución tan preeminentemente representativa como el Goethe, Herr Steffens con toda propiedad desplegaba su responsabilidad de, .... cómo decirlo, educador, guía, o lo que fuera, aunque en mi caso y en razón de mi edad y de mi status académico, la cosa habría que ponerla entre comillas. Aquellos detalles de Herr Steffens agrandaron más si cabe el aprecio que yo dedicaba a su

persona y me evidenciaron la competencia de todo tipo que en él se albergaba. El mismo día en que cambié las ruedas, que fue el siguiente al de la multa, me fui por la tarde, al final de las clases, al puesto fronterizo. No estaba el policía que con más saña se había encargado de ficharme y empapelarme. Sin embargo el asunto empezó a darme una verdadera mala espina cuando un compañero suyo me hizo ver..., con la elocuente y reiterada letanía de “¡Nichts zu machen!” (“No hay nada que hacer”) que la cosa no tenía remedio porque los muy cabrones se lo habían tomado a pecho, quien fuera, y no estaban dispuestos a retirar la denuncia ni la sanción. Ahí me di cuenta con furia reprimida y biliosa que aquel gordo y cebón policía, hijo de quince padres por lo menos, se lo había tomado como algo personal, y que no entraba en sus cálculos, como digo, ni retirar la denuncia ni mucho menos, y sobre todo, dejar de cobrar los sustanciosos ciento y pico de marcos que entrañaba la sanción, una pequeña fortuna, por mucho que yo en aquel instante pudiese hacer frente al desembolso de ésa y prácticamente cualquier otra cantidad. El tema hizo que mi conciencia diera un vuelco y se preparara para lo peor. Lo malo, la tanda de preguntas, los formularios de tipo inquisitorial, las pesquisas enojosísimas... eran o habían sido sólo el comienzo. Ahora en el orden espiritual era como –tal lo veía yo– si estos cerdos de policías quisieran desacreditarme ante el Goethe Institut, y ante los ojos del matrimonio Zieske, cuestiones ambas de una transcendencia desconocida para mí sólo unas cuantas semanas antes, pero que con el paso de los días y con mi progresiva incardinación en el ambiente académico y familiar había llegado a formar mi alteridad más valiosa, lo mejor que yo podía esperar de los demás, de aquello que se hallaba fuera de mí mismo.

Bien. La prueba de haber cambiado las cubiertas *inmediatamente* después de recibir la amonestación bastaría entre gente “normal” para olvidarse de todo el tinglado. Pero aquí no era eso, en absoluto. Al día siguiente, es decir, dos días después de la fallida excursión [y no olvide el lector, un día después de haber puesto las ruedas nuevas y haber ido a enseñárselas al puesto fronterizo]..., al



día siguiente, digo, al entrar en el Instituto por la mañana veo un coche de la policía estacionado en el patio, con el aduanero gordo y cerdo de paisano dentro. Me estaba esperando con más papeles para rellenar. Se trataba de la formalización definitiva de la multa, y de la especificación del medio de pago. Repito: Aquel tío cabronazo se lo había tomado... como haciendo depender de aquello su carrera y su escalafón en su cuerpo. Nunca creo haberme sentido más atropellado en mi sentido de la justicia y de la equidad, pero como lo había reflexionado con determinación, le dije que yo no disponía de dinero allí, puesto que mi curso del Goethe lo había pagado con un cheque contra mi banco canadiense, cosa facilísimamente constatable con tan sólo entrar en el edificio que tenía enfrente, allí mismo enfrente. Le dije que le podía dar un cheque, pero que en todo caso me precisaran cuándo o hasta qué fecha se extendía el plazo para satisfacerles la multa, en caso de que lo pudiera reunir en efectivo, “cash”. Se trataba de ganar tiempo. Estaba decidido yo a no pagarle a aquel hijo de mil padres, y creo que me salió bien el esquema y los instrumentos de mi gesto y de mi actitud –siguiendo el consejo de Herr Steffens– con que me comuniqué con el seboso y cerdoso policía. Éste me dice que tal día es el plazo, y yo le aseguro que iré personalmente al puesto fronterizo. Faltaban dos semanas para que se acabara el curso y la fecha tope para hacerles efectiva la multa, en la modalidad que fuere, vendría a caer, más o menos, seis o siete días antes del fin absoluto de mi estancia en Passau, o sea, del momento en que saliera de Passau. Así que jugué mis bazas, animándoles, además, a que se cercioraran de que, efectivamente, yo había satisfecho el importe de mi curso mediante cheque librado contra un banco canadiense. Por supuesto en aquella conversación que sostuve con el gordo cabrón aquel insistí en que mi status en Passau... era el de estudiante, por mucho coche Mercedes que llevara..., cosa, dicho sea de paso, que desmentía con obviedad mi falta de recursos; que constituía un factor, de signos externos que malamente se avenía con la pobreza concreta que decía yo concurrir en mí en aquel “allí” y “entonces”, específicamente afectado al pago de una multa. Llegó el plazo..., y me personé en la

frontera. Había quedado en verme con el policía a tal y tal hora. Para entonces el cacho cabrón ya se habría comunicado con el Institut, cerciorándose de los extremos que yo le había encarecido. Le hice entrega del cheque por valor de los ciento y pico de marcos, un equivalente a unas 40.000 pesetas, de 1997 en que estoy escribiendo esto. No recuerdo si ni siquiera me dio un recibo. Supongo que sí. No conservo nada. Sólo sé que al ver yo que el pago de la multa era inexorable, y que nada hacía indicar que la policía fuese a echarse atrás..., visto todo ello, digo, la tarde anterior había dejado preparada una carta urgente a mi Banco de Canadá con instrucciones precisas sobre el cheque, su número de serie, etc., etc. rogándoles que no lo hicieran efectivo bajo ningún concepto, alegando yo el concepto de “police brutality” y coacción sin posibilidad de defenderme; en definitiva, lo que las autoridades de mi Banco canadiense mejor entendieran como razón suficiente para no hacer efectivo el importe de los ciento y pico de marcos en su equivalente en dólares. Por los motivos que fueren yo estaba seguro de que una comunicación de ese tipo tardaba un mínimo de diez días, no puedo ahora dar explicaciones, pero el caso es que lo sabía. Además, mi supuesto no implicaba la vulneración de ninguna norma, como podría ser firmar un cheque sin fondos. Creo que la figura con la que hice frente a los cerdos aquellos fue acertada: Enviar un cheque absoluta e impecablemente legal, pero dar contra-orden con fecha *formal* posterior a la indicada en el cheque, de que no se hiciese efectivo su importe por las razones aducidas de coacción, brutalidad, etc., etc. Para adelantarle al lector la solución de este pequeño acertijo, le descubro aquí que, según yo advirtiera respecto de mis cuentas, aquel cheque no llegó a pagarse nunca. Y ahora sigamos con el relato sin resistir la tentación de confesar que a partir de aquel incidente le dí vueltas a la cabeza intentando fraguar el esquema, o un conato de esbozo de una historieta, o cuento largo, o novela corta, o apólogo respecto de un hijo de puta de policía aduanero fronterizo que se ilusionó sobremano con el cobro de una multa. El texto había pensado que hasta podía comenzar así: “Érase una vez un señor gordo

y muy cabrón, obcecado y deseoso imparablemente de aplicar el reglamento.....”, etc., etc. Huelga decir que hasta el momento mismo de marcharme de Passau y sobre todo de salir de Alemania mi conciencia soportó una considerable cuota de zozobra, anticipándome inexistentes celeridades en lo que respecta al hecho de que mi Banco recibiera el cheque desde la Policía; recibiera también mi carta, y notificara a la Policía la inviabilidad de satisfacer el dinero, etc., etc.

Pero la vida seguía y había que apurarla. Con los Zieske mi amistad y mi compenetración iban en aumento. Un día Frau Zieske me invitó a cenar, así, en plan monográfico. Se hallaba en casa sola y preparó para mí unos estupendos macarrones, además de abrir una botella de vino. Mi alemán se iba soltando por momentos y ya podía ensayar yo frases de elogio y de técnica conversacional entre lo cortés y lo espontáneo. Luego me enseñó algunas interioridades de su casa, como el despacho de su marido, de una de cuyas paredes pendía enmarcado un diploma o título en latín, relativo a su condición de doctor veterinario. Frau Zieske se quedó pasmada –y así se lo comentaría en otra ocasión a Herr Zieske en mi presencia– de que yo leyera el latín normalmente y que lo entendiera en su casi totalidad.

Las fechas seguían avanzando y tuvo que ser en el fin de semana siguiente o inmediato al de la invitación a la cena de macarrones y buen vino de Frau Zieske cuando su marido me participó que quería hacer una pequeña excursión a comer a Schärding, y que le gustaría que fuera yo con ellos, cada cual en su coche. Le dije que si podía llevar conmigo a alguna compañera del Goethe y de esa forma habría más posibilidades de novedad en la conversación. Aceptaron encantados y así se lo dije a las japonesas Tamiko y Toshimi que igualmente aceptaron. El espíritu de entendimiento y confianza entre mis patrones y yo había alcanzado esas cotas entre las que, prácticamente, se puede hablar de todo. Así lo percibí. Ya en Schärding, y sin que yo les dijera nada, naturalmente, sobre mi tropiezo con la policía, Herr Zieske me aseguró que la frontera con Austria en Passau estaba a cargo de... [hizo un gesto de

melindrosidad negativa, de esos que dejan adivinar cualquier tipo de dificultad]... a cargo de policías... un poco cabrones, para entendernos; y que sin embargo la de Schärding era más expedita. Desde luego que pude comprobarlo. ¡Menudo salvoconducto ir con un hombre así! Dio las explicaciones que fueren, todos los aduaneros le saludaron afablemente y ni siquiera nos tomaron los pasaportes para verlos. Sólo con saber que íbamos juntos y que estábamos en el Goethe fue suficiente para que nos dejaran circular sin ninguna traba tanto alemanes como austriacos. ¡Hay que ver –decía yo para mis adentros– lo fácil que resultan las cosas si acometidas en el tiempo y forma apropiados! ¡Ójala hubiera yo sabido el pequeño tejemaneje de las fronteras! Los 18 kilómetros de carretera en territorio alemán desde Passau hasta Neuhs, para cruzar allí mismo a Schärding, se podían dar por bien recorridos, con tal de evitar la escrupulosidad antipática de los señores del otro cruce. Pero no solamente eso. Al decirle yo a Herr Zieske que había estado en Linz una sola vez, en plan turista, etc., me dijo que en todo caso la ruta correcta... “Wie Autobahn” –¡qué bien lo recuerdo cómo me lo recalcó!– la carretera mejor con mucho era la que arrancaba de Schärding [cosa que yo podría comprobar unos días más adelante]. La excursión resultó estupenda. Comimos en un restaurante conocido y del agrado de los Zieske. Él, hasta se permitió seguirme la corriente en lo de llamar ‘porcelana’ a las japonesitas que en realidad parecían un par de muñecas comiendo, sin rechistar. Tamiko sobre todo, cuando sonreía, cerraba los ojitos, como digo, exactamente igual que una muñeca. Luego, después de comer, nos dimos un paseo por una especie de bosque cuidado, como lo está todo lo relativo a la naturaleza en esos sitios. Tamiko era estudiante avanzada de historia en Japón y para regalo de mi espíritu me habló de ciertos aspectos de España y de la “Armada invencible”. El regreso a Passau, sin incidentes. Los Zieske agigantaban cada día más si cabe su figura de próceres, de gente con sensibilidad y cultura. Al día siguiente en el Instituto, Tamiko y Toshimi me abordaron y, con el dinero en la mano, me declararon su intención de pagarme la comida del día anterior, en una cantidad que estoy seguro que habrían

calculado y acordado justamente. Cuando las dije que no, que yo las había invitado por mi cuenta, y que si no se lo había dado a entender, que me disculparan, puesto que tal había sido mi intención desde el principio, etc., etc., las dos criaturas se deshicieron en cumplidos conmigo, mediante dobleces de la visagra de su torso y de su cuello. Preciosas chavalas, tan suyas, tan diferentes, ¡tan japonesas!

Había una chica, algo corpulenta, más bien investida de exuberancia joven, algo retraída, quiero decir, silenciosa. Se trataba de Cristina, nacida en Francia de padres franceses pero habiendo vivido casi siempre en Venezuela o... lo contrario, nacida en Venezuela... El caso es que tenía doble nacionalidad, doble pasaporte, y era natural y perfectamente bilingüe. Parece que en cierto momento ya avanzado del curso se hicieron amigas Emmy la boliviana y ella, y un buen día que coincidí con ambas quedó soldado nuestro buen entendimiento. No sé a través de qué instancias, el caso es que las chicas, por asistir a una iglesia católica de allí, habían sabido de la existencia de dos seminaristas españoles que estaban estudiando teología y lo propio del sacerdocio, sólo que “en alemán”. Un día subí con Emmy y Cristina al convento-residencia donde nuestros amigos nos habían invitado a merendar. Recuerdo aquella “soirée” como una de las más divertidas, apacibles y transparentes de toda mi estancia en Passau. Imposible recordar sus nombres. Nuestros amigos se dieron maña en “fabricar” una estupenda velada a base de una prolongada merienda. Si añadimos a ello la música de que disponían allí con sus aparatos y sus discos, y la conversación cambiante, viva, que no dejó de fluir en todo el tiempo, subrayo la especial complacencia que me supuso la tarde en el convento. A uno de ellos le encantaba la canción aquella de la jiennense Karina, “Colores”. Por supuesto que no se tocaron temas de fácil escabrosidad, o que hicieran articular su incumbencia en lo que se ha dado en llamar “de media cintura para abajo”. Pero si hago hincapié en un pasaje tan aparentemente falto de... garra es porque quiero a toda costa significar que se trató de uno de los más celebrados encuentros con el que yo especialmente disfruté. El alma no es posible que esté en pie de guerra, respecto de ciertas realidades,

en mi caso, tal vez, la búsqueda y detección a ultranza de la hembra, siempre, siempre. A veces se nos presenta un oasis de recompensas más sutiles, menos escandalosas, pero asimismo atesorables y gratas. No se olvide que estamos en 1972 y que la versión de catolicismo “a la española” representaba las formas, los planteamientos y hasta las consecuencias más negras, más irracionales y, lo que es peor, más alejadas de lo que en puridad significaba el mejor ecumenismo, la más persuasiva catequesis dentro de las cualesquiera normas canónicas. Otro día, al ir a buscar a nuestros buenos amigos los seminaristas españoles para despedirnos de ellos, observamos que en la comunión de la misa los fieles potestativamente podían recibir la oblea en la mano; quiero decir que el sacerdote oficiante se la dejaba allí, y ellos a su vez se la llevaban a la boca normalmente. Ponían la mano, una cualquiera de ellas, o las dos, en forma cóncava, a modo de hoyo. Durante la misa una banda de música interpretaba una marcha abolerada, con ritmo a medio camino entre el pasodoble y el “quick-step” británico. Acabada la misa, y cosa curiosa pero deportivamente agradable, el cura las regaló a Emmy y a Cristina 20 DM a cada una para que se los gastaran, supongo, a su salud y a la salud de todo lo que el buen cura defendiera. Fue un gesto natural y muy simpático que a muchos españoles seguro que les habría parecido extraño. Pero nada más lejos de ofender la dignidad de nadie: Aquello –nos dijo claramente– nada tenía que ver con las limosnas, a todas luces y en todo caso fuera de lugar; era un acto de liberalidad espontánea. Bueno, pensé yo, vamos a tener que decir: “Deutschland is different”. Como yo había pasado tan largo tiempo en América del Norte me había percatado de que la religión católica era en todas partes, menos en España, una opción que los interesados en ella tenían que presentar atractivamente, compitiendo con otros productos. En todo supuesto aquellas mostraciones, aquellas formas de catolicidad alemana me agradaron sobremanera y dejaron mi alma en la mejor de las disposiciones respecto de aquellos que tan bien administraban sus presupuestos. En un folio de esos alargados, una de cuyas caras la ocupan canciones a ciclostil [que con toda probabilidad llevaría yo al

Goethe con el fin de hacer patria a través del cante] conservo unas reflexiones vertidas seguramente como reacción a alguna noticia sobre mi contencioso con mis compañeros de viaje al Sahara, en lo relativo a gastos y responsabilidades. Por no perturbar la expresión genuina de mi estado de ánimo entonces, transcribo literalmente:

“Ya no es hora de dar opiniones sobre el tema de nuestro pleito del viaje al Sahara. Buenos estaríamos si se tratara ahora de que yo diera mi opinión, el otro la suya, y el de más allá la suya. Yo no doy opiniones ni versiones sobre el resultado de unos sumandos o multiplicandos. Lo que se produce debajo de la raya aritmética no es opinión sino consecuencia necesaria. En el pleito de marras ya se han organizado los sumandos, o los multiplicandos, o los dividendos o divisores, lo que sea; y se ha trazado la raya también hace mucho tiempo. Y el resultado, bien a la vista de todos, no es cosa de opinión ni de majaderías gratuitas, sino algo congruente con lo que la ley y la proporción han fijado desde que el hombre mea. Así que una vez más no se trata de dar opiniones sino de entender de aritmética”.

Supongo que tal declaración de principios justificaría mis exigencias emocionales entonces y que aquello fue mi más rotundo finiquito.

El último día de nuestro curso, técnicamente hablando, era el 29 de junio; o sea, el último de los “de pago”. Pero claro estaba que las clases acababan dos jornadas antes: Según el calendario real el día 28 por la mañana se celebrarían los exámenes; el 29 se dedicaba a la entrega de certificados, después de lo cual no quedaba por hacer nada de nada; simplemente que por pasar la noche del 28 y amanecer el 29, este día contaba materialmente como último, y en el que los estudiantes tendríamos que dejar “para las doce del mediodía” los lugares de alojamiento... Una de aquellas tardes Herr Zieske me hizo una fotografía de perfil, sonriente yo y en “mi cuarto”, enfundado en el jersey de lana beige que me hiciera Isabel Toledano, la mujer de Fernando Garcés. Es la foto mía de la que más reproducciones he sacado, con mucho. Una típica foto de aficionado experto, con esa

maestría suelta y suficiente, capaz de producir resultados magníficos, acabados sin tacha. Esa foto ha viajado por dondequiera las andanzas del corazón mío han generado en otras personas las dosis pertinentes de concernimiento como para reclamar de mí un recordatorio visual, la típica cartulina. [El detalle no deja de ser curioso: No podía hacer *frio* allí y entonces, aunque mi habitación gozaba como de un permanente frescor de umbría. Lo de ponerme el jersey acaso se tratara de una instrucción del fotógrafo con el fin de proporcionarme “más cuerpo” a mí y más empaque a la foto]

Los acontecimientos iban ya cuesta abajo, gestando velocidad y dirección. Fue entonces cuando comenzó a cobrar vigencia en mí la idea de materializar mi deseo de saludar a la familia de mi amigo greco-canadiense Konstantin Lafkas. En realidad sólo hacía algo más de un año que había salido yo definitivamente de Canadá. Cuando ello pudiere haber sido, se trataba en todo caso de que Konstantin me había señalado perfectamente, sobre todo en el mapa de mis aventuras espirituales, la realidad de su familia, que vivía en Kyparissi, en el sur de Grecia, en la península del Peloponeso. Lafkas sabía de sobra que los veranos míos en Europa adoptaban la modalidad de los viajes..., y que Grecia estaba aún como “terra incognita” en el espectro de los ámbitos por donde adentrarme. Aquel muñon de idea cobró cuerpo, diseño compacto en cuestión de un par de días. Tenía tiempo y dinero más que suficientes, y mi coche a punto. Se trataría de llegar a Kyparissi como punto final y más lejano de mi recorrido, y por el mero hecho de llegar a tal sitio, unos cuantos países más quedarían incorporados a la textura de mis vivencias. Las únicas opciones eran hacer el camino de ida y de vuelta por la misma ruta básica; o sea, todo por tierra. O como única variante, saltar desde Grecia a Italia en barco y seguir ya normalmente por carretera. La venezolana-francesa Cristina me había dicho que ella debía estar en Clermont-Ferrand (Francia), en casa de unos parientes, pasado el Goethe, y yo simplemente la dije que mis planes eran los de viajar hasta Kyparissi; que tenía *necesariamente* que volver por Francia y que la podía dejar, si no en el mismo Clermont-Ferrand, ya que se



hallaba bastante en el centro del país, sí en algún punto de la ruta del Sur que yo muy probablemente habría de seguir hasta España; y una vez allí podía coger, bien lo sabía ella, cualquiera de los muchos y estupendos trenes; que lo pensara porque en los dos días siguientes se decidiría todo; que estuviese lista si quería venirse conmigo, y que lo único que la pedía era que se llevase cantidad de carretes fotográficos, puesto que ella andaba siempre con máquina sacando instantáneas. ¡Wow!, dijo la boliviana Emmy que estaba allí también cuando le participé a Cristina mi plan. ¡Menuda ocasión de hacer un magnífico viaje gratis! Porque después de pensarlo vi que al no tener yo problemas de dinero, Cristina me podía acompañar y hacerse cargo de toda la logística fotográfica del viaje. Así quedamos. El día 28 me fijé en lo buenísima que estaba la moza camarera que nos servía el desayuno en el Goethe. Su busto había adquirido a los ojos míos una conformación modélica, una bipartición esplendorosa. Estuvimos toda la mañana de exámenes, en un ambiente mitad protocolario, mitad distendido y amistoso. El primero fue escrito, sobre unos textos que había que rellenar y completar; luego siguió otra prueba con auriculares, sobre una historia que escuchábamos y de la que teníamos que dar cuenta también por escrito sobre unos patrones de comprensión y de opciones posibles sobre lo que habíamos oído. A continuación tuvimos el examen oral o conversacional en el que Herr Steffens, junto con otro profesor (en mi caso, profesora) nos hacían preguntas cuya respuesta correcta requería inevitablemente el uso de tal o cual locución, de tal o cual modismo. Tuve la impresión, por lo que dije y por los ademanes de mis examinadores, que... por lo menos había aprobado. Cualquier otra valoración por encima del aprobado sería por añadidura. El Instituto había informado que todos aquellos que no pudieran estar físicamente presentes en la entrega de los certificados de notas al día siguiente, o sea, el 29 de junio, que lo recibirían en sus domicilios nacionales, cualquiera que fuese el país de que se tratara. No había, pues, por ahí problema. Cristina se hallaba cursando la primera mitad del curso básico; así que no necesitaba exámenes. La dije que yo no me quedaba a recoger el certificado, y

que ese mismo día 28 estuviera dispuesta para salir de Passau y de Alemania. No recuerdo..., pero necesariamente tuvo que ser a primera hora de la tarde. Nada más levantarme ese día 28 arreglé el poco equipaje que tenía, lo bajé al coche, todavía sin dar explicaciones a nadie. Luego me fui al instituto a examinarme. Me suponía que mi súbita partida iba a producir extrañeza a Frau Zieske, sobre todo, pero no podía andarme con melindres. Parece como si la sombra del bestia del policía fuese a envolverme de un momento a otro, y me decía a mí mismo que podía ser cuestión de un día para que se produjera el aviso de que no iban a pagar mi cheque. Hacía yo cuentas imaginarias. Pensaba que saliendo a tal y tal hora por la frontera de Schärding, por supuesto, aun en el caso de que en el reparto del correo de ese mismo día llegase una de las cualesquiera formas de notificación postal o telegráfica desde Canadá... ¡!, yo ya estaría fuera del país, y disparates estrambóticos por el estilo...

Frau Zieske se quedó desolada y perpleja al decirle yo que me iba inmediatamente, ya que mi alemán era por entonces suficientemente bueno para ensayar construcciones de cierta complejidad. Me preguntó la mujer que... por qué tanta prisa –bien lo recuerdo: La de veces que empleó la palabra “schnell”. La dije lo mejor que pude que las cosas se habían sucedido de tal y cual manera. Bajamos a despedirnos de Frau Kässmayer: La vi preciosa y jovial. Por supuesto comuniqué a ambas que había terminado bien mi curso; que las notas me las mandaban a casa; que viajaba hasta Grecia a visitar a la familia de un amigo mío..., que “es freuet mich sehr sie kennengelernt zu haben”... Subimos a decir adiós a Herr Zieske, el cual me dijo que yo era uno de los “nettest”, o sea, *civilizados, educados, amables*, pupilos del Goethe con el que él se había topado. Me dio un fuerte apretón de manos, hizo una reverencia para poner un segundo después firme toda la corpulencia suya, y se metió en sus habitaciones. Frau Zieske me abrazó y me besó en ambas mejillas y echó unas lagrimitas. Nunca lo hubiera creído. No puedo aducir pruebas pero tengo la impresión de que aquella mujer no lloraba probablemente desde la guerra. Salí del patio, de la casa, recogí a

Cristina en la suya y nos encaminamos a la frontera de Schärding.

Salgo de Alemania con el corazón en vilo. El fantasma amenazante de la multa, de la policía y sus consecuencias ha ensombrecido en buena parte el humor mío de los últimos días. Austria es como estar en casa. Alcanzamos la autopista por Wels y nos dirigimos a Viena. Yo conocía ya la capital austriaca desde el viaje que hice en la primavera de 1967 con mi padre y el matrimonio Garcés, después de recoger en Stuttgart el coche en que ahora estaba rodando. Así que no nos detenemos. Nuestro lema, que yo he recalcado en Passau, es parar lo menos posible. Hay que llegar a Kyparissi en la menor cantidad de días, y para lo cual hay que atravesar cuatro países. Una vez en el punto de destino, como aclaré, se pueden echar cuentas y decidir sobre el regreso de la forma que mejor convenga. Así que circunvalamos Viena y nos dirigimos a la frontera húngara. Tenemos la zozobra de los pasaportes por las tonterías que le dicen a uno sobre estos países así llamados filocomunistas. Los policías-aduaneros de la frontera son tipos flacos vestidos de kaki y de color verdoso, pero simpáticos. Al preguntarnos que si tenemos visados nos pensamos lo peor. Pero es, en realidad, una pregunta simplona de pura indagación informativa que quiere únicamente decir: “Si no tienen Vds. visa por no haberlo sacado con anticipación, lo sacan ahora y asunto arreglado”. Cuestan 16 DM cada uno. El cambio del *forint* en ese momento es de 26,77 para el \$ tanto USA como de Canadá; y de 8,30 para el marco alemán. Permanecemos en la frontera una hora entre pitos y flautas: Rellenamos los formularios, pagamos la visa, recogemos el pasaporte, nos registran un poco el coche..., pero todo normalmente, sin la menor impresión de disgusto por parte de nadie. El mito de la dificultad es una bobería. Cristina lleva dos pasaportes, venezolano y francés. Hay donde elegir.

Salimos para Györ ya de noche. Las carreteras son medianas, tirando a regulares, tirando a malas. Subimos en el coche a un muchacho auto-stopista que sólo hablaba húngaro pero al que le

sonaba la frase “I love you”, el nombre de los “Rolling Stones” y cosas así. Győr, la ciudad donde estamos y que parece ser el punto de entrada obligado en Hungría para los que vengan de Viena, es la sexta ciudad del país y tiene 75.000 habitantes. Un señor en plena calle nos indica un hotel. Se llama “Raba” pero se pronuncia *rabo*. Se habla de todo: En el restaurante, al no entender húngaro pedimos Cristina y yo la carta en alemán como nuestra tabla de salvación, y todo en razón de la ley de las comparaciones. En el hall del hotel de pronto se desprende del techo y queda medio colgando una pantalla de cobertura de los tubos de neón: Un “bellboy” me mira sonriente, como diciendo: “Que estamos en Hungría, amigo mío”. La gente viste con sobriedad. Uno de los productores que ví allí también, en el hall del hotel Raba, llevaba una especie de sandalias de color verdoso, sencillamente feas. Otras gentes que por allí deambulan, como si también se alojaran, van vestidos con semi-monos, trajes de trabajo. Supongo que esto es uno de los exponentes de la camaradería comunista. Todo es tosco. De vez en cuando, algún pinito: Aquí y allá, en las paredes, se ve la publicidad, sobre todo de los aspectos turísticos: “vuele por Maliv”; planos pictóricos de Hungría resaltando sus particularidades. Lo que más se oye... ¡es alemán! Las chicas, mayorcitas algunas, que transitan por el vestíbulo, con una especie como de uniformes, tienen pinta de ‘funcionarias’, es algo que se ve en la cara. La cena es mediana: Un pescado con raspas por todas partes, para mí; y una carne, sin carne, para Cristina, que tuvo que matar el hambre con pan y queso que nos habíamos traído. La cerveza es buena. El refresco ‘Spezei’ en húngaro se convirtió en un vinillo blanco con agua de burbujas o con gaseosa. Me quedan ganas hasta de pensar en que con la mitad de la multa que ya con toda seguridad voy a ahorrarme, estoy pagando con holgura los gastos de un día de viaje y estancia enteros en Hungría. Me produce delirios de gozo pensar en la reacción de estupor que va a experimentar el cerdo cabrón del policía cuando le comuniquen la inviabilidad del cheque. ¡Me cago en sus muertos un millón de veces! La palabra “piso” de hotel o planta se dice en húngaro ‘emelet’, casi igual que tortilla. Ya he visto un mapa pictórico-gráfico en francés y

en inglés, con detalles también sobre las más sobresalientes características de Hungría. La habitación que nos dan tiene inevitablemente... ruido. Todo es muy rústico en el cuarto de baño: El asiento del inodoro, de madera tosca; el papel higiénico está dentro de una caja también de madera y es, asimismo, bastísimo a standards occidentales. Las sábanas, igual que luego veríamos en Yugoslavia, están dobladas hacia adentro en forma de rombo en su parte de arriba o embozo. Yo no pude pegar el ojo... La tensión del viaje, las emociones que se esforzaban por ordenarse... Descansé lo que pude. Eran las 05:30 am. y la calle ya estaba llena de gente dirigiéndose a sus lugares de trabajo. Miré por la ventana: No olvidaré el estrujón de rareza y de orfandad espiritual que me produjo ver a toda aquella muchedumbre, todavía a oscuras, con una pobrísima iluminación en las calles. Se trataba de uno de los países de “detrás del telón de acero”, y esa denominación y la propia proclividad de mi alma a colarme por entre los ámbitos de otras almas me produjo un golpe de fijación, una parada en mi conciencia, como un reforzamiento de mis capacidades contristivas. Sentí que mi humanidad había crecido. Cristina, levantándose a las 09:00 va a dar ejemplo patente de holgazanería. En el hotel no tienen postales. Nuestro plan es hacer la próxima noche en Yugoslavia, así que hay que moverse. Tenemos que atravesar Hungría completamente, vía Budapest y Szeged, esta última ya junto a la frontera. Nos ponemos en marcha. Los camiones húngaros ocupan toda la carretera. Muchas de las casas en Hungría tienen un piquito de tejado a modo de flequillo feo. Cristina empieza a hacer fotos. La primera absoluta que tengo del viaje corresponde a un edificio como de viviendas, tipo casa-cuartel o algo parecido. Por todo el camino [pero sobre todo más abajo, en la frontera con Yugoslavia] hay mosquitos terribles. Llegamos a Budapest y aparcamos el coche. Se nos adhiere un chico joven que debió de pensar que... bueno, que por el hecho de ser nosotros extranjeros, podría él hacer de cicerone, solicitado o no. Sabía alemán, algo, y era también algo plomazo. Cantaba bien y hasta se decidió a emitir en inglés algún trocito sincopado de melodía moderna para que viéramos. El centro de

Budapest es alegre, y Budapest, con sus más de 2.000.000 de habitantes, atravesada y partida en sus dos mitades de Buda (arriba) y Pest (abajo) por el Danubio es una de las urbes más señoriales e imponentes del mundo. Sí, en el centro de Budapest hay movimiento. En el banco nos cambian hasta las monedas alemanas más ínfimas. Pero en el restaurante donde pasamos a tomar ya no sé si un desayuno muy tardío o una comida temprana, me dan la cerveza templaducha. Por la calle hace calor, algo pegajoso. Compramos unas cerezas para el camino, pero están malísimas. Salimos de Budapest hacia Szeged, con intención de penetrar en Yugoslavia por Subotica [la antigua Szabadka en húngaro, y Maria Teresiopel en alemán]. El tráfico es algo desordenado y por la carretera no se ven más que camiones compactos y fuertes, de aspecto militarizante, que, además, hacen muy difícil el adelantamiento. Los frecuentes carros tirados por caballerías yugulan la velocidad, obligando a los consabidos frenazos que me contrarían lo indecible. En mis notas tengo registrado: “Pasamos por delante de dos fábricas enormes, como de cemento o de productos químicos”, pero es una lástima que no tuviera oportunidad de consignar su localización.

En la frontera con Yugoslavia, muy dignos, no quieren dinero húngaro y hacen gestos de desprecio palmario. En cualquier caso lo empleamos casi sin valor en suplementar el pago del gas-oil para el coche. Ya lo sabemos, en el improbableísimo supuesto de regresar por Hungría: El dinero húngaro hay que gastarlo todo ahí porque fuera no vale nada, nada. En la frontera nos preguntaron que si esperábamos la visa, lo cual me dio a entender que efectivamente necesitábamos una. Pero no: A los pocos minutos nos devuelven los pasaportes con un sellito y sanseacabó. Este tipo de detalles son los que agradan la existencia. Siempre en nuestra idea de avanzar lo más posible, rebasamos Subotica y decidimos llegar a Novi-Sad donde, según nos dicen, hay un buen hotel, el “Varadin”. Así lo hacemos. Sepa el lector que si bien sobre las notas que fui tomando durante el viaje en los últimos días de junio y siguientes de julio de 1972, la redacción coherenciada de todo la estoy llevando a cabo en 1997; y que las

transformaciones geopolíticas, sobre todo y precisamente las acaecidas en lo que entendíamos por Yugoslavia, han sido muy significativas. En 1972 para alguien como yo viajando en coche bajo una perspectiva turística no se le hacía perceptible, por innecesario, que las partes de Yugoslavia por donde nosotros circularíamos serían las de Vojvodina, Serbia y por último Macedonia, regiones o provincias que con la disgregación experimentada por el país que tanto empeño tuvo el mariscal Tito en aunar, ahora se nos aparece cada una con sus particularidades, y una, Macedonia, sin ir más lejos, convertida en nación independiente de pleno derecho. En 1972 yo no podía prever nada de eso, ni siquiera ser consciente de que Novi-Sad era la capital de la región Vojvodina. Para mí [¡y qué voy a decir de Cristina!] todo era Yugoslavia. En efecto, el hotel Varadin de Novi-Sad es estupendo. Leo en un folleto explicativo, que se ha construido sobre una antigua fortaleza; o sea, eso que entendemos por Parador con arreglo a lo que España viene haciendo hace tiempo. Las escaleras, de mármol el piso y de hierro niquelado las barandillas, con un lujo sobrio y de buen gusto. El filo de los peldaños está como limado o con una tira granulada, como de lija, para evitar escurrirse. Parece que Yugoslavia mima el turismo, por lo menos en esta parte. La diferencia en infraestructuras hoteleras, cosmopolitas, con Hungría es pasmosa, a favor de Yugoslavia. Pero lo que merece una mención monográfica es la cena, una de las más abundantes y más disfrutadas de mi vida. No recuerdo lo que pidiera Cristina, pero yo sí que pedí un solomillo que aparecía en la carta, además de lo que fuere de bebida. El “maître” es un hombre pulido que sabe contestar en cinco idiomas las preguntas rutinarias del menester restauranero. Recuerdo que llegó el plato que encargara Cristina, y que yo me quedé esperando. Al corto rato veo al maître aproximarse con una enorme bandeja llena de variadas vituallas que va dejando en mesas cercanas a su paso desde la cocina. Me fijo sin querer, como por inercia indolente y curiosa, y veo resaltando en la bandeja, en uno de los vaivenes de dejada y subida que hace el “maître”... veo dos trozos de carne sin fijarme ya en más detalles e interpreto que ha habido también otro cliente que ha

ordenado el mismo plato que yo –un “sirloin steak” en inglés; un solomillo en español–, pero..., para pasmo y complacencia mía resulta que lo que yo creía doble ración es lo que corresponde a un solo solomillo; o sea, un solomillo, el mío, con dos suculentísimos pedazos generosos de carne. Aquello era disparatadamente reconfortante y hermoso. Brindé por el esquinazo al policía: Por la compañía de Cristina; por mi diploma del Goethe... en ausencia; por mi ausencia de casa. Brindé por todo lo que no confieso. Así que hoy día 29 de junio de 1972, último día teórico de curso en el Goethe Institut, estoy en este magnífico y providencial hotel de Yugoslavia, camino de Belgrado, camino de Grecia... En las habitaciones dan gratis papel de carta timbrado, de buena calidad, en el que allí mismo comencé a consignar notas, y también sobres azules. El cuarto de baño, bueno, sin llegar al standard del confort americano. La madera de las ventanas, bonita, y los cierres de hierro forjado. Las camas con un como dosel o palio por arriba, elevadas sobre una... también como tarima o plataforma. Tengo apuntado en mis notas: “El precio no parece caro: Dos personas; dos habitaciones con baño; dos cenas; dos desayunos... menos de 2.000 pesetas, equivalente a unas 14.000 de 1997, supongo, que todavía sigue siendo regalo. Hotel Varadin. Novi-Sad - Yugoslavia. Telex: 14-310 - Yu - HOTVAR. Tel. 46393. No he resistido la tentación de fijar, como reliquia emocional, la justificación, el registro empresarial, comercial, turístico, las tres cosas juntas, de aquel sitio tan espectacular, tan gratamente recordable. Es curioso: Una fotografía de Cristina, la única en cuyo reverso reza “Hotel: Novi-Sad (Yugoslavia)” recoge una especie de muralla gruesa, perforada por una boca de túnel, amplia, como de paso de vehículos. Sobre la muralla y encima del túnel destacan dos estatuas o efigies de venados, metálicas, como jugando o cabrioleando. Carezco de anotaciones referenciales, de leyendas interpretativas o aclarativas de la foto. Tampoco hace falta.

Encontramos a la ciudad de Belgrado algo destartalada y sin indicadores. En Serbia los letreros están puestos en alfabeto latino y en cirílico también. La palabra “PUTA” leída en cirílico es



simplemente RUTA, carretera. Los cabrones de los mapas Shell marcan autopista donde sólo existe una vulgar calzada. El gas-oil en Yugoslavia cuesta menos que en otras partes. El tráfico no lo respeta nadie: Los camiones, dueños y señores de la carretera, circulan a velocidad endiablada. Los guardias de circulación en Belgrado van uniformados de blanco. Cristina, siempre desde el coche, hace una foto a lo que parece ser la fachada de una imponente iglesia o catedral gótica, con ventanales de madera y piedra, y balaustradas de arcos repujados formando en la cima una monumental galería. Me maravillan algunas de las notas que aparecen en mis papeles. Digo en una ocasión: “Tenemos curiosidad por ir a Albania y ver qué ocurre con este país aislado y postergado”. La geografía desde Belgrado hasta Grecia por nuestra ruta es bastante monótona. Más al sur un venticito refrescante nos anuncia un paisaje algo más montañoso. Por los campos de Yugoslavia se ve mucho maíz sembrado; y muchos carros de dos y cuatro ruedas acarreado gente y cosas por los barbechos. Las mujeres que se ven por la carretera y las que hemos vista por las calles de Belgrado tienen un cutis moreno, perfiles algo esquinados, pero guapas en general. El coche va sin un fallo: Algo sucio, pero mantenemos el orden de las cosas de uso más frecuente. En otro momento de mis notas tengo escrito: “Nuestros planes para ir por Albania se van disolviendo ante la aparente imposibilidad. El mapa no tiene carreteras decentes que empalmen con las de Grecia, al sur. Nuestros planes de ir a Turquía a visitar a la amiga de Passau también se arrumban. Está demasiado lejos, hace mucho calor y Cristina está falta de tiempo; eso dice ahora, al menos”. Si hay alguna declaración que puede ilustrar el formidable sacudimiento de condiciones geopolíticas, y mi total ignorancia en 1972 de ciertas realidades, ello puede ser lo que dejé escrito en los términos reseñados. [Unos cuantos años más tarde, con mi efectiva visita a Albania, podría percatarme yo de las cosas que con tanto ingenuo desconocimiento había dejado enunciadas] Respecto de lo de ir a Turquía no existía ningún problema técnicamente insalvable, es cierto: Sólo con habernos desviado al este en Niš y haber atravesado

Bulgaria; o con haber seguido la ruta que en realidad seguimos y una vez en Salónica haber procedido a lo largo de toda la forma de katiuska marítima que es Grecia en su parte nordeste, y llegado a la frontera por Alexandropolis. Desde luego que aquello hubiera planteado disposiciones de aguante, de coraje, y de tiempo mucho más dilatadas de las que en principio esmaltaron el boceto de nuestro viaje. Quede reflejado, mediante esta explicación, el halagüeño cálculo que yo tuve que hacer en el momento dado que fuese, de mis fuerzas, de mis ganas, de mis capacidades financieras. Nos ceñimos, pues, al diseño original y suficiente de llegar a Kyparissi. Seguimos bajando hacia Grecia. Dejamos a unos kilómetros a la derecha a Skopje, la del terrible terremoto [y actual capital en 1997 de la nueva nación de Macedonia]. Desde el coche Cristina acierta a captar una imponente perspectiva de un castillo o fortaleza de Titov-Veles. Nuestro plan es llegar a Gevgelja, todavía dentro de Macedonia, pero ya en la misma frontera con Grecia. Y llegamos. Conservo asimismo una foto tomada por Cristina entre Skopje y Gevgelja, de un paisaje agreste, con escarpaduras pronunciadas y broncas a modo de farallones de piedra y jara o matojos bajos. En muchas partes hemos visto alambreras gordas al lado de las calzadas para protegerse de los desprendimientos de tierra. Alcanzamos Gevgelja (o Gevgelija) y nos hospedamos en el Hotel-Motel “Inex”, económico, acaso el único de la ciudad, pero con ambiente. Ese día 30 de junio hizo un calor terrible. La gente va en pantalones deportivos y yo voy a hacer lo mismo, aunque sigo con mis zapatos todo terreno ‘Gorila’ sin calcetines. Pero resulta que en ese mismo Motel “Inex” se hospeda una orquesta de música, de tres miembros con los que conectamos inmediatamente. El Hotel dejaba percibir un aire ligón y bullanguero, como de transvase de personal y juerga de frontera. Nuestra velada resulta ser caótica y delirante: Pasamos cerca de tres horas, hasta casi el amanecer, con los músicos después de su actuación “oficial”, entonando y sacando la melodía de varias canciones cuyo texto me había llevado yo al Goethe en algunos cuadernillos y en los ya referidos folios multicopiados, como contribución española a cualquier ambiente que lo hubiera

demandado. Aquello fue el acabóse: Tomando como pauta mi canturreo perfilaron y conformaron musicalmente con sus instrumentos cosas tan universales como “Bésame mucho”, “Perfidia”, “Borriquito como tú”, “Cuando calienta el sol”, “María Isabel” [me refiero a eso de ‘La playa estaba desierta /... el mar bañaba tus pies’] “Historia de un amor”, etc., etc. Estos títulos concretos son los que tengo reseñados en mis apuntes escritos en el papel timbrado del Hotel Varadin de Novi-Sad. Me di cuenta de que la etnia de aquellos prójimos era una mezcolanza de lo que tiempos más tarde descubriría yo como perteneciente a... Grecia, Macedonia, Kósovo y hasta Bulgaria. No sé cómo, pero mencioné así de pasada la curiosidad que despertaba Albania en mis expectativas de viaje... y me miraron como si se tratara de alguien carente de juicio. Es una pena que no tengo reseñado nada concreto sobre el particular. Mis notas recogen tan sólo: “Consejos de los músicos sobre Albania”, pero ahora en 1997, cuando esto escribo, y a la luz de todo lo que llevo recorrido y visto, no creo que lo que me dijeran tuviese valor documental o verdaderamente informativo, porque puedo asegurar que ninguno de ellos había estado allí. Me esfuerzo en querer recordar eso: Que sus comentarios estaban teñidos de pintoresquismo negativo; de ponerme el panorama feo, cosa en todo supuesto más razonable y más próxima a la realidad que si me hubieran dicho que entrar en Albania era cosa de llegar hasta allí y traspasar la frontera, porque ello sí que hubiera constituido una falacia gratuita.

Estamos a 1 de julio, a punto de entrar en Grecia. Consumimos todo el dinero yugoslavo, además de unos cuantos dólares canadienses, llenando el depósito de gas-oil. El encargado de la estación de servicio quiere chalanearme. Yo, con el fin de que mis dólares reciban el valor correspondiente..., le apremio al tío cabrón a que siga echando carburante... “Weiter, weiter... noch weiter”... le gritaba yo, mientras que él a regañadientes seguía apretando el gatillo de la manguera. Aquella frontera griega con Yugoslavia tiene pretensiones, muchas líneas para pasar. Se ve que es, con creces, la de mayor tiro entre los dos países. Los aduaneros, cordiales pero

inquisitivos, sin llegar a querer ver la maleta. Los del mapa Shell siguen siendo unos chorizos. En Grecia, lo mismo que en Yugoslavia, se llama autopista a lo que simplemente es una carretera de primera o principal, pero con un solo carril en cada dirección. Y en Grecia se paga por circular por ahí: Hay que pasar por sucesivos controles y pagar. En Yugoslavia, no. Sin embargo el gas-oil es menos caro que en el país de Tito, aunque el hijo de puta de la gasolinera de Gevgelja nos dijo que costaba el doble, como si de todas las maneras no hubiéramos llenado el depósito en su establecimiento. El calor es monstruoso, desesperante. En la frontera no nos atrevemos a llevar a un oriental ‘auto- stopista’: “Son gente con cara rara” –tengo anotado textualmente–. Por las carreteras de Grecia se venden cosas: Sandías, albaricoques, melocotones, pavías, cerezas. El *dracma* está a dos pesetas, un poco más. Mi billete de 20 dracmas resulta que no vale: Es de 1955, de cuando mis padres hicieron aquel crucero por el Mediterráneo con el matrimonio Burguera (Miguel y Carmen), y con el matrimonio Fernandez (Julián y Antonia) y les sobró un poco de dinero en las divisas de todos los países visitados. Los griegos después de cada revolución o cambio de gobierno invalidan el dinero anterior o lo que sea. El viejo del puesto de sandías que primero encontramos detectó la nulidad del billete. La carretera deja a nuestra izquierda, o sea, al este, la ciudad de Salónica, segunda urbe del país. Comprobamos que los hoteles son más bien antiguos y caros. Dormimos en una especie de ciudad dormitorio, a las afueras de Atenas, cuyo nombre no llegué a registrar...

Al día siguiente, día 2 de julio, lo primero que hago es llamar a un número que Themis, una chica griega de Passau me había dado, para que, sabedora de que muy probablemente yo viniera por aquí, dejase tal y cual recado en casa de unos señores amigos de sus padres y que también trabajaban en Nueva York, etc. Acto seguido nos dirigimos a la Acrópolis. Atenas es grande, americanizada, pero caótica, con un ruido terrible, con un tráfico infernal, y con un calor por aquellas fechas de más de 45 grados al sol. La Acrópolis me resulta más bella de lo que nunca hubiera imaginado. Cristina se

dedica a hacer fotos en cantidad: Además de distintas perspectivas de Atenas, tomada desde arriba de la Acrópolis, donde más se concentra es en el Parthenon y en el Templo de las Cariátides: Ahí aparezco yo, con pantalones largos de verano, camisa blanca de manga corta y zapatos todo terreno. Los pedruscos sin colocar que están por todas partes, tramos de las escalinatas y de los palenques o plataformas elevadas, denotan la grandiosidad de la permanencia de aquellas edificaciones. Creo que desde 1972 hasta el presente los trabajos de recuperación y conservación han sido importantísimos. Pero lo que yo ví, entonces, las muescas profundas en las partes inferiores del fuste de las columnas, el deterioro de los basamentos, las mordeduras en frisos y también en las fisonomías de las cariátides..., con ser tan digno de lamentar, permitían que mi espíritu se engolfara en la sin igual conjunción de clasicismo eterno, de resistencia a ultranza a la disolución del tiempo. Confieso que me emocioné: Subí, bajé, sorteé lajas gigantescas de piedra o mármol. Uno podía patear aquello a su gusto, aunque pocas veces ha sentido mi alma más reverencia que yendo y viniendo, subiendo, torciendo, descendiendo, saltando, esquivando... aquella profusión de piedras que asumieron el peso y el paso de los... Platón, y Aristóteles, y para qué seguir. Una verdadera locura de evocación. No olvidaré jamás aquella Acrópolis agreste, abierta, confiada, libérrima, que tan a mi gusto recreé el 2 de julio de 1972...

Pero hay que seguir adelante. “Akropolis, adieu”... cantando con Mireille Mathieu. Salimos de Atenas después de comer. Los días son larguísimos y el calor abusivo. Para entrar en el Peloponeso por tierra hay que discurrir por el estrangulamiento de Corinto. Es impresionante. No podemos detenernos ni un momento para que Cristina saque una foto de la hendidura de 6 kilómetros justos que ha formado el hachazo en el agua verdosa. Aun volanderamente me doy cuenta de que las paredes cortadas a pico y de increíble altura sólo permiten el paso de embarcaciones relativamente pequeñas [Hice idea de consultar todos los detalles sobre esta obra de ingeniería y ya en casa averigüé que su inauguración databa del 9 de noviembre de 1893

y que empezó a construirse en 1881: “Longitud: 6.345 metros; anchura: 21-24 metros; profundidad: 8 metros; altura máxima: 80 metros.” *Geografía Universal*. Instituto Gallach. Barcelona, 1952. Tomo II, pg. 212]. Entrar en el Peloponeso es entrar en otro mundo, y si además se pretende ir a un pueblito chiquitín de su parte suroriental, en 1972 comprobé que se trataba de una preciosa aventura llena de gratisimas sorpresas. Kyparissi es un nombre que suena como un personaje de ficción, una referencia remota a modo de hipótesis. Todos los mapas terminan prácticamente en Leonidion. Cristina obtiene una foto que reza en su reverso: “Vista desde la carretera de Argos hasta Leonidion”, en la que se aprecia una geografía rugosa, una costa con elevaciones ralas horadada por una profusión de entrantes de mar. Llegamos a Leonidion. Preguntamos a un marinero: No sabe nada. Nadie sabe nada. Como digo, los mapas convencionales dejan de señalar carreteras desde Leonidion hacia abajo. Dicen –y esto es lo único que creemos entender con claridad– que desde Leonidion hay un barco diario que... toca en Kyparissi y que tarda seis horas en llegar allí. Parece que se trata de una embarcación de cabotaje, mixta, de transporte y algún pasajero. Pero a mí me horrorizan los barcos y además ya ha pasado la hora de la supuesta salida. Y desde luego no queremos esperar al día siguiente [luego nos enteraríamos de que la mejor combinación para los que no tienen aversión al mar es dejar en todo caso el coche en Leonidion y regresar allí de nuevo, por barco, desde donde uno pueda encontrarse]. La gente se dispara cuando se le pregunta algo. Recuerdo las explicaciones de Konstantin en Kingston (Canadá): Geraki, Demetrios, Moloi, caminos de montaña que aun los mismos elefantes de Aníbal hubieran acusado. Pero yo quiero apurar. Quiero tensar al máximo mis recursos. Cristina se deja llevar; ha visto que 35 años saludables, un buen coche, dinero suficiente, y una idea tan simple y tan clara como la de llegar a un sitio que lo tenemos prácticamente ahí..., ahí, a unos kilómetros más abajo..., ha visto que se puede apostar por ello con pequeños riesgos calculados. Antes de alcanzar Geraki, siempre por caminos de montaña aunque suficientemente señalizados por las rodadas, y ya de noche, entramos

en otro pueblito que creímos Geraki pero que no lo era: Lo recuerdo vivamente: Nada más doblar la pared de un caserón me encuentro con que el coche ha entrado en una plaza, con todo el mundo allí, como en las películas. No sé si José Vélez, el canario, cantaba ya eso de ‘vino griego’ pero cuandoquiera que una de las dos cosas se vuelve a enganchar de mi memoria, la otra le sigue como la sombra al cuerpo. Lo mismo que visualizo a Zorba, el griego; al propio Kazantzakis, su autor; y a Anthony Quinn bailando el *sirtaki*. Aquella plaza conteniendo a toda la gente del pueblo es el documento plástico más imperecedero de la Grecia rústica y agrícola del Sur en una noche tórrida de verano. Surge una jovencita que habla algo de inglés y nos traduce lo que los gañanes dicen. Pero las explicaciones respecto de cómo llegar a Kyparissi son contradictorias. Las gentes en Grecia son también muy primarias, muy “meridionales”, muy de “sencilleces” mentales impracticables por el caos y la imposibilidad que entrañan. No me extraña que muestren el mismo tipo tan “sui generis” de pobreza y de atraso. No saben contestar a lo que se pregunta, y es que en definitiva su deseo irracional de ayudar no es tal sino una urgencia incontinente de hablar sobre lo que no conocen, de enredarse en explicaciones sobre lo que no han visto ni experimentado. Algunos dicen que hablan tal o cual lengua –supongo que se referirán al español, al francés, al alemán, al inglés, etc.– y no tienen idea. Es la típica obsequiosidad inútil, por no decir servil, de todos los pueblos que han nacido para que les conduzcan como borregos y ser peones del juego superior de otros. Sobre Kyparissi nadie sabe allí exactamente cómo llegar. Sin embargo se enciende una luz, y es que el nombre Lafkas que yo he empezado a dejar caer como mejor salvoconducto, es conocido. Todo el mundo empieza a enterarse de que yo soy el amigo de Konstantin, y que también trabajé en Canadá. Pero llegamos a Geraki y al intentar continuar nos perdemos varias veces. Por donde hago rodar al Mercedes ya no es ni siquiera una “mountain track” sino un barbecho pedregoso y lleno de hoyos. Estoy pegando al coche grandes pedruscazos en los bajos. Nadie podía conducir mi coche mejor que yo. Cristina se queda admirada de mi

formidable destreza. Recuerdo vivamente..., hacer descansar al coche en la panza de una enorme piedra y deslizarlo a la hondonada siguiente, sosteniéndolo centímetro a centímetro, con un cuidadosísimo manejo del embrague y del freno... No, no se puede. Hasta Cristina, tan distante ella por pura ignorancia de las interioridades de la aventura psicológica, se asustó de que se nos pudiera estropear el vehículo y entonces sí que habríamos tenido un serio problema. Pero albergaba una confianza ciega en mi Mercedes, manejado por mí, y por eso mismo, para evitar su destrucción decidí regresar a Geraki y ponernos al amparo de unos segadores que también van a Demetrios. Nos invitan a cenar a la 01:00 am. al aire libre. Cristina es la única mujer entre cerca de 15 hombres. Se maravillan de mi determinación de llegar a Kyparissi. Con el que parece jefe de la cuadrilla, hombre serio pero con cierto aire de cultivo intelectual, intento hablar de la historia de Grecia, de filosofía, de todo. Me violento por rescatar frases, palabras de mi libro de griego del presbítero Goñi que estudiábamos a partir de quinto año de Bachillerato... ¡Casi nada! Miraba yo el ámbito estrellado... y un poco al buen tuntún soltaba algo así como... “Urano kalós”. Mezclaba latín con griego, horadando en las posibilidades de mi voluntad con el fin de rescatar expresiones que pudieran incardinarse en aquella atmósfera tan original, tan sugestiva. Una cena allí, a la 01:00 de la mañana en pleno campo, a base de productos sobrios pero inequívocos: Queso, pan, fruta, vino. Preciosa experiencia. De la forma que a mí me pareciera menos impertinente, menos desfigurada... me apresté a hacerles entender que..., que, ... con mucho gusto pagaría todo aquel ágape..., que yo tenía –y bien cierto que era– [ [ ñμ[ , ‘jrema’, dinero. Y claro que todavía llevaba dinero en cantidad. La derrochona y manirrota de Cristina me llegó a confesar que nunca se hubiera imaginado que yo pudiese sacar y sacar tantos dólares canadienses. Los segadores cortésmente declinaron mi oferta y yo entendí que para ellos era un motivo de esmero, de señalización espiritual, el tenernos con ellos, el ayudarnos, aunque a buen seguro no sospecharían que ahora, un día de diciembre de 1997 estoy



plasmando e intentando literaturizar indeleblemente aquel pasaje por el que su propia personalidad queda transcendida en cuadrantes más recordables. Nos acompaña un segador dentro de mi coche. El que conduce la marcha es un Toyota de chasis alto. Ante la falta de señalización se trataba de que había que conocerse cada trozo de suelo; cada hoyo; cada piedra; cada rodada; cada reborde. Es una felicidad contar con una ayuda así..., y llegamos a Demetrios. Nos despedimos de los segadores y ahora, por el hecho de escribir sobre ellos, creo que mi agradecimiento ha cobrado cuerpo, entidad verdadera. Desde Demetrios a Moloí ya vamos solos. A las 03:00 am. entramos en una pensión rústica cuyo nombre no tengo registrado. Desde Leonidion hasta aquí, hasta Moloí, hemos invertido *ocho* horas...

Estamos a tres de julio de 1972 y ver las cosas a la luz del día es toda una revelación. Definitivamente nos hallamos muy cerca. A Kyparissi hay que acceder a través de, aún, tres caseríos o villorrios previos: Metamorfosis; Rigea, y Haraca: Desde este último punto ya es imposible seguir en coche, nos dicen. A partir de Moloí la noticia de que un amigo de los Lafkas, venido de lejos, pretende visitarles se va propagando con la celeridad y la multiplicidad de medios y maneras siempre imprecisables con que estas cosas se difunden entre los humanos. Recuerdo a una mujer de Rigea, de negro riguroso, como Electra, como la actriz Irene Papas en alguno de sus papeles más característicos. El propio Konstantin y varios más de los camareros griegos de los restaurantes que yo frecuentaba en Kingston me habían familiarizado con expresiones como “Baracaló” (gracias); “Ena potiri crío neró” (vaso de agua fría) y menudencias así. No bien le pido a la buena mujer de Rigea el agua, que ella se deshace en expresiones de asentimiento y concordia, y a los pocos segundos me sale con una jarra de agua fresquísima y dos vasos. Cristina registra una foto como “Carretera hacia Kyparissi” que es la expresión de más señalada inminencia respecto de nuestra meta: Muestra la foto un camino de revueltas y de montaña, por encima del lomo pedregoso y áspero de cuyas laderas se encaraman las cruces de los postes, ya no

sé si de la luz o del telégrafo. Tengo en mis notas [A las mujeres de Rigea] “Les regalo mis provisiones”. Supongo que se trataría de algo de conserva. Una vieja nos acompaña a Haraca. Nada más llegar allí dejamos el coche en un ensanche de la calle a modo de plazuela, a la sombra de un frondoso árbol. Ya no sé si somos presentados o que simplemente nos topamos con Chris, un señor mayor, pariente de los Lafkas, que habla un inglés americanizado y que además ya había oído –¿cómo?, me pregunto– de nuestra existencia y de nuestra presencia cada vez más cercana. Ya no hay lugar para confusiones. La información es rigurosa, concreta, veraz. Hasta Kyparissi hay diez kilómetros por el único camino que existe y que se halla cortado, derruido más o menos a la mitad del trayecto. Chris viste de sandalias con calcetines; tiene la nariz amofletada por la punta, y lleva una garrota. Ante la alternativa de esperar a que alguien nos lleve, preferimos andarnos los diez kilómetros. Cristina no puso objeciones. Chris y otro del pueblo se ofrecen a acompañarnos un trozo. El camino comprende un barranco que hay que bajar: “To jeri... To jeri” (La mano..., la mano) dice una y otra vez Chris, como que le diera la mano yo a Cristina. Pero ésta, montaraz y decidida, rechaza toda ayuda, cosa que me complace. Chris y el lugareño se vuelven. Sólo tenemos que seguir y lo hacemos con redoblado brío. Adelantamos a los que van montados en caballerías. Una prima de los Lafkas, tía de Konstantin, nos recibe a la entrada del pueblo y nos conduce a la casa familiar. Todo son parabienes, plácemes, felicitaciones, expresiones de rumbosa admiración. Somos un mito allí, vivos y reales. El padre de Konstantin se llama Stephan, tiene 77 años; y Lewis, su hermano, 70. Este último ha estado 35 años trabajando en California y habla un inglés francamente bueno. Desde el principio hace gala de un sentido común admirable. La madre de Konstantin, y mujer de Stephan, es amabilísima; y la mujer del tío Lewis, igual. Lo que antes de nada pedimos es un remedio para los pies que a mí me sangran algo, por las rozaduras y el intenso recocimiento a que los he sometido. Nos habilitan unas palanganas con agua preparada no sé si con sales o con algo que ellos estimaran conveniente, y mientras tenemos los pies allí

charlamos con toda la familia. Lewis Lafkas nos enseña a decir para casos de emergencia: “Den miló eleniká” (No hablo griego) y “Den katalabeno” (No entiendo), como últimas razones para desembarazarnos de cualesquiera situaciones comprometidas o impertinentes. A continuación nos duchamos y nos lavamos. Me regalan unos calcetines que al final me llevaré puestos. Conversamos a la sombra, en un zaguán parecido al de las casas de Andalucía. La de los Lafkas es una recia edificación de campo, de dos plantas, enjalbegada: Toda la planta baja sirve de habitáculo para las ovejas y las bestias acemileras: La cuadra, el establo, el redil, el corral..., son accesibles a través de una abertura, sin puerta, de medio punto, amplia, de muros gruesos de adobe y ladrillo, un verdadero baluarte contra el calor. La planta alta donde vive la familia presenta las mismas características: Paredes gruesas y recias, encaladas, blanquísimas, tejado de teja tradicional; una terraza en todo el frente, una escalera amplia lateral por donde se asciende a la vivienda, y unas parras y árboles prolongando sus ramas y tentáculos por encima de la terraza. Cristina me hizo una foto con el tío Lewis; y otra entre los dos hermanos... Macetas y tiestos rústicos, bidones, latas, recipientes llenos de tierra y plantas por todas partes. Lewis y yo hablamos largamente de América. Nos dice, un poco por quitarle importancia a la magnífica forma física de que hace gala a sus 70 años..., nos dice que él depende del cheque del Gobierno de los USA que religiosa y puntualmente recibe en Grecia. Cristina resplandece en su feminidad tan... poco agradecida, tan distante. Se daba cuenta de que ni hasta entonces había encontrado a nadie que le propiciara de forma tan espontánea un viaje así, unos encuentros así, de tan variada humanidad, de tan inequívoca y lírica reciedumbre... ni posiblemente lo encontraría. Uno o dos días más tarde Cristina me confesaría que sus padres la habían traumatizado en parte, durante su niñez, por someterla a un tipo de obediencia abusiva. Me contaba ella que cuando le decía algo su padre y ella intentaba un simple... “mais ... je”, él la reconvenía ásperamente, si no es que la zurraba. Bueno –pensaba yo–: He aquí otro caso de desgracia de la que nos quieren hacer

culpables a los demás. Cristina parece resistirse a darse cuenta de que yo soy el hombre que con más fidelidad puede ayudarla a reconocerse como hembra, a realizarse como mujer..., en la medida en que su propia valía, su propio acierto y su propia voluntad se lo permitan. Pero yo he diseñado este viaje con arreglo a un patrón en el que, ni poco ni mucho, pueda intervenir Cristina como elemento perturbador, y lo voy a llevar a término. De momento así tendrá una lección perdurable para el resto de sus días.

Cenamos a la luz de un quinqué. Hablamos de todo. El tío Lewis ha venido y nos acompaña para “servir de intérprete”, dice él. Ya sabe todo el mundo que estamos allí. Cenamos en la habitación donde nació Konstantin y donde también durmió él. La señora Lafkas nos prepara camas en cuartos distintos: Sábanas frescas, lecho recio. El aire se inflama de dulcedumbres cómplices, de lirismos inéditos en este ambiente. A las 06:00 de la mañana del día siguiente 4 de julio Stephan y Lewis nos llevan a bañarnos al mar. Los dos están ágiles de cuerpo y de mente. El pueblo, observo, es tal como lo sugiere una postal que me había regalado Konstantin. Cristina hace unas cuantas fotos. Probablemente no pase de 500 habitantes..., lleno de olivos y de cipreses, de ahí su nombre. Existe una leyenda mitológica sobre el surgimiento de unas fuentes debido a la intervención de los dioses. Llego a la conclusión de que estos pueblitos son por entero propiedad de algunos de sus moradores. Los Lafkas, definitivamente, poseen olivos. Kyparissi, aunque da al mar, se encuentra como reclinado en la solapa posterior de un cerrillo, desde cuya eminencia la contemplación de la pequeña cala presta al paisaje las típicas características mediterráneas: Mar, olivos, y alguna viña. Dos de las fotos de Cristina aciertan en resaltar los husos de color oscuro de los cipreses atiesados entre lo blanco de las cales y el débil rojo de los ladrillos. El baño a las 06:00 am, en un agua virgen, de azul taladrado de luz glauca... es una experiencia recordable; probablemente el punto culminante del viaje, a partir del cual todo tiene que producirse en inevitable descenso, derecho a su finiquitación. A la vista de aquel pacífico y recoleto esplendor Cristina dice “que quiere comprarse un yate” (¡!)

De regreso recorremos el pueblo y se nos dan explicaciones sobre el agua, sobre la escuela, sobre la policía, sobre la claridad del mar. Durante el opíparo desayuno nos presentan, prácticamente, a toda la comunidad. La hermana mayor de Konstantin me pregunta: “How do you like my country?” Es impresionante comprobar cómo la omnipotencia funcional de los USA propicia que en un rinconcito como Kyparissi tenga vigencia la patente de curso del idioma inglés en razón de algunos que hicieron de Norteamérica su sitio de trabajo, su personal meca laboral...

Hemos hecho nuestros cálculos: Debemos tomar un barco en Patrai y saltar a Italia. Los Lafkas nos dan provisiones. Lewis y otro más del pueblo nos llevan en furgoneta hasta donde el camino se quiebra desplomado en un barranco; y desde allí nos observan con prismáticos. Cristina insiste en ir delante. No quiere que mi virilidad se signifique en ningún detalle, por baladí que pueda parecer. Subimos muy bien el barranco. Los pies van ahora protegidos y estamos llenos de energía. Regresamos a Haraca. Nos despedimos solamente de Chris, cogemos el coche y partimos. Prometo enviar cartas a todo el mundo desde España. Ahora hay que moverse. Por fortuna el camino de vuelta lo tenemos inequívocamente marcado: Lo primero, Patrai. El viaje hasta allí es un puro blanco. En mis notas sólo tengo reseñado: “Ruta por Grecia y compra de cerezas. Hace calor y yo me baño en una fuente pública. El coche va imposible de polvo. Llegada a Patrai y lluvia torrencial”. Yo mismo intento justificar lo lacónico de estas notas. Estoy seguro de que las escribí con el fin de no romper definitivamente la narración. Su apoyatura en datos es insuficiente. Sin embargo, y con el mapa ahora delante de mí, tengo la total seguridad de que alcanzamos Sparta, y que de allí fuimos a Tripolis, en el mismo centro de la península del Peloponeso. Recuerdo vividamente que el calor era asfixiante y que llegados a un pueblito, sin salirnos de la carretera, nos encontramos con una especie de acequia de agua que, mal encauzada, vertía un potente chorro a la cuneta de la mano derecha de la marcha. Recuerdo nítidamente que cerré las ventanillas a tope y que me puse debajo. Tan potente y

pesado era el chorro, tan estrepitoso era el ruido que generaba al chocar con el techo del coche, que tuve en un momento miedo de que me abollara la chapa. Por suerte el Mercedes mío, héroe de todo el viaje, compañero mudo, resistió esa prueba igual que había resistido la anterior paliza por los carriles y trochas a partir de Leonidion. Acto seguido estacioné allí cerca, me puse el traje de baño y me quedé debajo del chorro, hidratándome en plan activo, real, salvaje. Esas imágenes las tengo grabadas a perpetuidad. Desde Tripolis hasta Patrai no me es posible recordar si lo hicimos dirigiéndonos hacia el oeste, por Pyrgos; o si regresamos por Argos hasta Korinthos (Corinto), y de allí por toda la carretera de la costa norte hasta Patrai. Sin embargo y por fortuna en mis notas de viaje tengo este detalle apuntado: “Hacemos la foto del canal en el viaje de vuelta. Lluve torrencialmente”. ¿Qué viaje de vuelta? Necesariamente éste: No puede ser otro. Lo de la lluvia torrencial compruebo que es de todo punto coherente, porque también llueve —como diré a continuación— en Patrai. Ahora sí que nos detenemos, colapsamos el tráfico durante unos segundos, y Cristina fuera del coche tira una foto y capta el aspecto de embudo sombrío del canal, de mazmorra marina, sencillamente sobrecogedora. Copio literalmente: “Llegada a Patrai y lluvia torrencial. El viaje ya va de capa caída: Falta el incentivo de una aventura, de un logro; falta presión y estímulo. El barco italiano zarpa a las 22:00 y tarda 19 horas en llegar a Brindisi. Camarotes colectivos y separados para Cristina y para mí. El coche cuesta 46\$ y 25\$ cada uno de nosotros, comidas aparte. Hay que dejar las llaves puestas. Cenamos estupendamente. Miedo al mareo. Lo supero. Tipos del barco: Rubias y tarzanes con pantalones desflecados. Bikinis y pintas típicas y raras. Los colombianos. La señora francesa. Cristina quiere ligar por su cuenta y no parece ver que la faltan muchos quilates para mostrarse interesante a hombres que no la conozcan. Los billetes de banco italianos antiguos en el comedor. Los bandazos del mar por la noche. El barco es bueno y limpio. La vida a bordo así con esa gente es mareante. Las señoras americanas viejas. El personal toma el sol. El chavalito rubio-blanco con jersey verde claro y zapatos de suela de

chancla. Llegada a Brindisi.” Estas notas, y todavía un folio más de ellas siguen estando tomadas en el papel timbrado del Hotel Varadin de Novi-Sad. Muy probablemente las tomara en los ratos en que nos detuviéramos a partir de Brindisi, en que hiciésemos noche, o cualquier otra ocasión en que yo no estuviera conduciendo. De ahí su enjutez, su confianza en mi memoria, produciendo unos textos de imposible integración en ocasiones. Recuerdo distintamente, sí, mi enorme aprensión durante toda la noche, haciéndome la ilusión de que la rigidez o la cualquier otra postura que mi cuerpo adoptara era la mejor defensa para el mareo. Lo de la “señora francesa” quiero rescatar que se trataba de una dama con gran sentido del humor que nos acompañó durante la comida. Lo de los “billetes de banco italianos antiguos” continúa lo relatado con los dracmas griegos: Italia había retirado de la circulación los billetes que les habían sobrado a mis padres en su viaje de 1955. También recuerdo que cuando el camarero, un poco impertinentemente, hizo un gesto así como de... ¿qué clase de individuo era yo como para ir por el mundo con ese papel moneda retirado de la circulación, etc.?... sí, así, como queriendo marcarse el tanto de aparentar rumbosidad a costa de mi poquedad ingenua... recuerdo que saqué un fajo de billetes de dólares de alta denominación..., como diciéndole: “Coge lo que quieras de aquí, so piojoso”..., a lo que la señora francesa reaccionó con un cordial y conciliador... “¡Tiens. Voilà!”

Nada más poner el pie en Brindisi, en Italia –no se olvide, por primera vez– a las 17:30 de aquel 5 de julio de 1972, me di cuenta de que aquello se trataba de un mundo especial. Puedo intuir sin temeridad alguna que el brocardo que he venido repitiendo ya sin cesar “Lo peor de Italia, los italianos” quedó fraguado en aquel primer viaje. Italia, lo italiano, una maravilla, un derroche así como si nada de lo clásico, de lo antiguo, lo moderno, lo actualísimo. Italia, cualquiera de ellas, la del sur sin ir más lejos me pareció desde un principio soberbia, elástica, sabia, sabedora, y mi impresión se agrandaría con el correr de las horas y de los kilómetros. Propongo a Cristina acercarnos a Lecce a hacer una visita a mi amiga María Pía Stefanelli, también

amiga de María Eugenia en épocas pasadas pero aún próximas, ¡ay! de Santander. Lo portentoso de los viajes puede ser su capacidad de generar coordenadas súbitas de espacio y de alma. Nunca anticipé que desde Grecia saltaría a Italia. Como he dejado dicho en algunos otros lugares, los viajes suelen reducirse a la mitad del recorrido en un principio diseñado. Al salir de Passau y vernos haciendo kilómetros por Austria, por Hungría, por Yugoslavia..., no era fantasmagoría ni ingenua pretensión la de haber llegado hasta Estambul; ni el hecho de la impracticabilidad de visitar Albania se debía a ninguna carencia o merma en mis capacidades o en mi disposición. Los viajes a lo largo de su propia dinámica generan virtualidades no anticipadas, propician recursos inéditos con los que el protagonista se siente cómplicemente comprometido, cordialmente involucrado. Nunca pensé que tocaría en Brindisi..., porque pudo muy bien haberse tratado de otro puerto entre los innumerables que existen en este tacón de Italia. Pero he aquí que la línea de *ferries* de Grecia a Italia, y por los mares Jónico y Adriático, tenía en la conexión Patrai-Brindisi su servicio estrella.

Estoy en Brindisi y Lecce se encuentra a menos de media hora de coche. María Pía es una italiana preciosa y rellenita. Su marido Gino, un primor de cordialidad. Nos llevan a su apartamento y pretenden invitarnos a todo, regalarnos todo. La madre de María Pía, la típica italiana desbordante en exteriorizaciones cargadas de emocionalidad, de raptos compulsivos de autoafirmación de cosas sabidas por ella, como de personales pronósticos. Una verdadera categoría de mujer italiana del Sur. Accionando las manos, bien juntas, bien combinando su movimiento con su asentir con la cabeza muchas veces, la expresión más repetida, que más veces me dedicó fue la de... “E vero, e vero”...; o sea, que era cierto, que era verdad que yo apreciaba mucho a su hija, y que su hija no la había engañado al decirle que tenía un buen amigo español. Porque efectivamente, desde que nos conocimos en Santander y María Pía me había participado su interés por la obra de Bécquer, yo no había dejado de enviarle cosas, papeles, publicaciones, la última de ellas, aparecida ese mismo 1972, era *Estudios sobre Gustavo Adolfo Bécquer*. Madrid: CSIC. Instituto



Miguel de Cervantes (Tirada aparte de la *Revista de Filología española*). Por lo visto, desde mi casa de Alcalá de Henares le había anunciado que me disponía a pasar dos meses en Passau, etc., etc., y también por lo que parece, María Pía me había enviado una postal que no me llegó a alcanzar, informándome de su recién celebrado matrimonio. Como digo, un nudo compacto de cordialidad, de familiaridad expansiva, inundante, “a la mediterránea”. María Pía y yo hablamos de Literatura. Quieren que nos quedemos, pero ante la inviabilidad de tal pretensión accedemos a darnos una vuelta por Lecce, ciudad de unos 100.000 habitantes, con dos iglesias barrocas de excepcional valor, entre otras muchas señales de arte. Cristina, a todo esto, pasmada y halagada de que mis amistades sean reales y tengan... entidad. Pero hay que irse. María Pía, su madre, y Gino nos conducen al empalme de la nueva autovía hacia Brindisi, a cuya realización él, Gino, como ingeniero de caminos que es, ha contribuido. Gino se despide de mí abrazándome y besándome en plan fraternal en ambas mejillas. Aquello es demasiado para mi sensibilidad. ¡Qué incalculable ejemplo de familia!

Subimos de nuevo a Brindisi y continuamos un poco más, hasta Fassano. Se nos está echando el crepúsculo encima y algo debió hacernos decidir por esta localidad, mejor dicho, por Selva di Fassano, una especie de aledaño o pedáneo. “El Hotel es espléndido. La cena, extraordinaria”. Así lo recojo en mis notas. La gente de la administración del Hotel es muy lenta, algo indolente, como disponiendo de todo el tiempo del mundo. Hace calor. Cristina me quiere ya, pero seguimos separados. Esa noche se despide desde la puerta de su habitación con ademán poblado de vacilaciones y sospechas. Pero yo he apostado por la línea de la heroicidad, de la más rigurosa milicia. He echado mis cuentas y prefiero que Cristina me recuerde por todo lo que este viaje está significando para su vida despoblada completamente hasta ahora de cosas así, que no que... acaso provoquemos un mutuo desencanto. Hay papeles, cometidos que pesan, que agobian y que marcan. Tal vez el mío sea uno de ellos, pero la decisión estaba tomada y no era cuestión de estropearlo por un

par de días más, escasos, de compañía. Hace calor y además mi alma siente la desazón. Pero resiste, se autoafirma. Tal es el tipo de retos y de apuestas al que yo estoy volcado; yo, tan enemigo de los lances de azar.

A la mañana siguiente, día 6 de julio, lo veo todo con la máxima claridad. De momento Cristina saca una foto cuyo reverso reza ‘Selva di Fassano’ y en la que se distinguen hasta seis construcciones cónicas, de mayor a menor, rematadas en todo lo alto por una escobilla o florero, como si se tratara de un conjunto de almiarres arquitectónicos y descansando en una plataforma o explanada sobre viaducto, una sección de cuya boca de entrada al túnel la foto de Cristina alcanza malamente a mostrar. No he podido descifrar su identidad y su uso. Recuerdo que el Hotel estaba instalado en una especie de jardines, de “selva”, con cenadores, glorietas arboladas, una preciosidad de bío-topo. El pequeño acertijo de la fotografía, como tantas otras cosas, espera su solución en los encontronazos espontáneos que propicie el caleidoscopio de la vida. El viaje —y esto es lo que hay que tener en cuenta— está vencido. Hay un punto en toda peripecia en que desaparecen los fulgores del empuje y lo único que desea uno es regresar al punto de partida..., acaso para volver a empezar con la perspectiva renovada. Kyparissi y María Pía han sido de momento y sin discusión los dos ápices, los torreones de mi afán, y a partir de ahí sólo cabe descender. A mí me queda un arco de viaje que con un mapa delante abarca en su curvatura Italia, Francia y España hasta llegar a mi casa. Se lo consulto a Cristina y está de acuerdo conmigo. No es sensato intentar detenerse aquí y allá en Italia, una hora viendo esto; dos horas viendo lo otro..., etc. Apuesto por mi sistema: Atravesar el país, sin hacer más calas y empaparse de las cosas que el ámbito de los espacios recorridos en coche nos preste. Hago idea de venir a Italia en alguna otra ocasión, a estudiar la lengua, y entonces tal vez lleve a cabo las permanencias y las incursiones con detenimiento. Pero ahora la dinámica es de otra naturaleza. Nos detenemos brevísimamente en Bari, lugar de trabajo por excelencia de Benedetto Croce. Intentamos cambiar las liras viejas. Nos enteramos

de que los Bancos funcionan también por las tardes. Bari tiene un ritmo agresivo, rapidísimo. Allí conectamos con la autovía que ya no nos dejará hasta la frontera con Francia. Atravesamos la Apulia y entramos en la Campiña; pasamos de la costa este a la costa oeste, algo así como arañando desde el talón hasta la espinilla de Italia. La autovía deja a Nápoles unos kilómetros a la izquierda. En la ligera bruma caliginosa nos parece ver el embudo del Vesubio, también a la izquierda de la autopista. El nombre de Capua me empapa de historia. Entramos en el Latium pero dejamos a Roma también en nuestra margen izquierda. Hay que regresar a casa. “Cristina tiene raptos de estupidez más o menos consciente: Expresiones, opiniones, comentarios que enconan mi estado de ánimo y me impulsan a querer regresar, terminar ya cuanto antes. Nuestra idea de visitar Florencia me parece ya absurda. ¿Para qué? Se trata de hacer kilómetros por las autopistas. El dinero se volatiliza. A Cristina no le gusta –dice ella– hablar de dinero. Ella no conoce la diferencia entre gastar, por muy alegremente que sea, y tirar, derrochar, que es lo que ella hace”. Es curioso. He trasladado este párrafo entero de mis notas de viaje porque en él se contienen algunas claves de interés. Una, es que por primera vez me apercibo de que mi dinero no es inacabable. Italia es preciosa pero carísima. Las autopistas son excelentes pero hay que pagarlas. Otra clave es que Cristina, como digo, confunde nociones elementales y aunque, *sensu contrario*, mi dinero hubiese sido inextinguible, la contrariedad producida por alguien incapaz de distinguir entre gastar, derrochar, quemar, etc., sin el menor atisbo de autocritica, seguiría siendo traumático. La catedralicia Orvieto, dentro ya de la Umbría, me recuerda mis clases de Arte en la Universidad de Madrid, y las explicaciones de don Francisco Javier Sánchez Cantón sobre el gótico. [El lago Trasimeno, Perugia, Assisi... quedan a la derecha de nuestra ruta] Luego penetramos en la Toscana. Siena a la izquierda de la autopista; Florencia, a la derecha a escasa distancia. Desde Montecatini nos dirigimos ya hacia la costa oeste, a la así y propiamente llamada “Autopista del sol”... Dejamos Pisa un poquito debajo de nosotros. Tenemos dificultades en encontrar hotel. Nos

informan contradictoriamente: Lucca, Viareggio, Camaiore, etc. Por fin, Viareggio. El “Hotel Príncipe del Piamonte” [aunque seguimos en Toscana] tiene empaque. Es ya muy tarde. Nos cobran la hora tardía de la cena, pero cenamos bien. Sin embargo el vino en jarra de la noche anterior en Fassano nos sabe mejor que el de esta noche, por 1.500 Liras y en botella. Se trata de un rosado regular. La cena es algo melancólica. Todas las cercanas despedidas conducen a una muerte. Todo sabe, huele, invita a despedida. Las habitaciones tienen oscuridad y un timbre o botón de luz que controla tres distintas iluminaciones. En el momento de concertar el alojamiento, me dicen que seis mil Liras (6.000) cada habitación y hago que el empleado de recepción me lo apunte en un recibo o tarjeta con membrete. A la mañana siguiente intentan cobrarme *siete mil*, pero el tío cabrón recepcionista, distinto del de la noche anterior, se queda con las ganas de estafarme un céntimo cuando le enseño el recibo con el precio. Voy al Banco y cambio dinero, espero que por última vez. Cristina se molesta de mi actitud pero yo la digo que si se cede en esas cosas se destruye la personalidad. Por lo menos tengo la satisfacción de que he alquilado dos de las habitaciones más caras. Antes de marcharnos me doy un baño en el mar: En aquella playa, aguas adentro, se ahogó Shelley: He ahí mi forma personal de solidarizarme con su nombre. Salimos a las 10:00 am. de Viareggio y estamos ya a 7 de julio... ¡¡San Fermín!! Yo estoy molesto. El coche parece resentirse de los golpes en las tripas y ya me creo que le suena el escape. Entramos en la Liguria y dejamos La Spezia ligeramente abajo. Llegamos a Génova y confieso que me impresionó su tremendo pulso mercantil, sus fabulosas tiendas, sus gentes bien vestidas. Cristina sigue comprando bobadas. El poco dinero suyo que traía, reservado hasta este momento, ahora, ya cerca de su destino, lo derrocha en sandeces. Cambio una vez más dinero. Nos paseamos por el puerto. También por el barrio de las putas. Cristina acierta con una foto espectacular de un sitio que no llegamos a dejar registrados tratándose como tiene que tratarse de algo conocido por su magnificencia: Yo supongo que tiene que ver con Colón pues las especies de jardines monumentales comprenden cuatro

parterres en pendiente, flanqueados a ambos lados por cuatro tramos de escalinatas y otros macizos de verde, quedando todo presidido y como abrazado arriba en lo alto por una muralla combada de arcos, repleta de flores y de plantas en abundancia gloriosa, radiante y festiva. Cada uno de los tres prados en declive tiene estampado el dibujo en flores de una carabela, y el cuarto, el contiguo a la calzada, tres anclas... Una proeza de pensiles y de espacios florales limitados por la arcada superior y enormes setos cortados en ángulo recto lateralmente. Comemos muy bien en Génova. En los viajes largos en coche la comida sirve de reparación de fuerzas y de ordenación del espíritu. Ahora que nos vamos acercando al fin, Cristina me viene descubriendo poco a poco más y más secretillos de su [falta de] personalidad! Durante las comidas normales no engulle grandes cantidades pero luego tiene que estar picando todo el día. No sé si eso es lo que se entiende por bulimia. El caso es que no para de comprarse chucherías, cosas de dudosa higiene. De ahí que esté rellenita tirando a gorda, si bien tiene a su favor que es alta y que en su chasis se pueden alojar más kilos de los estéticamente deseables. Sí, Cristina en algún que otro rapto se confiesa conmigo. Puesto que entre nuestras dos orillas sólo se ha enseñoreado un mar de compañerismo asexual, tal vez como mejor convenía a la sustancia de un viaje así, Cristina no tiene reparos ahora en relatarme particularidades de su vida, de sus dolencias, de sus achaques. Me dice, así, de buenas a primeras, que tiene... acetona en ya no sé dónde, lo cual se le traduce en tampoco recuerda qué efectos respecto de su aliento. Pero en lo espiritual, que es lo que aquí más importaría, me informa que ha tenido poco cariño por parte de su familia, y que desconfía de todo el mundo [¡Y qué pollas me dices a mí de eso —pensaba yo!] Antes de ser atacada se defiende de todo. Cristina tiene una mentalidad admirablemente laxa para las cosas que más le agradan a primera vista, aunque acto seguido se tornen negativas. Cristina se ha equivocado muchas veces mirando el mapa; ha emitido juicios tergiversados y ha dicho innumerables tonterías cuya correcta comprobación no se ha tardado en verificar más que unos cuantos minutos. Y sin embargo se empeña en tener

razón siempre y en mantener a ultranza que está en lo cierto. ¿Por qué? Me repite entre una y otra cosa que su niñez ha estado empapada de asperezas. El comportamiento de sus padres parece haber sido autoritario sin concesiones [¡¡hombre, no. Bueno estaría que una mocosa hubiera crecido sin freno y sin control!! –pensaba yo, sin atreverme a decir nada] y Cristina parece haber sufrido mucho. Se siente sola, sin voluntad de fe. Cree que el mundo es incapaz en absoluto de hacer nada bueno así sin más, sin pedir nada a cambio. Por eso conmigo ha quedado desbordada, falta de razones, con toda su cosmovisión desarticulada. Respecto a su habilidad con los idiomas [tema sobre el que despliega unas creencias que rayan en lo cómico] Cristina está empapada en un crasísimo error. Habla español y francés porque es nativa originalmente de las dos lenguas. Alguien en el Goethe institut –creo que el chico americano de mi clase– al oírla decir cualquier bobada estereotípica de tres o cuatro palabras en inglés, la preguntó que... de qué Estado USA era, y la pobre Cristina ha quedado intoxicada con semejante memez. La verdad es que, en lo que al inglés se refiere, disponía de un vocabulario reducidísimo y de una gramática aún más endeble, que le permitían, eso sí, decir cuatro frases con cierta competencia en la mimetización de algunos sonidos sólo, porque fuera de la pronunciación de las 200 palabras que debe de conocer... no tiene idea de nada más, y por lo tanto tampoco conoce su pronunciación correspondiente. O sea, de inglés sabe lo que alguien ni muy tonto ni muy listo puede aprender en un curso de academia de un año de duración. De alemán la buena de Cristina sabe... lo que se puede saber pasada la primera mitad del *curso básico*; es decir, la mitad de lo que yo sé, y seguramente mucho menos. Y obsérvese bien esto: A mí cuando me preguntan que si sé alemán digo que muy poquito, pero ella dice que... ¡naturalmente que sí! De italiano sabe menos que yo, y no obstante dice que lo sabe. Cristina es una optimista fantástica, un poco irresponsable y un muy mucho mal informada sobre las cosas básicas de eso que, más o menos, todos llamamos existencia en sociedad. Ya dije más arriba que Cristina ha intentado resistirse a la evidencia de que yo soy el hombre que con

más propiedad hubiese podido celebrar sus presuntos o supuestos –y nunca demostrados– méritos de hembra. Pero ella en una huida de sí misma hacia el vacío de delante ha intentado flirtear con todo bicho viviente en cuanto ha tenido ocasión: Con los músicos de Gevgelja; con un marinero y con unos americanos del ferry a Brindisi, tomando el sol en bikini encarnado, diciéndome con aire de torpe provocación “que estaba cansada de mí” (¿?), y demostrándome con hechos todo lo contrario; con los hechos de venir a mí replegada y escocida por el poco aprecio que de ella hacían aquellos a quienes ella pretendía... encandilar!! En la playa de la calita de Kyparissi vi por vez primera sus formas de mujer: Tiene dos senos cumplidamente generosos, cuyo control y comportamiento la obligaban a ajustarse las tirantas del bañador, y a aliviarse con un leve toque o pellizco de despegue el rigor de los elásticos sobre su carne. Sin gafas los ojos de Cristina parecen los de un conejo asustado y perdido. Los ojos de Cristina sin gafas se hacen inocentes, pudibundos, acabados de nacer. Excepto en la Acrópolis, en que aparezco diminuto y casi irreconocible para cualquiera que no me conozca, Cristina no me invita a aparecer en las fotos que hace, quizá por creerlo una concesión a su blandura o a su condescendencia. ¿Sospecharía ella que tales cosas no sólo no me importaban sino que me divertían? Pero estábamos en que comemos muy bien en Génova. Caemos en una especie de tasca de uno de los barrios del puerto, y la tabernera, una señora dispuesta y amable, nos da una buena pizza y riquísimas sardinas asadas que regamos con vino tinto rugoso. El calor es tremendo. Nos subimos de nuevo al coche y llegamos a Ventimiglia, apellido opulento con el que Emilio Salgari popularizó a Yolanda, hija de “El Corsario Negro”. La frontera con Francia se halla prácticamente allí mismo. Conducir por la Autopista del Sol ha sido un encanto..., caro, pero encanto: Los pasos elevados sobre valles, sobre hondonadas, fallas del suelo y demás accidentes dan testimonio de la colosal obra de ingeniería que los italianos han acometido. Si es verdad que buena parte del sistema de autovías lo diseñó el régimen de Mussolini, me pregunto por qué los dictadores no se dedican *exclusivamente* a hacer cosas así.

Salir de la Riviera de Italia y entrar en la Costa Azul de Francia es cambiar a peor en lo relativo a circular. En la oficina de cambio de moneda del paso fronterizo se estropea la máquina calculadora precisamente cuando le toca el turno a Cristina. Las cuatro perras gordas que han sobrado se cambian por lo barato, por no llevarse uno chatarra a su casa y exponerse a que el dinero deje de tener vigencia, creerse uno que la tiene, traerlo en una próxima visita turística y darse el pego. Mis notas registran lo siguiente: “Hace un calor insoportable. La carretera de la Costa Azul es una puta mierda. Cristina dice acordarse de unos parientes que viven junto a Niza, en Antibes, y decide visitarlos”. A mí me da igual dejarla junto a Marsella que aquí en Antibes. De cualquier forma piensa coger el tren para Clermont-Ferrand, su destino final en Francia. Se llega a Antibes y se busca con laboriosidad la casa. Se encuentra. Su familia, o sea, su tía y su prima y el marido de ésta, allí en aquel momento, la reciben con agrado pero sin entusiasmo. Es portentoso comprobar que las grandes adivinaciones, los mayores y mejores ejemplos ilustrativos pueden llegar a nosotros a través de circunstancias secundarias y absolutamente fortuitas. La familia de Cristina me propició una lección de ese “savoir faire” y hasta de esa “finesse” tan francesa. Yo soy un amigo tan ocasional de Cristina que me da igual todo. Pero cuando se enteran de que soy profesor de Universidad parecen más complacidos. Hasta la prima de Cristina, preciosa y esmerada joven, dicho sea de paso, se sienta conmigo un poco así, aparte, y con esa dulzura tan femenina, tan calculada y tan conciliadora, tan convincentemente didáctica, diría yo, me pregunta por mi vida. Es una pena que ella no hable más que un poco, muy, muy poco de inglés. Saco todos los recursos de mi francés, me acongojo y me inculpo de no tener fluidez elegante aunque sólo fuese para conversar ahora. Hago lo que puedo. Sobre todo se les hace patente que la compañía que Cristina ha tenido durante todos esos días pasados no es algo con lo que uno se topa así por las buenas. El francés, aunque mediterráneo, es también “nórdico”, y su personalidad está justo a medias entre la expansión incontenente del español, digamos, y el hermetismo del



“under-statement” de un inglés, por ejemplo. Me consta que Cristina les ha dicho, orgullosamente, lo que hemos hecho, donde hemos estado, y más que nada, y subrayo bien esto, *quién ha pagado toda la fiesta*, cosa que supongo, en la categoría de avidez interesada o de tacañería ambiciosa que se apuntan como característica más cimera del temperamento galo, tuvo que disponer a la familia de Cristina muy a favor mío. Desde luego que la tía es una señora refinada y “charmante”, y su hija, o sea, la prima de Cristina, muy bella y un arquetipo de buenos modales. Nos invitan a una cena improvisada, sólo para nosotros dos, Cristina y yo, puesto que era poco más de media tarde. Las viandas son abundantes y de primera calidad. Cristina, un poco desde su vertiente hispánica, y como por contrarrestar su parte francesa, se hace la generosa conmigo y me dice, bien la recuerdo, ... “come, come todo lo que puedas, que estamos invitados”. Ahora, al cabo de los años, me sonrío y creo estar mejor en posesión de la clave de aquellas palabras. Cristina, por un lado, me quiere decir que era la primera vez que estando con ella no iba a pagar yo factura alguna; y por otro, algo así como que no esperaba tanta rumbosidad, tanta liberalidad por parte de su familia francesa..., y que había que aprovecharlo. Huelga decir que yo sólo probé parcamente algún postre, y lo que sí recuerdo es que bebí bastante leche. A continuación el matrimonio de jóvenes y yo llevamos a Cristina al tren. Me despido de ella con un beso casto y asexuado, de compañero de aventuras, en cada mejilla, y salgo corriendo hacia mi coche.

Me queda mucho para llegar a la frontera de España y son las 20:00 horas. Me queda superar toda la doble comba de ruta que forma el tramo costero desde casi el arranque de Italia hasta España. Me pongo en marcha con brío y con determinación. Voy alimentado y según mis cálculos no necesito comer ni beber ya hasta el día siguiente. Se hace de noche y pierdo la carretera principal. No sé por dónde ando. Sé que voy hacia la dirección propuesta, siempre hacia el oeste y siempre hacia abajo, pero nada más. El sueño puede conmigo y en un camino rústico estaciono y me tumbo un poco. No puedo precisar si he alcanzado o no Avignon. Me encuentro desolado y flotante, desasido

de la conciencia; irredento y como apesadumbrado, acaso preso del síndrome de ese hondón atípico parecido al que acomete a la mujer que después de alumbrar dos o tres hijos al tiempo, y disfrutar efímeramente de su capacidad generativa..., se enfrenta al vacío anestesiante de una responsabilidad no imaginada. Salvadas las diferencias, a mí me ocurría algo equiparable: Había llegado a la cima de una laboriosa y sostenida secuencia de realizaciones – Passau, los exámenes de alemán..., y los diez días de viaje con Cristina–, y ahora lo que encontraba difícil de asumir era el descenso al plano de lo cotidiano mensurable. Supongo que sería eso o algo extrapolable. El caso es que me encuentro mal, triste, sin agarradero para justificarme. Estoy atrozmente cansado y triste. Quiero relajarme, pero es tontería: Todo me parece incómodo. A eso de la 01:00 am. vuelvo a seguir adelante, ahora con redoblado brío. Tengo fe en mi coche. El depósito de gas-oil me permite rodar cerca de 700 kilómetros, y con lo que ya llevo andado puedo llegar a España. A partir del empalme de Avignon el camino no tiene acertijo: Nimes, Montpellier, Beziers, Narbone, Perpignan... Los kilómetros se hacen peligrosos. Hay ocasiones críticas. Sobre todo en una curva, en el interior de una ciudad francesa: Voy fuerte, no distingo bien la calle y me encuentro con doblez en L a noventa por hora, cuando un camión articulado, de esos de remolque largo, me cubre por completo el ángulo de 90 grados doblando él a su vez. Registro en mis apuntes lo siguiente: “Francia es una puta mierda. Hay montones de pueblos atravesados por la carretera y que hay que tragarse por cojones. Además, la desfachatez de estos vecinos llega al colmo cuando se entra en los tramitos de autopista que tienen en esta región del Sur y se encara uno con los flamantes anuncios sobre las distancias a las ciudades próximas y siguientes. Ponen las cifras máximas dentro del cartel de señalización, cuando lo cierto es que a los pocos kilómetros se termina el tramo de autopista construido y los kilómetros anunciados hay que hacerlos a pulso por carreteras medianas”. No cabe duda de que el estado de ánimo en que me encontraba al redactar estos detalles no era precisamente positivo. Pero avanzo, avanzo siempre. Llego a La

Junquera a las 04:00 am. Voy deshecho. La aduana, bien; sin pegas. Se ven coches de extranjeros que penetran en España. A los pocos kilómetros de la frontera me detengo en un hostel de carretera o zona de servicio. No recuerdo. Son las 05:00 am. cuando me meto en la cama. Al poco rato percibo luz de amanecer. Me siento extraño y agradecido de haber acabado todo así, de una pieza.

Ya en España echo el cierre definitivo a una categoría de preocupaciones como han sido la de culminar con éxito mi cometido académico; la de llevar a término mi visita a Kyparissi; la de haber salido airoso con el esquema de comportamiento que desde el comienzo me tracé respecto de Cristina y que a través de las diversas procelosidades he conseguido mantener enhiesto. Ahora me enfrento a la emotiva digestión de todo lo que acabo de pasar; necesito tiempo, necesito que mi visceración psico-somática funcione bien, funcione a tope con el fin de hacerse cargo de la tremenda marejada vivencial que me encharca el espíritu. Y lo primero, lo más inaplazable que tengo que hacer es proporcionar alguna atención al templo de mi alma, a mi pobre cuerpo. Estoy rendido, devastado aunque seguro de que la patente de curso de mis casi 36 años correrán con todos los riesgos. No duermo prácticamente nada. La mejor cuota de descanso me lo proporciona un buen baño y la sensación de las sábanas limpias del motel. No estoy más de siete horas allí. Continúo siempre hacia casa ya. Me desvío de la autovía y me detengo en Tordera, a saludar a Reginald Dixon y a su mujer Iris. Cordialidad colosal. Cuando le participé a Reginald mi previsión de llegar a Alcalá ese mismo día [nunca olvidaré el proverbial sentido común y de la proporción de este hombre admirable], me hizo ver... que todavía me faltaban 630 kilómetros hasta Alcalá de Henares. No guardo registro pero supongo que comeríamos algo allí en Tordera. El caso es que después de despedirme de los siempre gratísimos Dixon reanudé la marcha. Lo que sí recuerdo es que en Igualada, a medio camino aproximadamente entre Barcelona y Lérida, no pude más. Iba materialmente dormido. Me metí en plena tarde en un hotel junto a la carretera que tenía al lado, además, una estación de servicio. Era la noche número *once*

desde que salí de Passau, y como en un inocente divertimento me las fui repasando: Györ; Novi-sad; Gevgelja; cerca de Atenas; Moloi; Kyparissi; barco de Patrai a Brindisi; Selva di Fassano; Viareggio; pasada la frontera francesa y ya dentro de España; y por último, aquí, Igalada...

Ya en Alcalá de Henares me incorporaría al ritmo organizativo de todo lo que había dejado detrás de mí. Me había llegado ya el diploma oficial del Goethe, o “Zeugnis” en el que aparecían mis dos *notables* o “gut” en *Verständnis* (comprensión) y *Sprechfertigkeit* (expresión oral); y mi *aprobado alto*, o “befriedigend” en *Schriftlicher Ausdruck* (redacción) conforme a los exámenes habidos el día 28 de junio 1972. Así que ya estaba yo en posesión del *Grundkenntnisse der Deutschen Sprache*. Otra cosa hecha y otra cosa menos por hacer. En un orden de cosas muy distinto, me acerqué a que mis amigos los mecánicos Vivas me echaran un vistazo, así de bulto, al coche. Les hablé de un como ruidito, choque o pequeño traqueteo continuado que me parecía percibir de alguna parte del chasis, como por debajo del motor. Hecha la pertinente inspección, la cosa no era sino que de los tres enormes tornillos que sujetan el tubo de escape al bloque del motor, en su mismo arranque, uno de ellos había desaparecido. Los trajines por todas aquellas trochas, carriles y barbechos del Peloponeso aquí justificaban su realidad. Me preparé a enviar cartas o postales de recuerdo, reconocimiento y gratitud a mucha gente. En mis notas tengo reseñados: “Zieske; Käsmayer; Röster [no recuerdo su identidad en el momento en que esto escribo; acaso se tratara de la familia de Matilde]; Lewis Lafkas; Stephan Lafkas; señora de Lafkas; hermana; prima que nos recibió; señor que nos acompañó; Chris; señoras del pueblo anterior [Haraca]; María Pía; Gino; mamá; señores de Antibes; amigos del Goethe Institut”. Con semejante programa supongo que encontraría entretenimiento para buena parte de lo que quedaba de verano. De Frau Zieske recibí pronta respuesta a mi carta: Me decía que mi alemán era *muy bueno*, y que sólo había detectado una pequeña falta en lo escrito por mí. Conservo una foto que acompañó, preciosa, como una postal en cartulina, blanco y negro,

probablemente sacada por el propio Herr Zieske: Muestra una estupenda fuente cuya pileta inferior en forma cuadrangular ligeramente atrebolada, está continuada por encima por un monumento propiamente dicho: Sobre una empanada circular de piedra, de bordes redondeados y circundada de luces, se asienta una también como especie de concha en la que aparecen pájaros y torsos humanos; a partir de ahí, hacia lo alto, un basamento que sostiene una sección de columna parecida al componente inferior de una pieza de ajedrez, en la que a su vez se acomoda la efigie de una mujer ligeramente inclinada hacia adelante. La foto está tomada de costado y por tanto la mitad de su identificación la hago descansar en mi improvisación intuitiva...

De Cristina, desde Venezuela, a donde había regresado, recibí las fotos del viaje. Durante algún tiempo dispuse de su dirección, una especie de apartado de correos o así, y ya no sé si nos llegamos a intercambiar alguna carta más. Cuando me escribió, eso sí, dejó traslucir su admiración y su cariño hacia mí. Supongo que se trataría del efecto salutífero de la perspectiva y también del síndrome clásico de que, encontrándose en su ambiente familiar restrictivo, añoraría forzosamente las correrías que nos pegamos por Europa. En 1978, hallándome yo por diversos países de Suramérica y previendo hacer una escala en Caracas, le mandé a Cristina un telegrama desde La Paz (Bolivia) informándola de mi llegada, junto con un vago... “me encantaría verte de nuevo”, etc. Las comunicaciones por aquellas tierras no inspiraban garantías. Por si fuera poco, al llegar al aeropuerto de Caracas y estar técnicamente “en tránsito” no nos dejaron abandonar el área asignada a dicho menester. Acaso ni siquiera Cristina se encontrara en Venezuela. Ni entonces la ví, ni ya jamás tuve de nuevo noticias de ella. Pensándolo bien, y con rigor simple, decidí que tan sólo por alusiones, y entre otros de permanencia directa, su nombre apareciese en el título de dedicatorias de esta vineta.

## **Camarera veneciana, verano 1974**

Con frecuencia las excusas para emprender un viaje suelen ser, si no disparatadas, sí conscientemente inexactas. Hay momentos en que el espíritu baraja y potencia toda suerte de recursos irreales con los cuales auto-catapultarse hacia metas caprichosas apenas entrevistas. En situaciones así acaso podríamos hacer bueno eso de que lo que importa no es la posada sino el camino, aserto del que personalmente disiento en un mayor porcentaje de casos. Sea lo que fuere, ocurría que el paisillo de Albania se me había incardinado en el tráfigo de mis especulaciones, y que no hacía más que darle vueltas para encontrar una coartada, por muy en falso que pudiera parecer, para... por lo menos, eso que dije antes, ponerme en marcha, ya que todos los indicios racionales se pronunciaban en idéntico sentido, a saber: Que Albania era un fortín cerrado a cal y canto; que sus pocos más de tres millones de habitantes vivían bajo el totalitarismo de las tesis de Enver Hoxa, y que las batallitas del, por otra parte, culto dictador, educado en Francia, etc., etc., se traducían en mantener las puertas de su cortijo clausuradas a todo lo que pudiera interpretarse, ni siquiera de lejos, como turismo. En mi viaje de dos años atrás, a mi salida del Goethe Institut de Passau, ya vimos que había merodeado, por así decirlo, por los confines de aquella República Popular. Había bajado por todo el Nordeste de Yugoslavia; había penetrado en Grecia y había salido por el Peloponeso, abrazando siquiera de forma holgada la citada People's Republic de Albania... Pero ya se sabe que los mitos nunca mueren, y que cuando no existen excusas hay que inventarlas.

Aquel verano de 1974 se dio el caldo de cultivo propicio para un tipo de viaje irrepetible; quiero decir, que con haber realizado uno como botón de muestra sacié con creces mi curiosidad para el resto de mi vida respecto de ciertas experiencias.

Vivían en Alcalá de Henares una pareja de buenos amigos, Juan y Conchita; él, sobre todo, acérrimo entusiasta del “camping” hasta límites de enfervorizada insania. Ella, Conchita, como buena esposa de su marido –y muy atractiva, por cierto– se dejaba llevar sin

hacer fe pública de ninguna personal preferencia. ¿Camping? Para mí aquello sonaba a gitanería, a remedo de cómico de la legua, a chamarilero que va de lugar en lugar provocando tan sólo desconfianza en todos aquellos con los que trata. Bueno, algo parecido. A todo eso y a mucho más me ha sonado lo de hacer camping; y tales han sido las estampas que mi imaginación ha visualizado de semejante menester. Pero he tenido a gala tensar mi flexibilidad, ponerla a prueba hasta cotas de extenuación o rompimiento. Por mí, que no quede; que no digan que por mi falta de voluntad imaginativa se ha podido malograr un proyecto, aunque en el caso que nos ocupa, más que proyecto se trataba de una chapuza compadresca sin más consecuencias, como a continuación podrá verse.

Por aquel entonces una chica de Almería, Carmita, pasaba en mi casa una temporada, con la particularidad de que, como Licenciada en Filología inglesa que era, por dar clases de inglés en el colegio reconocido de las Madres Escolapias había trabado amistad con Conchita que a la sazón también trabajaba en dicho colegio en calidad de profesora de Primera Enseñanza. La amistad de las chicas acarrió entre Juan y yo una corriente paralela de concernimiento sobre temas de viajes, excursiones, etc. Juan era perito industrial y un verdadero manitas en muchas cuestiones de mecánica y funcionamiento de aparatos. Sin ir más lejos se había dado maña para adecuar el dispositivo de mi tocadiscos Magnavox de corriente de 125 voltios, comprado en USA, al suministro de 220 voltios que ya imperaba en la casi totalidad de las viviendas. Pero por encima de cualesquiera otras habilidades y propensiones, Juan era un adicto al camping, un forfofo incontinente de hacer noche al aire libre, de engolfarse con ese tipo de realidades, etc. Por mí, que no quede –seguía repitiéndome yo– como la cifra y el compendio de mi versatilidad de amplio espectro y de mi deseo de complacer. Cada cual elige sus caminos de perfección y sus pautas de santidad, y en algunos aspectos yo he sido extremadamente exigente conmigo mismo. He apurado las últimas heces de una evidencia que se me aparecía torcida y nefasta, con el fin de no dar

cuartel ni siquiera a la remotísima probabilidad de que dentro de ellas, de las heces, pudiera encontrarse la pepita de oro. Y no. En las heces que restaban de las otras ya conocidas, lo único que he experimentado es un “más de lo mismo” apabullantemente definitivo, decisivo, finiquitador... Una sola vez más me había puesto yo en contacto con el camping, y ello había ocurrido cuando yo era muy chaval, cuando aún no había cumplido los 14 años pero estaba curtido por esa actividad del colegial agreste, montaraz, cuyos deportes preferidos eran trepar a los árboles, tirar piedras y triscar los cerros y los parajes del río con la escopetilla de perdigones en las manos, intentando abatir todo aquello que se cubriera de plumas. Se había tratado en dicha ocasión de un magnífico campamento volante que el conocido como Frente de Juventudes había organizado por la Sierra de Madrid y que contaba con el apoyo, entre otros, de la logística personal, de la limpieza de ánimo de mi paisano Curro Mata. Aquello me había fogueado hasta unos topes insospechados y me había ilustrado respecto de las cuestiones básicas e innegociables que –así lo entendí yo siempre– deben concurrir, como mínimo, en una de esas excursiones en movimiento, con tiendas de campaña. Lo principal y primero es contar con abundancia de agua con el fin de tener la cuestión de la higiene resuelta, aun en condiciones de sobriedad castrense. Está claro que con menos de 14 años las exigencias acababan ahí: De todo lo demás se encargaban con holgura las propias fuerzas y los abundantes recursos concurrentes. Aquel campamento volante me familiarizó con el montaje y desmontaje de las tiendas de campaña, cosa por otra parte nada complicada; con la utilización óptima de los espacios disponibles, etc. Con lo que nunca me avendría es con los ruidos mañaneros; con la ofensiva irrupción de la claridad a través de la lona... Se concibe sin violencia de principios que el sistema puede funcionar con aquellos que desde siempre han habituado sus biorritmos a las pulsaciones de la Naturaleza, y así se levantan y se acuestan cuando el sol lo hace, y prácticamente prescinden de los relojes y de cualesquiera artilugios artificiales de medición del tiempo...



Con tales antecedentes el bueno de Juan nos vende la idea de ir... a donde sea, haciendo “camping”, y yo, bueno, en aire de santidad complaciente accedo con las salvedades que dentro de unas líneas expondré. Acordamos viajar los cuatro en mi coche Mercedes 200-D, modelo 1967 que además de normalmente espacioso en su interior, también cuenta con un maletero de capacidad sobresaliente. Ahí pueden acomodarse la tienda de campaña grande, y los colchones neumáticos desinflados, y los demás utensilios. Pero, a todo esto, ¿a dónde iríamos?

El “Compromiso-documento Albania” que ya no sé si llegamos a firmar pero con el que en todo caso nos comprometimos, es un bodrio maximalista y espiritualizante; es decir, con pretensiones de captar todos los posibles supuestos con que la humana experiencia se patentiza, pero en realidad dejándolo todo al buen tun-tún, a la buena voluntad de los expedicionarios y a ese supuesto orden universal que es como el piloto automático de todas las situaciones en que los protagonistas de carne y hueso pasan de decidir. Lo único que aparecía claro es que, en principio, intentaríamos llegar por tierra a Albania, siguiendo la ruta más sensata y más corta, punto sobre el que no cabía disensión alguna puesto que una ingenua comprobación en el mapa bastaba para sentar la evidencia. Cruzaríamos Francia y todo el norte de Italia; descenderíamos por la costa croata de Yugoslavia y nos plantaríamos en la frontera de Albania. Por ese lado, así de sencillo, sin problemas. Lo farragósimo de las cláusulas del “Compromiso-Documento Albania”, en realidad y en esencia querían significar dos supuestos básicos, a saber: Que los gastos correrían por partes iguales entre las dos parejas; y que lo de pernoctar en camping no era vinculante sino tan sólo potestativo. El punto 5 sí es necesario tenerlo en cuenta: “La pernoctación se fija, en principio y básicamente, mediante el sistema de tienda de campaña. Si una de las parejas desestimara esa modalidad y la sustituyera por la de hotel, cuando ello fuera viable, los gastos así originados correrían por su cuenta”. He aquí esbozada, siquiera sucintamente, la cimentación de tan peregrino viaje, uno de los poquísimos que he llevado a cabo en

compañía, y el segundo absoluto [después del correspondiente al Sahara] con más de únicamente otra persona... ¿El camping? Una excusa. Y respecto del viaje acompañado, compartiendo gran parte del tiempo el habitáculo de un coche..., pues una prueba más a la que me he sometido en vida, en atisbos de santidad, en auto-holocausto de paciencia; en siempre una penúltima reválida de imaginación. Siempre he considerado tal experiencia como uno de los más portentosos ejemplos de progresión geométrica en lo referente a la tensión y a la incompatibilidad de caracteres que se genera. Recordando el funcionamiento de las progresiones con lo de los granos de trigo y las casillas del tablero de ajedrez, es absolutamente probable que un viaje programado para, digamos, dos semanas desencadena tal cantidad de tensión y de irreconciliabilidad de convivencia en las dos primeras jornadas como para imposibilitar su ulterior desarrollo. La crónica de este viaje pretende más bien resaltar algún que otro detalle lírico que se produjo muy por libre, muy espontáneamente y fuera de lo que pudiese entenderse como contexto diseñado; y por lo tanto los temas de sociología convivencial los entenderé relevantes tan sólo cuando en principio configuren y sostengan el marco para todo lo demás.

Convinimos, eso sí, en que a menos que mediara una petición en contrario por mi parte, yo sería el único conductor de mi coche. Lo sentía como un aspecto de lógica insuperable. La enorme compenetración que existía entre mi Mercedes 200-D y yo siempre hubiera supuesto, creo, una rémora a la hora de que otra persona, en este caso Juan, se hubiese hecho cargo de la conducción. Y eso que se trataba de un hombre manitas como ya dijimos. Pero hay un hecho innegable, y es que el conductor de un vehículo de gasolina –y tal era el caso de Juan– se aviene a regañadientes, y en el mejor de los supuestos tarda en avenirse, con el régimen de un motor de gas-oil. Por aquel entonces mi motor ya había sufrido de una conducción demasiado alegre por mi parte; y fue con ocasión de la primera rectificación seria que le haría unos pocos años más tarde cuando me percaté de una vez por todas de que los motores de aceite pesado o gasóleo son especialmente duraderos si se los lleva a velocidades

sostenidas, y siempre procurando dejar un margen como mínimo de 50 kilómetros respecto de la máxima que señale el velocímetro. Para un tope de 160 kilómetros por hora, por ejemplo, no pasar el coche de 110 como norma, descartando las excepciones de adelantamiento, es la mejor garantía de duración y de prestaciones. Ya sabemos que cualquier cascaroncito de alrededor de 800 kilos de peso coge los 140 kilómetros por hora con sólo pisar a medio pedal el acelerador. En suma, no hubiera significado compensación alguna el hecho de que Juan se hubiera alternado conmigo en la conducción, ya que buena parte del trayecto se hubiese consumido antes de su familiarización con el tipo de vehículo que representaba mi Mercedes 200-D. Con sus 1.350 kilos de peso propio, cuatro personas y el maletero a rebosar, el motor tenía que hacerse cargo de unos 1.700 kilos, condiciones del todo normales para un régimen de velocidad de cruce entre los 90 y los 110 kilómetros por hora.

Juan era el experto en todo lo referente a acampar; yo me ocupaba, como digo, de la conducción; y a las chicas se les encomendó la intendencia y la administración; en una palabra, la economía. Nuestra primera noche acampamos entre Zaragoza y Lérida, acaso cerca de Bujaraloz, con el impresionante panorama de Los Monegros enfrente. Compruebo que la tienda de Juan es de reglamento, calculada para cuatro personas, con una lona divisoria en el centro, por eso de la salvaguarda del principio de lo privado, siquiera en teoría. La segunda noche, ya en Francia, pernoctamos en Sète, localidad marítima entre Beziers y Montpellier, para orientar al lector muy a grandes rasgos. Es notable la falta de detalles intermedios con que cuento para este relato. Toda la estructura se organiza respecto de unas localidades por alcanzar, y de unos cuantos pormenores marcadísimos que han prevalecido sobre la desintegración de la memoria en el tiempo, y por lo tanto, y sin ir más lejos, nuestra llegada a Venecia, uno de los platos fuertes del itinerario, ya no recuerdo si lo hicimos en sólo una jornada desde Sète o en dos. De momento sé que dejamos Milán a un lado, descartando su visita por las incompatibilidades de tiempo que fuesen, y que pasamos por

Brescia, pero qué ruta seguimos para el paso de Francia a Italia..., no guardo dato alguno que me pueda ni siquiera sugerir un pronóstico. Es probable que en vista de mi experiencia dos años atrás con la ruta de la Costa Azul y en general de toda la Riviera Francesa..., es probable que nos decidiéramos por subir hasta Valence, torcer hasta Grenoble y entrar en Italia por Susa; o siempre desde Valence, alcanzar Chambéry y negociar la mejor ruta desde allí hasta Aosta, punto a partir del cual la autovía por todo el norte de Italia estaba garantizada. Queda una tercera opción, en apariencia y sobre el mapa la más lógica a saber: Que puesto que en el curso de dos años enteros las autovías de todo el sur de Francia habrían experimentado una notable mejora, seguir toda la Riviera de forma convencional, llegar a Génova, subir hasta Milán bordeándolo siempre, y a través de Brescia, Verona y Padua..., alcanzar Venecia. Si el estilo de mi espíritu apuntaría hacia una cualquiera de las dos primeras opciones, la lógica de un lado y la comprobación exhaustiva sobre el mapa de otro, me hacen creer que esta tercera fue por la que nos decidimos en realidad. Recuerdo sin embargo alguna que otra bobada, como la de elaborar chistes y juegos para-lingüísticos a expensas de los paneles publicitarios sobre la mantequilla, “burra” y sobre la cerveza, “birra” italianas: “La burra esbirra” y “esbirra es la burra” y retruécanos por el estilo. Por analogismo con el “caduti massi” (desprendimientos) de algunos puntos de carretera señalizados y prevenidos con las correspondientes bardas o redes de contención, recuerdo que cuandoquiera nos cruzásemos con alguna ciudadana en la que, por su edad proveya, los atributos quedaran deslucidos, yo denominaba al fenómeno “caduti tetti”, para risa de Conchita y cordial, pero decidida, desaprobación de Juan.

Llegamos a Venecia por la ruta anteriormente descrita en tercer lugar, aceptémoslo así como hipótesis de trabajo. Supongo que emplazaríamos la tienda de campaña en Mestre y que ya, al día siguiente, descansados y libres del coche, accederíamos a Venecia en el ferrocarril que conduce hasta la estación de Santa Lucía, y a través del istmo-puente de La Libertad. Uno siente que para hablar de

Venecia habría que llevar puesto el traje de los domingos, la boca recién enjuagada con el más perfumado y salutífero de los colutorios, y que las palabras en estado de gracia se considerasen aliadas nuestras. Me ha ocurrido más de una vez: En esto de las apreciaciones valorativas de tal o cual lugar, de tal o cual asunto que pueda llevar consigo exotismo, diferencia, originalidad, etc., mi alma ha dispuesto de una magnífica ocasión para ejercer su individualidad dirimente. Hay quienes, por carecer de criterio, en lo que a gustos se refiere, parecen no atreverse a llevar la contraria a lo que ellos puedan considerar una mayoría; hay quienes, por el contrario, encuentran dignificante denigrar los valores de tal o cual realidad simplemente porque una como unanimidad de criterio ha generalizado y sancionado las excelencias de la cuestión de que se trate. Como digo, más de una vez me he sorprendido normalmente tomando parte en este juego de alianzas y de repudios valorativos, y siempre he sentido que se trataba en definitiva de un acto de personalísima autoafirmación. Negar la excepcionalísima singularidad que, en razón de sus prestaciones de baños y masajes, representa el tratamiento del sexo en Bangkok, por ejemplo, es tan imbécil y tan desasistido de criterio como el elogio indiscriminado al viajar mediante la modalidad de hacer *camping*, también por ejemplo. Sobre esto habrá ocasión de decir lo que sea menester. En unos casos, por una concesión a lo supuestamente hiperselecto; y en otros por la estúpida finta pseudo-estética de condescender con una de las más cutres e inciviles formas de viajar, como lo es el “camping”..., en una y otra instancia, digo, las gentes se auto- envilecen y se degradan el criterio.

Por suerte para todos Venecia desplegaba (y desplegó) tanto en la ficción histórico-literaria como en el milagro de la realidad uno de los haces más frondosos de sugerencias transcendentales con las que mi alma jamás hubiérase topado. Por entonces no había leído yo aún la opulenta fabulación en barroco que Mújica Láinez hace en *Bomarzo* [lectura que debo a la amabilidad del brillante escritor granadino Fernando de Villena, autor asimismo, y de entre otros géneros literarios, de la esmeradísima *Atlántida interior*. Granada: Ubago

1990, en donde toca aspectos del entramado artístico italiano]. No, no había leído aún *Bomarzo*, pero había leído otras cosas, y sobre todo, había incorporado a la linfa de mi espíritu la prodigiosa impresión que me produjo Italia dos años antes, y con ocasión tan sólo de mi recorrido de sur a norte, en coche, con Cristina, con las brevísimas recaladas en Lecce y en Génova.

Venecia desbordó mis expectativas, acaso, además, porque durante nuestra visita se produjo el acontecimiento del que esta viñeta ha tenido a bien cobrar el título. Hicimos lo que todos los turistas: vagabundear por calles y por las orillas de los canales, sin llegar a subirnos en góndola: Eso –parecimos asentir todos con una afianzada unanimidad– se lo dejábamos a los que aún tuvieran ganas de gastarse el dinero en pseudo-edulcoraciones emotivas de romanticismo de celuloide y monserga de acordeón. El agua de los canales, por mucho que se quiera, no puede dejar de arrastrar y de contener toda suerte de detritus, y lo mejor es estar cerca de ella pero sin entrar en su contacto. Así que nosotros anduvimos por donde fuera menester, dejando que las chicas entraran aquí y allá, husmeando ya todos nosotros iglesias y capillas, rincones y recodos porque... precisamente este término *recodo* que la dinámica normal de mi discurso acaba de dejar escrito, este término cohonesta mejor que ningún otro la especialísima conformación del bío-topo de Venecia...

Racimos de ocurrencias parecen darse cita en la imaginación de uno; enjambres de figuras animadas parecen convocarse al conjuro simple del estar ahí, deambulando junto al agua de los canales, cabe las casas mitad flotantes, mitad inundadas. Antes de superar cada esquina de cualquier itinerario es como si nuestra voluntad de ficción se anticipara el encontronazo con alguno de aquellos personajes del Renacimiento, vestido de duque cuando menos; o, como si nada más superado el recodo, se le antojara a uno que un espadachín embozado, portador de un fabuloso mundo de intrigas –sexo y poder–, instigado por todos los resortes que la literatura pueda magnificar, se aprestase a perseguirnos para pedirnos cuentas de quién sabe qué fantasmagórica

quimera, qué espeluznante asunto de amor. Porque el aire de protagonismo confabulado, de ungimiento en el portento del pretérito, jamás lo he percibido como en Venecia. Allí la Historia se carnaliza, se disputa con uno los espacios; la arquitectura del ámbito oprime con una gloriosa complicidad, descoyunta la razón, zarandea las coordenadas del propio conocimiento. Supongo que esa maza gloriosamente preñada y confusa de sensaciones fue lo que estuvo acompañándonos, al menos a mí, durante nuestro recorrido.

Creo que fue en la margen del Gran Canal, no lejos del Puente Rialto. Llegada la hora de comer, avistamos un restaurante de especialidades italianas y nos sentamos allí, al aire. No conozco de ningún secreto del corazón, por pequeño que sea, que ni aun en su infinita simplicidad toda la ciencia psicológica haya podido esclarecer; ni conozco que se haya inventado aparato alguno, artilugio alguno, por superferolíticamente sofisticado que fuere, capaz de medir el crecimiento de alma del universo que se produce por la emanación de un pensamiento amoroso. Algo así debió de ser la epifanía que me advino con ocasión de nuestro sentarnos a comer. Recuerdo que pedí una *lasagna*, y recuerdo que nos servía una camarera rubia, de buen porte, sin alcanzar ni de lejos –vestida como estaba de guisa que uno puede imaginar: Delantal blanco sobre un uniforme negro, zapatos maniobreros y cómodos, etc; sin alcanzar, digo, factura alguna de ostentación de aspecto. Pero era tal la esplendidez atemperada de sus gestos, la proporción ecuánime que imprimía a sus menesteres, que mi alma y su persona sentí que habían conectado plena e irremediablemente. El marco en que mi espíritu se engolfaba sólo podía albergar maximalismos artísticos, vagos e inmensos anhelos de Pentecostés en sabanazos balbucientes. Me sorprendí a mí mismo dirigiéndome en italiano a... ella. Pero yo no sé italiano... y sin embargo eran tiradas de italiano lo que expeditamente –al menos así se me antojaba a mí– salían de mis adentros. Comencé a recitarla el soneto de Dante a Beatriz, ése de “Tanto gentile e tanto honesta pare...”, y la camarera se sonreía. Dejaba los platos y los pedidos que fuere y regresaba al interior del establecimiento portando el

beneplácito de concernimiento que mis palabras habían generado en su gesto; y al regresar buscaba ella mi aquiescencia; motivaba mediante el acicate de la mirada suya que yo siguiese buceando en los repertorios de mis subconscientes lingüísticos, y vertiera, más o menos sin venir a cuento, en correspondencia difusa y extrañamente remota, versos de Dante, como el que Bécquer coloca de frontispicio argumental en una de sus Rimas, ése de “la bocca mi bacció tutto tremante”, sobre el pasaje de Paolo y Francesca; palabras de canciones mitad recordadas y acaso malamente entendidas. Pero era como si todo valiese porque ella, sin dejar de mirarme y sonreír, lo recibía todo con gratitud y con hondo conocimiento, como si aquella jerga informe que yo le estaba dedicando cobrase su más lúcida cohonestación por obra y gracia de su espíritu fecundado de aprobación generosa. Beatífica aquella experiencia mía..., como si de la mano bienhechora de Dante, y por extrapolación de vivencias en ámbito sin rutas ni raíles del alma, la visión teológica que él contemplara a través de Beatriz hubiera condescendido, siquiera en algunas migajas de su plenitud, al ejercicio que mi hombría transverberada, que mi transcendida voluntad de esencialidades se hallaba protagonizando. En la comunión de aquellos instantes, hacia adentro, me sentí criatura-Dios, me sentí investido de todo el conocimiento para perforar y adentrarme y adueñarme de todos los secretos así divinos como humanos, porque aquella mujer me estaba ungiendo de una ciencia desconocida para mí, infusa y mística, simple y al mismo tiempo profundísima, apaciguante y estremecedora, pero siempre viva. Tuve la plenaria certeza de que en los mapas ocultos de mi alma había quedado señalizada la cota máxima de aquel viaje, una cala señera e inequívoca, un mojón imperecedero. Hoy, ahora mismo, casi 24 años después, al entrar en contacto con ello por medio de la instrumentación de la literatura, no puedo evitar la socavación visceral, el lírico y cataclismal desasosiego que el encuentro con aquella criatura comportara respecto de las aguas de la eternidad mía.

Después de comer hicimos la visita obligada a la Plaza de San Marcos: Tras de echar un vistazo por dentro a la Basílica nos



sentamos allí, entre palomas y rasgados de violines a tomar café, presididos por el Palacio Ducal o del Dogo, con su célebre campanario tañido por los martillazos de las dos figuras. Quería ya recordar una, de entre seguramente otras muchas películas, en que dicho edificio había colaborado a crear atmósfera, y daba con aquélla, creo que producción franco-italiana en que, no puedo precisar, o bien Gianna Maria Canale, o bien Eleanora Rossi Drago encarnaban a un sugestivo y bellissimo personaje femenino.

A la mañana siguiente continuamos la ruta. Recuerdo el atractivo original de Trieste, con edificios de ladrillo rojo si como quiere tercamente perforar mi retina no se me ha malogrado la impresión aquella, primera y vívida. Allí nos detenemos a comer y unos cuantos kilómetros adelante entramos ya en Yugoslavia, camino de Rijeka... ¿Rijeka he dicho? Bueno, a partir de ahora es conveniente que nos acostumbremos al baile de nombres que se produce respecto de muchas de las ciudades yugoslavas. Desde el punto de vista de las etnias y de los influjos recíprocamente ejercidos y sufridos, Yugoslavia es uno de los países más caleidoscópicamente conformado. La nación que yo conocí en 1972, en primer lugar; y en 1974 con ocasión del viaje que estoy relatando no tiene nada que ver con la realidad de las cosas tal y como han quedado fijadas para el momento en que escribo, 1998. En aquellas épocas pretéritas ni aun yo, aventajado estudioso de la geografía, era consciente de que en mi primer viaje hubiera atravesado el país desde la Vojvodina hasta Grecia, pasando por Serbia; bordeando el Kosovo, con toda seguridad por Macedonia; y que ahora en 1974 entraría por Slovenia, bajaría por toda la costa croata y me plantaría en la frontera con Albania después de cruzar Montenegro. Para el viajero de entonces la realidad geográfica era una e indivisible, la gran creación del malabarista geopolítico Tito que se había apañado para mantener unidos todos los baldosines de tan desigual mosaico. Porque sin llegar a las cruentas bestialidades que han acompañado a la desmembración sufrida por el país en la década de los noventa, el suelo de la así llamada Yugoslavia que uno pudiera pisar a partir de 1945 (o sea, de la liquidación de la

Segunda Gran Guerra)... guardaba nombres superpuestos, resonancias entremezcladas como resultado y herencia de intereses nada menos que italianos, alemanes, húngaros... ¡y propiamente yugoslavos! En su momento dejé dicho que la yugoslava Subotica había sido Maria Theresiopel, a la alemana; y Szabadka, a la húngara. El caso de Slovenia, y de Croacia, y de Montenegro, que conformarían la primera parte de este recorrido nuestro de 1974 por Yugoslavia nos prestaba un buen muestrario. La Ljubjana actual, capital de Slovenia, era la Laibach de antes de acabada la guerra. La Rijeka moderna fue Fiume durante la época de anexión italiana [Mi gran amigo y colega italiano Diego Bastianutti, hispanista durante muchos años en Canadá y en la misma Queen's University, donde yo también profesé, nació allí precisamente, en Fiume en 1939]. Dicha influencia sigue haciéndose sentir en los nombres de las ciudades de la costa croata: Split fue Spalatto; Dubrovnik fue Ragusa, por ejemplo. Y ya en Montenegro, la Titograd actual había sido Podgorica. El elemento geográfico y étnico más medular y más consustancial con la realidad histórica de Yugoslavia seguía y seguiría siendo Serbia, algo así como la Castilla de la Península Ibérica, su más irrenunciable referencia.

Como digo, en aquella época de 1974 yo no me percataba de los distintos componentes de Yugoslavia. Me pareció, eso sí, que la costa croata tenía un “no sé qué”, una especialidad de vibración, un natural aperturismo, consustancial y esperable de su asomarse a toda la expansión del Adriático frente a la archiculta y clásica Italia. Nosotros lo que hicimos fue bajar, bajar con nuestros sentidos embotados para todo lo que no fuera el pintoresquísimo y quimérico cometido de penetrar en Albania, por nuestra cara bonita; bajar a lo largo de la costa croata y dejar señalados en nuestra memoria algunos nombres de localidades que tuvieron que chocarnos por su aire de flexibilidad y “liberalismo occidentalizante” aun tratándose de un país teóricamente socialista bajo el influjo, aunque muy *sui generis* de la brújula de Moscú. Al dejar siempre a nuestra derecha la isla de Korcula nos enteramos de que existían unos portentosos sitios de “camping” y unas supuestas playas nudistas entreveradas de ensueño.

Fuere lo que fuere, y que en la urdimbre de nuestra tesitura no nos era dable comprobar, es el caso que llegó a mis manos, ignoro por qué conducto, un programa o folletito turístico sobre el camping Kalac, en Uvala Skoljk, en el golfo Conchiglie, todo ello como parte del complejo Korcula: Auto-Kamp Kalac. “Motor boat operates every day between the camp and the nudist island Stupe where there is a restaurant”. El panorama que anuncian las tres tarjetas plegables que componen el programa de mano turístico citado es inmejorable: Pinares, olivares, aguas azules, playas con arena de buena calidad, completísima relación de infraestructuras... ¿Y ésa era la Yugoslavia “comunista” de 1974 cuando todavía España seguía en auto-teocracia? La respuesta, evidentemente, es: No, eso no era Yugoslavia; eso era la costa dalmata de la Croacia, dentro de una confederación de territorios y de particularismos religiosos que la tenacidad y el carisma personales de Tito había amalgamado. Ya hemos visto lo que ha ocurrido a la muerte de don José Broz.

En suma, cualesquiera que fueren las impresiones irreductiblemente subjetivas de cada uno de nosotros conforme nuestro rodar a lo largo de aquella costa, lo que a mí andando el tiempo me dejó claro este recorrido es que la influencia de Alemania y de Italia, como potencias aliadas en su momento, se había dejado sentir profundamente en Croacia; de ahí su desarrollo turístico prácticamente autónomo y en creciente volumen competitivo con cualesquiera otras potencias europeas, incluida España.

Poco recuerdo de todo aquel trayecto; sólo que seguimos bajando; que rebasamos Split; que rebasamos Dubrovnik [sitio que me serviría real y eficazmente de entrada a, y salida de, Albania en mi viaje de 1981, y que dejo relatado en otro lugar]... y que ya dentro de Montenegro, antes de llegar a Titograd, probablemente entre Kotor y Budva, nos detuvimos a comer en un ventorro rústico de junto a la carretera. Ninguno de nosotros cuatro, estoy seguro, estábamos apercebidos de hallarnos en Montenegro. Tan imperantemente exclusivo era, de momento, nuestro cometido de llegar al... punto final de nuestra

catábasis –a partir del cual ya todo tendría que ser regreso, tan sólo regreso–, que la realidad de hallarnos en Montenegro no rompía de ninguna manera nuestra confiada y global asunción de que en todo caso y siempre se trataba de Yugoslavia, una e indivisible. No puedo obviar, sin embargo, que aun a pitón pasado y en razón de esa capacidad virtual de impronta que atesoran ciertas realidades y las actualizan tan sólo con que convoquemos a nuestra conciencia una instancia cómplice..., no puedo obviar ahora, digo, que al entrar en Montenegro mi percepción pareciera asumir la diferencia de paisaje, de identidad de atmósfera, hasta de facciones de los habitantes respecto de todo lo que habíamos dejado atrás en Croacia. El ámbito, la rugosidad y aspereza de la campiña, un como oscurecimiento tirando a cetrino de los semblantes de sus moradores, en aquellos momentos y debido a mi desentendimiento descuidado no me alertaron del cambio, cosas todas ellas de las que ahora, *a fortiori*, acuso recibo...

El caso es que iba diciendo que antes de llegar a Titogrado nos paramos a comer en un tascucho o fonda de la carretera. Arrancar de un sitio así un pasaje para el recuerdo y el relato no es botín desdeñable. Y todo consistió en que aquellos rústicos, regidores o dueños del establecimiento aquél se quedaron atónitos observando cómo yo desplegaba por encima de la paupérrima mesa una especie de mantel, que no era sino una sábana, de entre los adminículos de logística doméstica que yo llevaba en el coche; pero lo que más les asombró fue que sacara una cubeta o palangana, la llenara de agua y la dejara allí a nuestro lado para lavarnos las manos a discreción según íbamos comiendo. Aquella pobre gente no había visto cosa igual en su vida.

Nos quedaban más de cinco horas de claridad y decidimos avanzar lo más posible. Llegamos a Titogrado y a partir de ahí, al tomar la dirección absolutamente inequívoca respecto de cualquier otra hacia la frontera con Albania, supimos los cuatro que, al menos, estábamos siendo coherentes con el plan diseñado originalmente en

Alcalá de Henares. Hay trozos de geografía que, conforme al estado emocional de quien los transita, se colman de indefinibles sentidos, de inquietantes confabulaciones. Tal con aquellos kilómetros a partir de Titograd, siempre en proporción creciente con nuestro progresar hacia el acabamiento del territorio yugoslavo y el contacto con la frontera con Albania. La incumbencia compartida entre nosotros cuatro iba adensándose en la modalidad de silencios escrutadores, como esperando la inminencia de algo, un encuentro, una aparición. Todavía nos dio tiempo, quiero decir, siempre en tierra yugoslava, a cruzar dos pequeñas localidades, Tuzi y Druma, después de lo cual el enrarecimiento de subitaneidades se hizo intensísimo. Parece como si nos adentráramos en una “terra incógnita”, una Thule desconocida, de escabrosos presagios. Ninguno teníamos nada que perder y por lo tanto tan sólo se trataba del asunto emocional, subjetivo, que cada cual sostuviera consigo mismo. Lo mejor, lo más valioso que nos unía a los cuatro era la total coherencia de nuestro estado de ánimo y de la proyección que habíamos trazado de la eventualidad de encontrarnos allí. Seguramente que aquellos pocos kilómetros prácticamente de tierra de nadie, “no-man’s land”, no habían sido rodados por casi nadie, porque disparatada a todas luces parecía ser la actitud de plantarse en un sitio tan particular tan por las buenas, tan desprovistos de... credenciales, de instancias embajadoras. Pero ahí radicaba la gracia de todo ello. Así que cada cual se esforzaba por asumir lo mejor que podía la vibración peculiar que desprendía aquel paisaje y...

Nada más superar el suave repecho de una curva avistamos algo, un puesto fronterizo, una barra de *stop* atravesando la calzada, un pequeño barracón, casi diría que una garita grande..., y por fin un hombre de uniforme de color gris azulado o azul grisáceo. Un soldado, policía, aduanero. Se viene a nosotros. Ni amable ni hosco. Creo que hasta pregunté si... ¡Pero claro, hombre, se trataba todavía de Yugoslavia, se trataba todavía del lado de salida, desde Yugoslavia, del puesto fronterizo! ¿Que a dónde vamos? Bueno, pues pensábamos entrar en Albania. Nos mira los pasaportes, sin entender gran cosa, pude yo colegir en su momento. El policía buscaba lo obvio, sin ni

siquiera prestar atención a cualesquiera otras posibles mostraciones por parte nuestra... Buscaba, incrédulo y como resistiéndose a avenirse con la realidad, en el caso de que hubiere existido,... buscaba algo en nuestros pasaportes, probablemente el águila de la enseña nacional albanesa como mostración documental más palmaria y menos equívoca..., buscaba alguna credencial de visado o algo que se le pareciera... “¿Visa?” –fue todo lo que se le ocurrió preguntarnos. “¿Visa? Sí, visa [for, into, of]... Albania”... creo que fue una de entre estas preposiciones la que el aduanero, en voluntarioso inglés, encajó en su escasa disposición a perder el tiempo hablando con cuatro chalados que habían tirado por aquel camino [supongo que todo esto el bueno del funcionario estaría barruntando] como les hubiera podido dar por cualquier otro. “¿Visa?”... “Nosotros no tenemos nada de nada, como puede Vd. ver. Nosotros estamos aquí por si nos dejaban entrar, eso es todo... y es bastante”. Algo así debimos de hacerle entender al hombre quien –estoy viendo su semblante ahora, 24 años después, en que esto escribo– como si hubiese definitivamente averiguado que se trataba de un viaje de diletantes, cogió los cuatro pasaportes, los juntó en un montoncito, chascó con ellos dos o tres veces su mano izquierda y nos los devolvió, indicándonos, amistosa pero conminatoriamente al tiempo, el camino de regreso, con una expresión dibujada en sus facciones que yo hasta me atreví a traducir... “¡Y que tenga uno que estar perdiendo el tiempo con estos señoritos capitalistas de mierda!”...

Invertimos en un ciento por ciento, en un “U-turn” o giro de 180 grados la dirección del coche, y por segunda vez, ésta desde un paraje tan insólito, nos encaminamos a Titograd. Nuestro intento de penetración en Albania había terminado de describir la totalidad de su parábola. Y sin siquiera comenzar. Ya de regreso y más tranquilos especulamos sobre la doble garantía que en casos así supone la instancia previa de *salida* de un país, que respecto de Yugoslavia no procedía, porque se hubiera tratado de ir... a la nada. Años más tarde, abrumado yo de conocimiento, bien tendría ocasión de percatarme de que los piojosillos de los albaneses tenían en sus vecinos los

yugoslavos [y con toda la razón del mundo a favor de estos últimos] sus más enérgicos detractores y desacreditadores; pero por ello mismo, y en virtud de cuestiones y principios básicos de Derecho y convivencia internacionales, eran los propios yugoslavos los que ponían buen cuidado de no exacerbar dichos antagonismos e incompatibilidades, mediante, por ejemplo, la autorización sin más a que algún viajero traspasara las líneas yugoslavas y se plantara en territorio albanés. ¡Un *diez* para Yugoslavia..., y un “no presentado” para los recludos e impenetrables albaneses! Curiosidades de la geopolítica: Yugoslavia –nos enteraríamos luego– significaba para la Albania oficial el monstruo capitalista, revisionista, descarrilado impiamente de las pautas stalinistas del camarada Enver Hoxa. ¡Cuánta sandez ha sido capaz de elaborar y reunir la Humanidad!

Bien. El caso es que, alcanzado el vértice más ulterior de nuestro viaje, lo que faltaba ya era regresar, como y por donde nos diera la gana, tomándonos también todo el tiempo que estimásemos conveniente en función de nuestras disposiciones y de nuestra curiosidad. El haber alcanzado, como digo, el destino más separado de nuestro punto de partida supuso, sin embargo, una enorme clarificación de lo que restase por hacer. Es como si mi principal argumento, o sea, el haber conducido a mis huestes sanas y salvas a la meta prevista, hubiera cubierto la mejor y mayor parte de mis responsabilidades, y a partir de ahí sintiera yo que podía tomarme la inevitable disciplina del viaje con algo más de relajación personal. Por otra parte, el intenso calor, la emoción anticipada y siempre erosionante de llegar a la “tierra prometida”, el incómodo trasiego de, una vez acabada la jornada, ponerse a montar la tienda de campaña, etc., habían dado buena cuenta de alguna de mis reservas de energía. A mis 37 años seguía yo, por supuesto, desenvolviéndome en una franja de desmedida euforia en lo que se refiere a rendimiento físico. Era capaz de estar al volante durante diez horas seguidas, si la dinámica del viaje así lo requiriese, pues así lo habíamos decidido y así lo prefería yo con plena convicción. Mi coche rendía el tope de prestaciones conducido por mí y sólo por mí; y aun en el caso de Juan,

que era un manitas, su familiarización con un vehículo pesado, de gasoil, con un régimen muy seguro pero en extremo moderado de aceleraciones y reprises, era de todo punto previsible que el capítulo de la marcha, entonces y para aquella específica circunstancia, hubiese arrojado un saldo claramente negativo. De manera que sin cambiar en un ápice el espíritu ni el diseño de la excursión, me percaté de que había llegado el momento de instrumentar, prácticamente en exclusiva, la cláusula aquella del contrato que rezaba: “La pernoctación se fija, en principio y básicamente, mediante el sistema de tienda de campaña. Si una de las parejas desestimara esa modalidad y la sustituyera por la de hotel, cuando ello fuera viable, los gastos así originados correrían por su cuenta”.

No creo que un párrafo como éste prestara nunca tan inestimable servicio a la realidad de un viaje. No había que ser un profeta, ni perito en pronósticos para hacerse cargo de que aquella facultad, la de poder en un momento dado optar por un alojamiento distinto de la tienda de campaña, era la previsión más justa, más operativa y más lógica de todo nuestro acuerdo. Lo más trascendental y decisivo de un viaje continuado en etapas es llegar a los sitios... ¡¡y poderte lavar!! Bueno, digo lavar englobando en dicho menester la gama esperable de actuaciones: Un buen baño en agua caliente, o al menos una ducha; un cambio de ropa, etc., etc. Y los *campings*, me refiero a los buenos, huelga decirlo, proporcionan unos servicios más bien cutres: Lavabos comunales, inodoros comunales, duchas comunales. Limpieza, regular, tirando más bien a suciedad. Juan era un encendido entusiasta del camping y obviaba condiciones y detalles que para una disposición crítica y de entrada negativa como la mía resultaban insalvables, intolerables.

Ocurrió en Belgrado, ruta por la que hicimos el regreso de Montenegro. Localizado el camping en la guía que Juan portaba al efecto, nos encaminamos a él. Fuere porque objetivamente no me gustaba, fuere porque las dependencias higiénicas de aseos en general me parecieron deplorables –que me lo parecieron–, fuere porque



estaba harto de camping y quería tomar un buen descanso, aduje la libre opción del alojamiento. Superada la pequeña violencia que supuso la escisión de criterio respecto de dicho extremo, quedamos en cenar en el Hotel donde Carmita y yo pernoctaríamos, bien entendido que en casos así y también previsto por el acuerdo, llevaríamos más tarde al camping y los recogeríamos a la mañana siguiente, a Juan y a Conchita. Lo poco que percibimos de Belgrado me dejó tan sólo unas notas cromáticas parduzcas, impersonales. Además, Belgrado en aquel comienzo de anochecer no significaba más que un punto y seguido de nuestro viaje. Sin embargo, la cena que tuvimos en el Hotel de referencia [lástima no poder ni siquiera aventurar una identidad pues no guardo detalle ni documentación alguna] sí revistió cierto empaque y cierto protocolo. Recuerdo que el maître algo debió de observar en nosotros como turistas; una como determinación que se reflejaba sobre todo en mi ademán de no economizar; de tener una cena... un poco así, por todo lo alto, con algo de suntuosidad y el máximo de satisfacciones, porque el caso es que nos llevó a un apartado de comedor, como reservado para situaciones especiales, con intensa refrigeración, y nos sentó a una mesa redonda. Estoy convencido de que en aquel momento, en aquel 1974 allí en Belgrado, la capital de Serbia y de toda Yugoslavia, se nos ofreció el máximo refinamiento existente. Me di cuenta de que la áspera adustez eslava de la Serbia de entonces, por medio de aquella cena exteriorizaba lo más esmerado de sus posibilidades que, no obstante, caían bastante por debajo de la elegante opulencia que tan sólo dos años atrás había podido yo disfrutar en la Vojvodina de Novi-Sad. Serbia en Yugoslavia, lo mismo que Castilla en España –me decía yo. Con todo, creo que la cena resultó la mejor de todas las posibles, si bien algo cara en proporción a su grado de excelencia objetiva. Terminada la cual, devolvimos a Juan y a Conchita al camping, y Carmita y yo nos quedamos en el Hotel.

A la mañana siguiente, y antes de salir de Belgrado, de camino, tuvimos la feliz ocurrencia de pasarnos por la Embajada de Albania donde, al explicarles a sus funcionarios nuestro interés por su país, nos

regalaron unos libros de publicidad... ya que no turística [puesto que turismo, turismo, tal y como lo entendemos nosotros, no lo permitían], sí al menos patriótica, nacionalista y de tipo arqueológico, además de un “hand-out” o panfleto-circular, del tamaño de un folio, con un mapa actualizado del país en el anverso; y una síntesis de sus características geográficas, socio-políticas e histórico-culturales en el reverso. Bueno, algo es algo, pensamos.

A partir de Belgrado mi carencia de notas hace penosa la reconstrucción narrativa. Recuerdo que entramos en Hungría y que llegamos a Budapest; recuerdo que la realidad del lago Balatón tiene cabida en mi memoria; y recuerdo que una vez en Austria pasamos por Klagenfurt. ¿Cómo cohonestar todas aquellas indiscutibles realidades? Casi con toda seguridad que tuvo que tratarse de nuevo [por lo que a mí respecta, claro, siempre pensando en mi viaje de 1972 con Cristina, la franco-venezolana] de la frontera de Subotica, pero no hacia Szeged, como fuera mi caso anterior, sino hacia Kiskunhalas. Lo que mejor recuerdo es que aquella noche, ya en territorio húngaro, nuestra llegada al sitio designado para acampar resultó inviable por una frondosa plaga de mosquitos que llenaba prácticamente todo el espacio donde tenía su asiento el camping. Eran animalitos gordos, rubios, perfectamente perceptibles, que con la más impúdica naturalidad colmaban todo lo que no ocupasen las cosas y el cuerpo de los humanos. No había visto nunca una cosa así, ni lo he vuelto a ver tampoco nunca más desde entonces. Nos fuimos a otro sitio. Y ahí sentía yo que radicaba mi resuelta repulsa conceptual hacia el *camping*, en el hecho de que a la particularidad objetiva de pernoctar dentro de una tienda de lona, en plan gitano o como cada cual quiera llamarlo, había que contar con la molestia añadida de tener que encontrar previamente un sitio que a su vez permitiera plantar la tienda, etc.

Al día siguiente llegamos a Budapest, mi segunda y última visita por ahora a tan opulenta ciudad. Me sirvió para reconfirmar mi impresión de dos años antes, a saber: Que la capital del otrora así

llamado Imperio Austro-Húngaro era una cosa muy seria; acaso, únicamente comparable en Europa, en lo que a edificios macizos, colosales e imponentes se refiere, a San Petersburgo. El Danubio es como si prestara un respiro, un armisticio divisorio entre las partes de Buda y de Pest, y repartiera en dos mitades la magnificencia apelmazada y sobrecogedora de construcciones ciclópeas. Con todo, el mismo gris ceniza, o marrón oscurecido que formaba la pátina de tales monumentos se afectaba al semblante de las gentes. Las masas humanas de detrás del Telón de Acero me han parecido siempre tristes, con algo de lóbreguez fatalista en sus corazones. El sistema no daba para más –ya sé que es un lugar común decirlo–, pero no lo creo materia tan baladí si, además, como en mi caso, lo he percibido, lo he palpado, he sentido sus apagadas vibraciones. Las gentes de detrás del Telón de Acero –me refiero a todos aquellos que circulan por las calles– a los ojos de un occidental, y más siendo español, proporcionaban un aspecto de desentendimiento de todo lo que no fuese la restricción propia de vida en la que se hallaban sumidos. No sé si la gente ríe más desde la caída del “Muro de Berlín”, pero el fenómeno a que aludo, atestiguado en 1972 y en 1974, y por lo que de momento toca a Hungría..., aquel fenómeno no dejaba lugar a dudas.

Budapest me volvió a impresionar. Desde allí cada kilómetro de viaje apuntó decididamente al oeste. Dejamos el lago Balatón a la izquierda, y por Körmend entramos en Austria hacia Graz, y desde allí hasta Klagenfurt. Recuerdo vívidamente que en alguna parte de la autovía, poco antes o después de llegar a dicha ciudad, se desencadenó una monumental y furiosa granizada que por un momento pensé que podía hacernos trizas el parabrisas, y medrosamente busqué refugio... junto con otros vehículos... busqué refugio bajo el paso elevado de un cruce o raqueta de carreteras.

Un solo destino turístico más, Florencia, nos propusimos visitar antes de devolvernó definitivamente a casa. Así que entramos directamente en Italia por Tarvisio, seguimos a Údine, y continuamos por la ruta natural más directa de autovía de Padua, Ferrara, Bolonia...

La perla y capital de Toscana resultó ser como yo, al menos, me la había imaginado: Una continuada borrachera de arte por todos los ámbitos a los que la vista alcanzase. La gente de aquella época habían perdido la cabeza, en una trascendencia de artífice milagrosidad, y de ahí la herencia de locos egregios, los Dante, Miguel Angel, Giotto, Medici, Uffizi... y, ¿para qué seguir? Por si fuera poco, aquello que mis ojos no veían lo integraba, lo satisfacía mi mundo de referencias literarias propias... “Es tu aliento la esencia más fragante / de los lirios del Arno caudaloso”, rezan los versos de Juan Arolas, sólo como ejemplo. Años más tarde el ingente vate, el cósmico escritor Antonio Enrique, granadino, en *La Armónica Montaña*, y dentro de su “milagrería de palabras hermosísimas en órbitas de alquimia” (Carlos Muñiz) plasma acentos y vibraciones totales y tempestivas atinentes a Florencia. En resumen, una ciudad tan rebosante, tan empapada de arte que supongo que vivir en ella requeriría, para alguien como yo, dejarse inocular una vacuna de insensibilidad o de amortiguación de lo sublime, por miedo de quedar malparado de locura por el resto de la vida.

Pasada Florencia, es muy poco lo que salvaguardo del viaje porque, además, creo que fue muy poco lo que ocurrió. Tomamos la Autopista del Sol... y nos plantamos en Francia. La red viaria de la Riviera había experimentado algunas sensibles mejoras en el curso de los dos años enteros que mediaban desde mi anterior viaje. Sí recuerdo, como detalle sobresaliente en lo tocante al tema siempre problemático de la convivencia, que ya dentro de España, en algún punto de la así llamada autopista de La Junquera a Barcelona, me quise dar la satisfacción de pasar la noche por todo lo alto, y Carmita y yo nos fuimos a un hospedaje Jacques Borel, de esos de cuatro estrellas de la cadena francesa en las áreas de descanso en ruta. Juan, que decía con toda razón que él había ido de camping, y que había desechado desde el principio lo de gastarse el dinero en pernoctas en hoteles, ni siquiera juzgó necesario plantar la tienda en ningún sitio: Se quedó en el coche, y Conchita, complaciente y buena esposa, le acompañó. Por mi parte, un buen baño, una buena cena, una cama

para mí solo y unas sábanas frescas y crujientes de almidón constituyeron la mejor recompensa por todas las otras noches en las que conté con tan pocas opciones de evitar hacer el pordiosero. ¿Se acuerdan Vds., lectores, del pasado tan próximo de Biescas? ¡Una y no más, Santo Tomás!

El viaje, con todo, arrojó un saldo altamente positivo. Seguí siendo amigo de Juan y Conchita, aunque es... curioso y tremendo reconocer que en estos 24 años transcurridos [estoy escribiendo ya bien entrado 1998] sólo nos hemos vuelto a encontrar unas pocas, muy pocas veces. En estas ocasiones a mí me ha gustado recordar que yo solía decir [supongo, acaso que después de algún pequeño contratiempo en Yugoslavia, como lo de la búsqueda del repuesto del cristal del faro del coche que se nos rompió, y que mañosamente Juan reparó provisionalmente con un plástico] sí, yo solía decir que los yugoslavos eran gente simpática aunque un poquito hijoputas; que Conchi reía mis gracias, mis salidas de tono y mis excesos verbales; y que Juan, prudente pero autoritariamente, le tenía prohibido ni siquiera citarlas en su textualidad, aun sabiendo todos que mía era la procedencia y que ella, en todo caso, actuaba de cadena de transmisión. Hará cosa de unos diez años reconocí por la calle a, creo, la hija mayor de Juan y Conchita, una preciosa y fina chavala, de porte femenino y educado, que supongo que habrá tenido a estas alturas más que suficiente tiempo de hacer a sus padres... abuelos. Por lo menos, candidatos no habrán de faltarle. Creo que eran tres, en total los hijos que tenían. Conchita, una mujer agraciada de chasis e investida de cualidades que –por lo que irrenunciablemente me fue imposible dejar de percibir– hacían de ella una esposa inmejorable y una gratísima compañera, justificaba que Juan cuidase de ella y la tuviera como su máxima y única incumbencia. Un elocuente ejemplo que no dejará de ilustrarme.

Mi coche..., bien. Puso a prueba la espaciosidad de su interior y la increíble capacidad de su maletero. Mis amigos los Vivas, mecánicos de pro, me pusieron segmentos nuevos en los pistones

porque dejaban escapar parte de la compresión, y le costaba arrancar. Dos años más tarde o así acometería yo la rectificación en regla del motor. Por lo demás, de chapa y mecánica, nuevo; como si lo estuviera estrenando cada día.